

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA DE VERANO

FRANCISCO JAVIER MARIANO CLAVIGERO

HISTORIADOR de

LA CULTURA DE LOS MEXICANOS ANTIGUOS

Tesis que presenta la

SRITA. ELIZABETH FOSSKUHL

para optar al grado de

MAESTRO EN ARTES, EN ESPAÑOL

MEXICO, D.F.

1949.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PAIS. ESTADUNIDENSES



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



LIBRERIA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

XN49

F6

ej. 2

Indice de Materias

Los principios de historiografía.....	Página	1
Clavigero, historiador moderno.....	"	9
La Historia Antigua de México.....	"	16
Clavigero, historiador de la Cultura.....	"	32
La Cultura de los mexicanos antiguos según la crítica de Clavigero:	"	36
La religión.....	"	37
La organización política y jurídica.....	"	44
La organización social.....	"	48
La organización económica.....	"	51
La organización militar.....	"	58
Las bellas artes.....	"	60
La pintura.....	"	63
La escultura.....	"	65
La arquitectura.....	"	67
La ciencia.....	"	69
Las artes domésticas.....	"	70
Investigaciones sobre la vida y obras de Clavigero.	"	74 ✓
Los padres y los hermanos de Clavigero.....	"	76
La infancia y juventud de Clavigero.....	"	90
Clavigero, el novicio y estudiante Jesuíta.....	"	97 ✓
Sus actividades durante los años de 1756 a 1767....	"	110
Sus obras literarias escritas en México antes de 1767"	"	114 ✓
Su vida y obras en Italia, 1768-1787.....	"	119 ✓
Los últimos días de Clavigero.....	"	130 ✓
La bibliografía.....	"	133

Los principios de historiografía

La historia comenzó cuando los padres de familia contaron a sus hijos algo sobre los abuelos, y cuando los abuelos contaron a sus nietos los grandes y magníficos hechos de su propia juventud. Desde los principios de la raza humana, el hombre siempre ha hablado de los hechos pasados y lo hizo desde el principio de la humanidad hasta hoy. El primer historiador fue el cronista itinerante, que cantó los hechos heroicos de otros, siendo la voz humana el primer medio en transmitir los recuerdos del pasado de una generación a otra.

Al principio, la historia fue sencilla y principalmente una biografía. Homero cantó de Aquiles y Ulises; Virgilio de las aventuras de Eneas; y el poeta cantó de los hechos del Cid Campeador. Los primeros historiadores fueron poetas y ellos recopilaban los hechos importantes o maravillosos para la posteridad. -- Los cuentos de Aquiles y Héctor, Ulises y Penélope todavía despiertan interés y captan la imaginación en el presente que cuando fueron escritos. De los días de Herodoto, Livio y Tácito los historiadores han encontrado su tema en la edad de los héroes y de sus hechos de valor.

La historia es tan vieja como la literatura. Los primeros aspectos de la literatura en verso, las baladas y el poema épico consistían del elemento histórico. Al igual que una especie de literatura, la historia, como la oratoria, la poesía y el drama, tiene su propio desarrollo. El mito, la leyenda, la tradición, tuvieron por tema los hechos pasados, o sea la historia, lo que sucedió. En resumen, la primera literatura se debe a los pri

meros sucesos, absorbidos ahora por el folklore literario. Con estos mitos, leyendas y tradiciones el historiador de hoy puede reconstruir las circunstancias y condiciones del pasado, aceptando o no la verdad histórica de esta clase de literatura histórica de la antigüedad.

En su sentido original, la palabra "historia", de origen griego (ἱστορίη) quiere decir aprendiendo por investigación. El historiador (ἱστορίων) era un investigador de sabiduría. La palabra latina de historia se usaba muchas veces para anotar una narración, un cuento, una fábula de hechos pasados, o algo que se recuerda sobre hechos pasados. Para nosotros, la palabra historia, significa una forma de composición literaria que contiene una narración de acontecimientos pretéritos. La historia, en cuanto a su literatura es un tema que interesa principalmente al estudiante de "belles-lettres", mientras que la historia, tal como pasó el verdadero evento con sus efectos y causas, es lo que el historiador tiene que narrar. De modo que la historia contiene en sí los términos de: narratio, récit, darstellung, record, y otras palabras de igual equivalencia en distintos idiomas.

La historia es todo lo que el hombre ha sufrido, pensado o hecho, es la vida de la humanidad y la evolución total de la sociedad. La historia, entendida así es el tema del arte y de la ciencia; del arte en delineamiento y de la ciencia que la analiza y traza sus leyes; y de la filosofía que la exhibe en su relación con el sistema general del universo.

La primera concepción de historia escrita fue la narración de sucesos memorables: la preservación del conocimiento de

hechos gloriosos, o de sucesos importantes al hombre, a una familia, o a un pueblo. Esto fue el interés de los primeros historiadores. El conocimiento de la historia (los hechos de los antepasados de una nación) se consideraba como una cosa necesaria para la preparación para la vida, especialmente para los que iban a entrar en la vida pública y política del país. Por eso, los historiadores escribieron no solamente para informar, sino para instruir y enseñar.

La historia clásica contuvo mucho de las guerras y las revoluciones, y el proceso ordinario de las escrituras históricas era el de escribir la vida de una persona importante, la biografía de un pueblo, o un período particular de ella. La historia también, como ramo de la literatura, tuvo el designio de agradar y enseñar, y no había duda como ahora sobre las pruebas de los incidentes publicados. Unos escritores, para embellecer sus obras, incluyeron detalles con números y oraciones, con reflexiones y palabras gratas.

Herodoto, el padre de la historia, como sabemos, creyó que tenía la obligación de escribir lo que se le dijo, pero él mismo no tenía la obligación de creerlo. Su contemporáneo Tucídides escribió su historia no solamente para entretener sino para instruir, y su tema era que la historia debía escribirse solamente de lo que se ha averiguado como la verdad -- la verdad que él mismo había visto, o de la información cierta que se ha obtenido de otros. Escribió de los sucesos verídicos y de los que fuesen muy útiles en el futuro.

Tácito dijo que consideraba como la más alta función -

de la historia: no dejar anotada una acción digna de conmemoración, y enseñar la reprobación de la posteridad como un terror -- de malhechores. No omitió en sus escrituras los pecados romanos, especialmente los de sus emperadores. Podemos ver así las fuerzas internas que trabajan para la derrota de una nación.

Después de la caída del Imperio Romano tenemos los historiadores de la Edad Media. Durante la invasión bárbara, entre la confusión y la destrucción, la historiografía, como toda la literatura, casi desapareció. Fue la época de los grandes misioneros que trabajaron contra el barbarismo, para convertir a los godos y a los vándalos. Es la edad de los fundadores del sistema monástico de San Benedicto, el padre del monasticismo; de San Patricio y sus trabajos en Irlanda; de San Gregorio y el trabajo de su hijo espiritual, San Agustín, para la conversión de Inglaterra; de San Isidro en España; de San Bonifacio en Alemania; -- es la edad de las luchas españolas contra los moros; es el tiempo de -- las Cruzadas en la Tierra Santa contra los turcos; y finalmente -- es la edad para hacer historia, cuando todos eran convertidores o conversos.

No era escasa la porción de escritura histórica en latín durante aquellos tiempos. Gregorio de Tours escribió la Historia Francorum, y puede llamarse el padre de la historia francesa. En Inglaterra tuvimos al venerable Beda, benedictino, que escribió la Historia Ecclesiástica Gentis Anglorum, la que comienza desde la invasión del César a las Islas Británicas hasta el año -- 731 después de Cristo. El historiador de las regiones germánicas y bálticas fue Adán de Bremen. Su Gesta Hamenaburgensis Ecclesiae

Pontificum es la fuente principal de la información sobre el norte de Europa.

Al igual que los anteriores, los historiadores de los siglos XII y XIII fueron religiosos y además escribieron anales y crónicas. La primera historia general de un pueblo moderno, escrita en lengua popular fue la Crónica General de Alfonso el Sabio, rey de España. Su obra comienza con los tiempos antiguos hasta el año de 1252 en que murió Fernando III el Santo.

Dice el señor M. Romera-Navarro en su Historia de la Literatura Española:

"La prosa castellana, durante los siglos medievales, se ejercita principalmente en la narración histórica. Larga es la lista de las crónicas: hay crónicas generales de España, crónicas de cada reinado, crónicas de la vida de personajes ilustres y también de sucesos particulares."¹

La época del Renacimiento que comenzó en Italia, durante los Siglos XIV y XV, hizo surgir métodos más objetivos para la historia. Se vieron no solamente las tradiciones sino también -- las brillantes realidades. El descubrimiento del Nuevo Mundo estimuló las investigaciones comparativas. El desarrollo de la vida urbana, la expansión del comercio dejaron sus huellas en el -- pensamiento, y muchos, francamente, mordieron la mano de la iglesia que los había alimentado por medio de sus misioneros: el alimento espiritual de la civilización y de la cultura.

En América la historiografía comienza con el descubrimiento por Cristóbal Colón. Los primeros documentos son las Cartas de Relación de Hernando Cortés, a quien podemos considerar --

(1) M. Romera-Navarro, Historia de la Literatura Española, pág.46

más que un César por sus conquistas y sus escrituras. El segundo nombre en las primeras obras históricas de América es el de Bernal Díaz de Castillo, que empieza su prólogo como otro Cervantes, en estas palabras:

"Notando estado como los muy afamados cronistas antes que comiencen a escrebir sus historias hacen primero su prólogo y preámbulo con razones y retórica muy subida para dar luz y crédito a sus razones, porque los curiosos letores que las leyeren tomen melodía y sabor dellas; y yo, como no soy latino, no me atrevo a hacer preámbulo ni prólogo dello porque ha menester para sublimar los heróicos hechos y hazañas que hecimos cuando ganamos la Nueva España y sus provincias en compañía del valeroso y esforzado capitán don Hernando Cortés, que después, el tiempo andando, por sus heróicos hechos fué Marqués del Valle, y para podello escrebir tan sublimadamente como es digno, fuera menester otra elocuencia y retórica mejor que no la mía; mas lo que yo oí y me hallé in ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a la otra, y porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años...."¹

Su obra es una protesta contra "los horrores e cosas escritas viciosas" de Francisco López de Gómara.

Después de la conquista material de América empezó la --conquista espiritual. Tenemos las obras históricas de los misioneros grandes, Fray Bernadino Sahagún y Fray Toribio de Benavente, --o Motolinia, que nos han dicho de sus labores importantes para convertir a los indígenas y una compilación de todos los datos que pueden encontrar. Entre los historiadores indígenas, enseñados por los misioneros, tenemos los nombres de Fernando de Alva Ixtlilxochitl y Hernando de Alvarado Tezozomoc.

Un estudiante de la historia antigua de su país fue nuestro Francisco Javier Clavigero, quien obtuvo todos los conocimientos

(1) Díaz del Castillo, Bernal, Historia Verdadera, etc., pág. 1.

tos del famoso siglo XVIII; conoció de todas las ideas modernas sobre la escritura de la historia. Dice, con su conocida humildad, que su obra, la Historia Antigua de México, "Más bien que historia, es un ensayo, una tentativa, un esfuerzo pero grande, de un ciudadano que a pesar de sus calamidades se ha empleado en ésto, para hacerse útil a la patria...." Esto de su carta dedicatoria a la Universidad Nacional de México. Queja un poquito de la indolencia de los mayores con respecto a la historia:

"Quiero quejarme amistosamente con V.S.S. de la indolencia o descuido de nuestros mayores con respecto a la historia de nuestra patria. Ello es cierto que en ésta hubo muchos grandes hombres que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana y dejaron muchos preciosísimos escritos."¹

Hizo las siguientes recomendaciones:

"Yo espero que V.S.S. que son en ese reino los custodios de las ciencias, tratarán de conservar los restos de las antigüedades de nuestra patria, formando en el mismo magnífico edificio de la Universidad no un menos vital que curioso museo, en donde se recojan las estatuas antiguas que conservan o las que se descubran en las excavaciones, las armas, las obras de mosaico y otras antiguallas de esta naturaleza, las pinturas mexicanas de toda clase que andan esparcidas por varias partes, y sobre todo, los manuscritos, así los de los misioneros y otros antiguos españoles, como los de los mismos indios, que se hallan en las librerías de algunos monasterios, de donde se podrán sacar copias antes de que los consuma la polilla o se pierdan por otra desgracia."²

Conocía de la importancia de la preservación de las cosas antiguas, y puede llamarse el fundador, por ésto, del museo y del estudio arqueológico, especialmente de la ciudad en que tuvo su papel principal la cultura de las Américas.

(1) Clavigero, F.J., Historia Antigua de México, pág. 20, Tomo I.

(2) Ibid., pág. 22.

Como Tucídides y Tácito, Clavigero escribió una historia superior, de fama mundial, una obra clásica -- una historia que so**bre**vivirá por los siglos como los de los maestros de la antigüe---dad. La historia de Clavigero servirá en el futuro, porque es, an**te** todo, una historia moderna, una obra basada en los pensamientos de historiografía de hoy, y que contiene la técnica histórica de - todas las edades.

El trabajo del historiador moderno, como lo fue Clavigero, se divide en dos partes; primera: el averiguar y establecer -- los datos, y segunda: la interpretación de los mismos. Algunos he**ch**os pueden aceptarse como absolutamente ciertos; otros como tales por un historiador determinado, pero no en la opinión de los de--- más; mientras que hay hechos que no pueden ser aceptados porque no son verdaderos y las autoridades para ellos no se sienten satisfe**ch**os. De todas las investigaciones para averiguar la verdad el -- historiador moderno escribe su narración.

La primera tarea de cada historiador es averiguar la ver**g**dad en la colección de los manuscritos y en su escudriñación de -- los documentos. Dice enfáticamente Clavigero: "Al escribir me he propuesto como principal objeto la verdad". Como un historiador - científico y moderno Clavigero se interesaba más en la presenta---ción sistemática y verdadera de los hechos más que en su propio es**g**tilo.

"Yo me habría fatigado menos y mi historia acaso sería más agradable a muchos si toda la diligencia que he -- puesto en averiguar la verdad, la hubiese puesto en -- hermo**s**ear mi narración con un estilo brillante y elo---cuente, con reflexiones filosóficas y políticas y con hechos inventados por el capricho, como veo lo hacen -

no pocos autores de nuestro decantado siglo; pero a mí, como que soy enemigo jurado de todo engaño, mentira y afectación, me parece que la verdad es tanto más hermosa cuando está más desnuda."1

Clavigero, el historiador moderno.

Después de muchos estudios y trabajos, Clavigero, más -- que sus antecesores historiadores, ha asimilado las materias y ha compendiado su narración en una obra total. Su derecho al título de historiador moderno y científico bien lo merece por estas palabras de su prólogo:

"Sin embargo, espero que sea agradable mi trabajo, no -- ya por la elegancia del idioma, ni por la belleza de -- las descripciones, ni por la gravedad de las sustancias, ni por la grandeza de los hechos que se refieren; pero sí por la diligencia en las averiguaciones, por la sinceridad de las narraciones, por la naturalidad en el es-tilo, y por el servicio hecho a los literatos deseosos de saber las antigüedades mexicanas, presentándoles re-unido en esta obrilla todo cuanto precioso se halla es-parcido en diversos autores, a más de algunas cosas no publicadas hasta ahora."2

Finalmente, afirma:

"En suma, he tenido siempre delante de los ojos aquellas dos santas leyes de la historia, no atreverse a decir -- mentiras ni temer decir la verdad, y me lisonjeo en no -- haberlas quebrantado."3

En el mismo prólogo tiene Clavigero una bibliografía y -- una crítica de los escritores anteriores de la historia mexicana, bajo esta explicación:

"A más de esto he querido poner antes de la narración de los hechos una breve noticia de los escritores de la historia antigua de México, así para hacer ver los fundamentos de la mía, como para honrar la memoria de algu

- (1) Ibid., pág. 27, tomo I.
- (2) Ibid., pág. 26, tomo I.
- (3) Ibid., pág. 28, tomo I.

nos ilustres americanos cuyos escritos son del todo desconocidos en la Europa. Servirán también para manifestar las fuentes de la historia mexicana a quien quiera en adelante perfeccionar este mi imperfecto trabajo."¹

Un punto moderno en la historiografía es la crítica. Tenemos este tema abundante desde el principio hasta el fin de la obra histórica de Clavigero. En su noticia sobre los escritores de la historia que anota en cada siglo, añade una crítica de sus obras.

De Fernando Cortés, dice:

"Todas están bien escritas, y se ve en ellas modestia y sinceridad en las relaciones, pues no alaba sus propios hechos ni oscurece los de otros."²

De Bernal Díaz del Castillo comenta:

"A pesar de lo imperfecto de sus relaciones y de lo inculto de su lenguaje, es muy apreciada esta historia por su sencillez y sinceridad del autor, que en toda ella se descubre. El fue testigo ocular de todo cuanto refiere; pero algunas veces no sabe explicar las cosas por razón de su falta de literatura, y algunas veces manifiesta haber olvidado los hechos, sin duda por haber escrito muchos años después de la conquista."³

Tiene siempre ojo alerta para trazar la historia de la cultura, y dice que la obra de Francisco López de Gómara, impreso en 1554,

"fué el primero que publicó las fiestas, los ritos, las leyes y el modo que los mexicanos tenían de contar el tiempo; pero en su historia hay errores originados de la poca exactitud de los primeros informes."⁴

De la obra del buen misionero Toribio de Benavente, o Motolinia escribe:

"Escribió en medio de sus apostólicas tareas la Historia de los indios de la Nueva España, dividida en tres partes. En la primera expone los ritos de su antigua religión, en la segunda su conversión a la fe cristiana y su vida en el cristianismo, y la tercera habla de su índole, de sus artes y de sus costumbres."⁵

(1) Ibid., pág. 30, tomo I.

(2) Ibid., pág. 31

(3) Ibid., pág. 31

(4) Ibid., pág. 33

(5) Ibid., pág. 44

De la historia del otro misionero franciscano, Fray Bernardino Sahagún, alega que: "habiendo estado empleado más de sesenta años en la instrucción de los mexicanos, supo con la mayor perfección su lengua y su historia."¹

De los escritores oficiales, como Alonso Zorita, expone:

"Después de haber hecho por orden de Felipe II diligentes averiguaciones sobre el gobierno político de los mexicanos, escribió en español una compendiosa relación de los señores que había en México y de su diversidad; de los reyes, usos y costumbres de los mexicanos; de los tributos que pagaban, etc."²

Siempre ha dirigido su atención para averiguar lo que había escrito sobre la cultura.

De los historiadores indígenas, cita la obra de Fernando de Alba Ixtlixóchitl, texcocano, y dice:

"Este noble indio, versadísimo en las antigüedades de su nación, escribió excitado por el virrey de México, algunas obras eruditas y muy apreciables... El autor fue tan cauto en escribir que para quitar toda sospecha de ficción, hizo constar legalmente la conformidad de sus relaciones con las pinturas históricas que había heredado de sus noblíssimos antepasados."³

Clavigero puede distinguir fácilmente los escritores con prejuicios. De la obra de Bartolomé de las Casas escribe:

"El demasiado fuego de su celo difundió luz con humo, esto es, lo verdadero mezclado con lo falso, no porque de intento solicitase engañar a su rey y a todo el mundo, pues que sospechar de él tanta maldad, sería hacer injuria a su virtud, reconocida y respetada aun por -- sus enemigos sino porque no habiendo presenciado lo -- que refiere de México, se fió demasiado de los informes de otros, lo que haré ver en algunos lugares de esta historia."⁴

(1) Ibid., pág. 34

(2) Ibid., pág. 34

(3) Ibid., pág. 37

(4) Ibid., pág. 39

De esta manera en sus críticas cita veinte y siete historiadores -- y sus obras, escritas durante el Siglo XVI. Del Siglo XVII mencio -- na con el mismo método crítico nueve historiadores, entre cuyas -- obras hay la de Antonio de Herrera, cronista real de las Indias, -- que escribe con su historia "juntamente una descripción geográfica de las colonias españolas en aquel nuevo mundo..." Añade nuestro historiador, que:

"Su método, pues, como el de todos los rigurosos ana -- listas, es desagradable a los efectos a la historia, pues a cada paso se interrumpe la narración de cual -- quier hecho con la relación de otros acontecimientos muy distintos."¹

De Carlos de Sigüenza y Góngora, el célebre mexicano, se expresa Clavigero:

"Este grande hombre ha sido uno de los más beneméri -- tos de la historia de México, porque formó a grandes expensas una copiosa y selecta colección de manuscri -- tos y de pinturas antiguas, y se empleó con la mayor diligencia y tesón en ilustrar las antigüedades de -- aquel reino."²

De las obras históricas del Siglo XVIII, cita la obra de Pedro Fernández del Pulgar, y la obra de Lorenzo Boturini Benadu -- ci, el milanés. Sobre este último comenta:

"Este curioso y erudito caballero fue a México el -- año de 1763 y deseoso de escribir la historia de -- aquel reino, hizo en ocho años que estuvo allí, las más diligentes averiguaciones en orden a las anti -- güedades, aprendió medianamente la lengua mexicana, se amistó con los indios para conseguir de ellos -- las pinturas antiguas, y se proveyó de copias de -- los muchos apreciables manuscritos que había en las librerías de los monasterios..... En él (su ensayo de la grande obra que meditaba) se encuentran noti --

(1) Ibid., pág. 42

(2) Ibid., pág. 45

cias importantes no publicadas hasta entonces, pero también algunos errores. El sistema de historia que se había formado era demasiado magnífico, y por lo mismo algún tanto fantástico."1

Además de los escritores mencionados ya, Clavigero cita otras fuentes informativas, tales como unos anónimos escritores, "cuyas obras son dignas de mencionarse por la importancia de su materia...." Estos datos son los anales de la nación tolteca: unos pintados en papel y escritos en la lengua mexicana; otros - haciendo comentarios históricos en mexicano sobre los acontecimientos de la nación azteca, o sea mexicana, desde el año de 1066 hasta el de 1316; y una historia mexicana en dicha lengua habiendo sido encontrados todos estos manuscritos en el museo del caballero Boturini.

Tenemos un buen ejemplo de su humildad en estas palabras:

"Si al enumerar los escritores de México pretendiera ostentar erudición podría poner aquí un catálogo muy largo de franceses, ingleses, italianos, flamencos y alemanes que han escrito o de intento o por incidencia de la historia antigua de aquel reino; pero habiendo leído muchísimos con el designio de hacer uso de ellos en mi obra no he encontrado que pudieran -- servirme sino los dos italianos Gemelli y Boturini, los cuales por haber estado en México y proveídos en tre los mexicanos de pinturas y de noticias particulares relativas a su antigüedad, han contribuído de algún modo a ilustrar la historia."2

De los escritores contemporáneos hace mención de los más famosos y estimados, el señor de Raynal y el Doctor Robertson. De estos escribe:

"El señor de Raynal, a más de crasos errores en que

(1) Ibid., pág. 46

(2) Ibid., pág. 46

ha caído por lo que respecta al estado presente de la Nueva España, duda de cuanto se dice de la fundación de México y de toda la historia antigua de los mexicanos.... Ved aquí un hablar verdaderamente franco y de un filósofo del siglo XVIII."1

"El doctor Robertson, aunque más moderado que Raynal en la desconfianza de la historia, y más proveído de libros manuscritos españoles, cae sin embargo en más errores y contradicciones, pues quiere introducirse más en el conocimiento de la América y de los americanos. Por hacer perder la esperanza de tener una mediana noticia de las instituciones y costumbres de los mexicanos, exagera la ignorancia de los conquistadores y la ruina causada en los monumentos de aquella nación por la superstición de los primeros misioneros."2

Tenemos en este comentario su primera observación de los nuevos filósofos de su siglo. "Ved aquí un hablar verdaderamente franco de un filósofo del Siglo XVIII." A través de las páginas de su historia, Clavigero también nota los errores de los filósofos modernos que escriben sin averiguaciones, sin investigaciones, y de esta manera trata de probar su nuevo sistema. No es enemigo, Clavigero, de lo bueno en el filósofo nuevo, pero sí, es enemigo de lo falso y de las mentiras en la nueva filosofía.

Refuta en las primeras páginas algunas opiniones de Robertson sobre la historia de América. Robertson había escrito -- que estaba obligado a tomar aquellas noticias que se pudieron recoger de los "mezquinos" materiales que se encontraban esparcidos de los escritores españoles. "No son tan mezquinos los materiales que se hallan en los autores españoles", responde Clavigero, y "ni para escribir tal historia es necesario valerse de los mate

(1) Ibid., pág. 47

(2) Ibid., pág. 48

riales esparcidos en los autores españoles pues que hay tantas historias y memorias escritas por los mismos indios de que no tuvo noticia Robertson."

A estas palabras de Robertson:

"A causa del celo desmesurado de los claustrales, se perdió totalmente toda noticia de los hechos más remotos expuestos en aquellos toscos monumentos, y no ha quedado ni un solo vestigio concerniente a la policia del imperio y las antiguas revoluciones, a excepción de aquellos que provienen de la tradición o de algunos fragmentos de sus pinturas históricas que escaparan de la bárbara inquisición de Zumárraga..."

Clavigero replica:

"Cuando se hizo por los misioneros el lamentable incendio de las pinturas, vivían muchos historiadores, acolhuas, mexicanos, tepanecas, tlaxcaltecas, etc., los cuales trabajaron por reparar la pérdida de tales monumentos, como en parte lo consiguieron, o haciendo nuevas pinturas, o sirviéndose de nuestros caracteres, aprendidos ya por ellos, o instruyendo de palabra a sus mismos predicadores en sus antigüeda--des, y así éstos pudieron conservarlas en sus escritos, como lo hicieron Motolinia, Olmos y Sahagún. Es, pues, absolutamente falso que se perdiese totalmente toda noticia de los hechos más remotos."1

Otro interés suyo se explica:

"En mi Historia, y principalmente en mis disertaciones, manifestaré algunos errores de los muchos que hay en la Historia del referido autor (Robertson) y en las obras de otros escritores extranjeros, de -- los cuales se podrían componer gruesos volúmenes."2

Lamenta nuestro historiador los errores de los indocumentados al - escribir la historia de su país:

"No contentos algunos autores con viciar la historia de México con errores, despropósitos y mentiras escritas en sus libros, la han alterado más todavía -- con mentirosas imágenes y figuras grabadas, como son las del famoso Teodoro Bray."3

- (1) Ibid., pág. 48-49, tomo I
- (2) Ibid., pág. 49, tomo I
- (3) Ibid., pág. 49, tomo I

De la crítica que antecede y por sus múltiples observaciones podemos, sin titubeos, reconocerlo como un crítico moderno.

La forma de la Historia Antigua de México.

Divide Clavigero su historia en diez libros y ocho disertaciones. En el primero hace una descripción del Reino de México y sus provincias; escribe de los ríos, de los lagos y las fuentes; del clima de Anáhuac; de los montes, piedras y minerales. No omite el mundo vegetal, y escribe de las plantas estimadas por sus -- flores, las apreciadas por los mexicanos por sus frutas, otras por sus hojas, su tronco, o sus raíces; otras estimadas por sus propiedades medicinales. Incluye además la descripción de los pájaros, los reptiles, los peces y los insectos. Termina este libro con un capítulo sobre el carácter de los mexicanos y las otras naciones de Anáhuac.

En el siguiente párrafo explica el motivo del primer libro mencionado ya:

"Persuadido igualmente por algunos amigos, escribí el ensayo de la historia natural de México que se lee en el libro primero, el cual creía yo no ser necesario, y muchos lo calificarán de importuno; mas para no salir demasiado de mi asunto, me esforcé a reducir a la historia antigua lo que digo de las cosas naturales, manifestando brevemente el uso que de ellas hacían los antiguos mexicanos. Por el contrario, a aquellos que son inclinados a la historia de la naturaleza les parecerá este mismo ensayo cual está, demasiado compendioso y superficial; pero para satisfacer su curiosidad hubiera sido necesario escribir una obra muy distinta de la que he emprendido."¹

Al escribir esta historia natural, no contento con lo que había visto por sus propios ojos, ni con lo que se le había informado --

(1) Ibid., pág. 26-27

por hombres prácticos e inteligentes en México, estudió también -- las obras de Plinio, Dioscorides, Hernández, Ulloa, Buffon y otros naturalistas.

A continuación leemos una crítica sobre las cartas geográficas de México:

"He puesto el mayor empeño en que sea exacta, valiéndome así de las noticias de aquel país que adquirí yo mismo en los muchos viajes que hice por él, como de los informes y escritos de todos..... He tenido en mis manos innumerables cartas geográficas de México así antiguas como modernas, y me hubiera sido fácil copiar aquella -- que más me hubiera agradado, haciéndole algunas ligeras mutaciones para reproducirla a la geografía antigua, pero entre tantas, no he encontrado ni una que no esté -- llena de errores, así con respecto a la longitud y latitud de los lugares, como en lo que mira a división de -- las provincias, curso de los ríos y dirección de las -- costas."1

De lo siguiente se sobrentiende que nuestro historiador, moderno -- que era, comprendía la importancia de las ilustraciones:

"No menos por hermostrar mi historia que por facilitar la inteligencia de algunas cosas descritas en ella, he hecho grabar hasta veinte láminas. Los caracteres mexicanos y las figuras de las ciudades, de los reyes, -- armas, vestidos y escudos, del siglo del año, del mes y del diluvio, están sacadas de varias pinturas mexicanas."2

En el segundo libro comienza la historia propiamente dicha. Escribe acerca de los toltecas que son "la primera nación de que tenemos algunas aunque escasas noticias." Y aquí también comienzan las dificultades del historiador:

"La historia de la primitiva población de Anáhuac es tan oscura y está alterada con tantas fábulas (como la de los demás pueblos del mundo) que es imposible atinar con la verdad."3

(1) Ibid., pág. 29
(2) Ibid., pág. 30

(3) Ibid., pág. 173

En este segundo libro se ve toda la historia de los toltecas, de los chichimecas, y las otras naciones, habitantes del valle. Lee- mos también de la salida de los mexicanos de su tierra en el norte, su peregrinación y su llegada al valle de México.

Dice Clavigero que algunos autores a causa de la tradi- ción de los pueblos americanos y por los huesos encontrados, han creído que los primeros pobladores de aquella tierra fueron gigan- tes y dirige la siguiente explicación a los "nuevos críticos de Eu ropa":

"No dudo que muchos críticos de la Europa que burlan de cuantos promueven la existencia de los gigantes, se bur- larán también de mí, o a lo menos se compadecerán de mi credulidad; pero no puedo hacer traición a la verdad -- por temor de su censura."¹

Está de manifiesto que Clavigero ha estudiado mucho y ha entendido los historiadores indígenas: "En estos dos puntos (el de una dilu- via y peregrinación de otro país más septentrional) están acordes los historiadores toltecas, chichimecas, alcolhúas, mexicanas y -- tlaxcaltecas." Añade Clavigero que no sabemos quienes fueron los primeros pobladores, ni en que tiempo vinieron a América, ni los - sucesos de su transmigración, ni de sus primeros establecimientos. Este es el estudio de la arqueología que apenas ha empezado o des- arrollado en el siglo XVIII. Este estudio es la contribución de - los sabios del siglo XX, y ahora llamamos estos primeros poblado- res los arcaicos, por falta de mejor nombre, porque todavía no sa- bemos exactamente el origen del hombre en América. De los que que- rían explicar este enigma en su tiempo, tenemos esta crítica:

(1) Ibid., pág. 174

"Varios de nuestros historiadores que han querido penetrar este caos, guiados de la débil luz de las conjeturas, de fútiles combinaciones y de pinturas sospechosas, se han perdido entre las tinieblas de la antigüedad y se han visto precisados a adoptar narraciones pueriles o in subsistentes."¹

Después de citar la historia de los toltecas y de los chichimecas dice:

"Por lo que mira a las demás naciones, es increíble la verdad y confusión de los historiadores sobre su origen, su número, y el tiempo en que arribaron. El gran de y prolijo estudio que he tenido para indagar la verdad sólo me ha servido a aumentarme la incertidumbre y a hacerme perder del todo la esperanza de que algún día se sepa lo que hasta ahora se ha ignorado. Desechando, pues, lo fabuloso, diré lo poco cierto bien fundado que hay..."²

Contra los muchos que en su tiempo atribuyeron todo al "demonio" dice:

"Por tanto no extrañen los lectores que hubieran leído algunos sucesos de esta Historia en otros autores, que no me conformo en este punto con su credulidad. No debo creer que intervino el demonio en algún suceso por el testimonio de algunos historiadores mexicanos, a quienes las ideas supersticiosas de que estaba poseído su espíritu, o la superchería de los sacerdotes, que es común en las naciones idólatras, pudo fácilmente inducir en error."³

No omite hablar del origen humilde de los aztecas:

"Aislados en medio de la laguna sin tierras en que sembrar, sin ropa de que vestirse y en perpetua desconfianza de todos los comarcanos, vivían tan miserablemente como en los lugares antecedentes, manteniéndose de los animales y vegetables acuáticos. ¿Pero de qué no es capaz la industria de los hombres estimulada de la necesidad?"⁴

El libro tercero contiene los datos de la fundación de la monarquía mexicana, sus luchas para mantenerla; el cambio de la

- (1) Ibid., pág. 174
- (2) Ibid., pág. 205
- (3) Ibid., pág. 219
- (4) Ibid., pág. 232

balanza del poder de las primeras manos en la nación Acolhuacan a aquellas del tirano Tezozomoc de la nación de los tepanecas; de la muerte del último y el principio de las conquistas y del imperio de los aztecas o mexicanos. Tenemos en este libro la biografía de los reyes mexicanos desde Acamapitzin, el primer rey, hasta la gran figura de Monteuczoma Ilhuicamina, abuelo de Monteuczoma Zocoyotzin.

Explica algunas discrepancias en las historias anteriores sobre los años del reinado de los reyes mexicanos; habla de los anacronismos de Torquemada y le corrige en la cronología de los reyes. En este asunto el distinguido Padre Acosta escapa su censura y crítica.

"No solamente se equivocó el P. Acosta... en la relación de algunas acciones de nuestro héroe (Monteuczoma Ilhuicamina) sino también en lo que mira a su persona, haciendo distinción entre Tlachaele o Tlacaelle y Monteuczoma, siendo un solo hombre con dos y aun con tres nombres."¹

En el libro cuarto trata de la derrota del poder principal en Azcapotzalco, y el cambio del poder a las manos de los aztecas, quienes bajo su rey Itzcoatl, ejercen sumo poder en el valle, con sus aliados los de Acolhuacan y la monarquía de Tlacopan. No eran atrasados los mexicanos en las conquistas, y poco a poco, el poder de ellos se extendía por toda la tierra, y así lo fue cuando llegaron los españoles.

La "triple alianza" que se mantuvo inalterable por casi un siglo fue el fundamento de las rápidas conquistas de los mexicanos. Uno de los reyes mexicanos más importantes era el famoso Mon

(1) Ibid., pág. 288

teuczoma Ilhuicamina. De sus conquistas, amplió sus dominios, ---
que:

"por el oriente se extendían hasta el Golfo Mexicano, por el sureste hasta el centro de la gran provincia de los mixtecas, por el sur hasta Chilapan, por el poniente hasta el valle de los matlatzincas, por el noroeste hasta el centro del país de los otomites, y por el norte hasta el centro del valle mexicano."1

Otras contribuciones importantes de este rey fueron:

"No por el cuidado de extender sus dominios se descuidó este famoso rey de lo que tocaba a la policía y a la religión. Publicó nuevas leyes, aumentó el esplendor de su corte, e introdujo ciertas etiquetas ignoradas de -- sus antepasados. Edificó un gran templo a Huitzilopochtli, instituyó muchos ritos y acreció el número de los sacerdotes. El intérprete de la Colección de Mendoza -- añade que fue sobrio y especialmente severo en castigar la embriaguez, y que su prudencia, su justicia y sus -- buenas costumbres lo hicieron temer y respetar de sus -- vasallos."2

El libro quinto contiene los sucesos del rey Monteuczoma Zocoyotzin, sus guerras y los presagios de la conquista española.
Pinta a este rey como un déspota, y lo caracteriza así:

"Efecto del despotismo de Monteuczoma fue el ceremo---nial que introdujo. Nadie podía entrar en palacio o a servir al rey o a tratarle algún negocio, sin descalzarse antes en la puerta; ni era lícito comparecer ante el rey con vestidos ricos; porque se tenía por falta de respeto a la majestad; y así aun los más grandes señores (a excepción de los príncipes de la sangre) o se despojaban de los vestidos que llevaban, o a lo menos los cubrían con otros ordinarios para demostrar su humillación. Todos al entrar en la sala de audiencia hacían antes de hablar tres reverencias; en la primera decían señor; en la segunda mi señor, y en la tercera gran señor; hablaban con voz baja y con la cabeza inclinada, y recibían con tanta atención y humildad la respuesta que el rey daba por medio de sus secretarios, como si fuese un oráculo. Al despedirse ninguno volvía las espaldas al trono."3

- (1) Ibid., pág. 330
- (2) Ibid., pág. 360
- (3) Ibid., pág. 14-15, tomo II

De los presagios del advenimiento de los españoles, notó Clavigero que había muchos pronósticos de la ruina de aquel imperio que puede verse en las pinturas y en las historias. "Estoy -- muy lejos", comenta nuestro historiador, "de pensar que todo lo -- que sobre este asunto hallamos escrito, sea digno de nuestra fe, -- porque en los americanos pudo abultar las cosas la superstición, y en los españoles la vanidad de ver tanto tiempo antes anunciadas -- sus conquistas; pero no puede negarse entre los americanos se ---- creía como por tradición que aportarían a aquellos reinos otros -- hombres de muy diferente condición, que se harían señores de toda la tierra."

No cree tampoco Clavigero que el demonio pronosticaba -- las calamidades y la conquista:

"Pero si el demonio pronosticaba las futuras calamidades para engañar a aquellos miserables pueblos, -- Dios las anunciaba para disponer sus ánimos al Evangelio."¹

De las muchas leyendas solamente¹ relata una: la de la princesa Papantzin, y dice:

"El suceso que voy a referir en confirmación de esta verdad fue público y ruidoso, acaecido en presencia de dos reyes y de toda la nobleza mexicana; se halló descrito en muchas pinturas de aquellas naciones..."

En los libros sexto y séptimo habla él particularmente -- sobre la cultura de los mexicanos, y de la que trataremos en el capítulo siguiente. En estos dos últimos libros observa nuestro autor el mismo sentido crítico que en los otros.

En cuanto a la creencia popular de aquel entonces, que --

(1) Ibid., pág. 41, tomo II

el Quetzalcoatl no fue otro que el apóstol Santo Tomás que les -
anunció el Evangelio, su sabio juicio así se expresa:

"Para carecer de dichos manuscritos nos abstenemos de la censura de una opinión a que salvo el respeto que debemos a las luces del autor (el Doctor Sigüenza) no podemos asentir."1

No estaba de acuerdo con los escritores que creían que algunos siglos antes de la llegada de los españoles se había ya predicado el Evangelio en la América. Dice Clavigero que va a escribir más ampliamente sobre todas estas opiniones en una "Historia Eclesiástica de la Nueva España", si Dios se digna complacer sus deseos.

Cuando escribe de los templos mexicanos nos da unas noticias sobre las dificultades en su tarea:

"Diré pues, lo que he podido averiguar por la prolija combinación de las descripciones de cuatro testigos oculares (Cortés, Bernal Díaz, el Conquistador Anónimo y Sahagún) omitiendo lo que dudo por la confusa relación de los autores."2

Igualmente cuando escribe del año mexicano:

"Lo que sobre este asunto diremos está prolijamente averiguado por hombres hábiles y dignos por todas sus circunstancias de la mayor fe, que se aplicaron con el mayor empeño a ese trabajo, examinaron diligentemente las pinturas antiguas, y se informaron de los mexicanos y acolhuas más bien instruidos...."3

Cita su obligación a los historiadores Motolinia y Sahagún,

"Especialmente nos reconocemos deudores de estas luces a los apostólicos religiosos Motolinia y Sahagún, de cuyos manuscritos se sirvió Torquemada, y el doctísimo mexicano D. Carlos Sigüenza, de cuya verdad me consta por el examen que he hecho por mí mismo de muchas pinturas mexicanas, en que se ven representados claramente con los propios caracteres los meses, años y siglos."4

(1) Ibid., pág. 75

(2) Ibid., pág. 92

(3) Ibid., pág 135

(4) Ibid., pág 135

Vemos el sentido de justicia del Padre Clavigero, cuando hace referencia sobre la muerte de don Martín Cortés, hijo natural de Hernán Cortés:

"El hijo Martín Cortés, caballero que fue del orden de Santiago, a quien por temerarias sospechas de rebelión dieron tormento en México, el año de 1568, desatendiendo aquellos apasionados y bárbaros jueces los incomparables servicios que los padres de aquel ilustre reo hicieron al rey y a toda la nación española; pero no fué esta la primera ni la última vez en que pretextando celo de la corona se desahogó la pasión de unos malos ministros contra la inocencia de los más beneméritos vasallos."¹

Los libros octavo, noveno y décimo contienen los detalles de los primeros viajes de los españoles a las costas mexicanas, la primera entrada de Cortés y sus batallas hasta llegar a la corte de Tenochtitlán; de sus días allí antes de empezar la conquista del reino y de su batalla con Narvaéz. En el libro noveno habla de las primeras conferencia de los españoles con Moteuczuma y del tratamiento que le dieron. El libro décimo se refiere a la conquista actual del valle de Anáhuac.

Cita algunas diferencias en los testimonios de Cortés y Bernal Díaz:

"Cortés dice que las tropas tlaxcaltecas que le acompañaron por importunidad hasta dos leguas antes de Cholollan fueron 100,000 hombres. Bernal Díaz pone solos 2,000 de 10,000 que le ofreció el senado."²

Hablando de las batallas de la conquista observa:

"Es indecible la variedad con que hablan los historiadores, así en lo que mira al orden como a las circunstancias de los combates que tuvieron en estos días los españoles. Basta comparar las relaciones de Cortés y Bernal Díaz, ambos testigos oculares. Yo prefiero el testimonio de Cortés por las razones que ya expresé en otro lugar."³

(1) Ibid., pág. 20, tomo III.

(2) Ibid., pág. 81, tomo III.

(3) Ibid., pág.170, tomo III.

De la muerte de Moteuczoma, escribe:

"Sobre la causa y circunstancia de su muerte hay tanta variedad y contradicción entre los historiadores, que es imposible atinar con la verdad. Los historiadores mexicanos culpan a los españoles y los españoles a los mexicanos. Yo no puedo creer que los españoles quisiesen deshacerse de un rey de cuya benignidad y protección habían recibido mucho bien y de cuya muerte debían temer muchos males. Su pérdida, si creemos a Bernal Díaz, autor since rísimo, fue llorada no menos de Cortés que de cada uno de los capitanes y soldados como la de su propio padre."¹

Nos da las siguientes opiniones de otros sobre la muerte de Moteuczuma: Cortés en su relación a Carlos V y Gómara en su Crónica de Nueva España, dicen que Moteuczoma murió de la pedrada que le dieron sus vasallos en la cabeza. Solís afirma que la muerte se la ocasionó por no haberse querido curar la herida. Bernal Díaz añade a esto último la inercia del imperador. El Cronista Herrera en sus Décadas, dice que la herida no era mortal y que murió de enojo y pesadumbre. El P. Sahagún y los historiadores mexicanos afirman que los españoles lo mataron a puñaladas, y uno de estos historiadores hace constar las circunstancias de haberle un soldado atravesado la ingle con la espada. Entre estos últimos historiadores unos dicen que la muerte fue la fatal noche de la derrota de los españoles, y otros que murió antes. Acosta, Torquemada y Betancourt se muestran indecisos y lo reservan al juicio de Dios.

Además de los diez libros de su Historia, escribió Clavigero ocho Disertaciones. Expone sus razones para escribirlas:

"Las disertaciones que damos ahora a la luz, son no sólo útiles, sino necesarias para ilustrar la Historia Antigua de México y para confirmar la verdad de muchas cosas contenidas en ella. La primera disertación es -

(1) Ibid., pág. 314. tomo III

necesaria para suplir la falta de noticias sobre la primera población de aquel Nuevo Mundo. La segunda, aunque enfadosa, no se quiso omitir, porque se sepan los fundamentos de nuestra cronología, y será útil - para cualquiera que quiera escribir en lo sucesivo - la historia de México. Todas las demás son igualmente necesarias para disuadir a los incautos lectores de los errores en que han incurrido por la gran turba de autores modernos que sin tener suficiente conocimiento se han puesto a escribir sobre la tierra, los animales y los hombres de la América."1

Dirigidas al señor Paw, prusiano que escribió una obra intitulada Investigaciones filosóficas sobre los americanos, tenemos estas - severas palabras:

"Es el filósofo a la moda y erudito principalmente en - ciertas materias, en las cuales sería mejor que fuese ignorante, o a lo menos que no hablase. El sazona sus discursos con bufanadas y maledicencia, poniendo en ridículo a cuanto hay respetable en la Iglesia de Dios, y mordiendo a cuantos se le paran por delante en sus In--vestigaciones, sin ningún respeto a la verdad ni a la - inocencia. Él decide francamente, y en un tono magis--tral cita a cada tres palabras a los escritores a la -- América y protesta que su obra es fruto del trabajo de diez años. Todo esto hace entre muchos lectores de --- nuestro siglo filosófico, muy recomendable al autor. Su maledicencia, el desprecio con que habla de los padres más venerados de la Iglesia, la burla que hace de los - romanos pontífices, de los soberanos y de las órdenes - religiosas y el poco aprecio que manifiesta hacer de -- los libros sagrados, en lugar de dismihuir su autoridad, podrán aumentarla en un siglo en el cual se han publica--do más errores que en todos los siglos pasados, se es--cribe con libertad y se miente con desvergüenza: no es apreciado el que no es filósofo, ni se reputa tal el -- que no se burla de la religión y toma el lenguaje de la impiedad."2

El señor de Paw es el blanco principal en estas disertaciones, pero hay otros, dice Clavigero, como el señor de Buffon, que tam---bién escribió muchos errores sobre la América.

La primera disertación tiene el título, "Sobre la pobla

(1) Ibid., pág. 9, tomo IV

(2) Ibid., pág. 10, tomo IV

ción de la América y particularmente sobre la de México." Explica Clavigero sus intenciones en escribir esta disertación:

"Quiero solamente exponer y sujetar al juicio de los hombres doctos mis conjeturas, porque me parece que no serán enteramente inútiles."¹

Dice también que "apenas se encontrará en la historia un problema de más difícil solución que el de la población de la América..." Aun no hemos resuelto este problema.

Cita las opiniones de los autores de su tiempo en este importante asunto y comenta:

"Entre aquellos que los reputan originarios quién de los cartagineses, quién de los numidas. Pero no hay mayor variedad de opiniones que entre aquellos que creen deberse a la Asia la población de la América. Los israelitas, los cananeos, los asirios, los fenicios, los persas, los tártaros, los indios orientales, los chinos, los japoneses, todos tienen sus abogados entre los historiadores y filósofos de estos dos últimos siglos. Algunos, pues, no contentos con buscar a los referidos pobladores en los países conocidos del mundo, sacan de debajo de las aguas del Océano, o de los espacios imaginarios a la famosa isla Atlántida, para mandar de allí colonos a la América. Pero esto es poco, pues hay autores que por no hacer agravio a ningún pueblo, creen a los americanos descendientes de todas las naciones del mundo."²

Habla también de la diferencia entre las pirámides de Egipto y las del Nuevo Mundo. Las de México servían de base a sus templos, y las de los egipcios de sepulcros a los reyes.

Su conclusión sobre la materia en esta primera disertación es la siguiente:

"Tales son mis sentimientos en orden o a la población de la América, los cuales sujeto al juicio de los doctores cristianos y sabios; pero no al de ciertos filósofos incrédulos y caprichudos, que ni respetan la au-

(1) Ibid., pág. 15, tomo IV.

(2) Ibid., pág. 27, tomo IV.

toridad divina ni hacen caso de las tradiciones humanas, ni quieren escuchar la razón".1

La segunda disertación tiene por título: "Sobre las principales épocas de la historia del reino de México", y su explicación para escribirla es:

"La suma variedad que hallamos en los autores sobre la cronología del reino de México, nos obliga a examinar prolijamente las épocas de los principales --- acontecimientos. Si hubiéramos hecho esto en el --- cuerpo de la Historia, habría sido necesario interrumpir el hilo de la narración con disputas espinosas. Si lo hubiéramos hecho, como queríamos, en las notas, éstas habrían salido extremadamente largas."2

Habla de sus trabajos en averiguar lo cierto:

"Yo he trabajado con mucha diligencia por averiguar lo cierto, y me parece haberlo conseguido, en gran parte, como haré ver en la presente disertación, la cual será enfadosa para aquellos que no tienen interés en la ilustración de estos puntos de cronología."3

Sobre la cronología de los reyes mexicanos, dice: "Es difícil poner en claro la cronología de los reyes mexicanos por la discordancia de los autores. Nosotros nos valdremos de algunos -- puntos ciertos para averiguar los inciertos." De aquí que usara el siguiente método:

"Para averiguar la cronología de estos once reyes, es necesario usar de otro método, comenzando por los últimos y continuando en orden retrógrado hasta los principios de la monarquía."4

En cuanto a los acontecimientos de la época de la conquista, dice que hay algunos anacronismos en los historiadores españoles, y es necesario fijar algunos puntos de cronología, omitiendo --

- (1) Ibid., pág. 61, tomo IV
- (2) Ibid., pág. 63, tomo IV
- (3) Ibid., pág. 63, tomo IV
- (4) Ibid., pág. 78, tomo IV

otros de menor importancia para ahorrar molestia a los lectores.

Las disertaciones tercera y cuarta las escribe sobre la tierra, el clima, y los animales del reino de México. La intención principal es con el fin de refutar las opiniones de los europeos sobre la América, las cuales han obtenido de las escrituras de autores como Paw y Buffon.

"Cualquiera que lea la horrible descripción que hacen algunos europeos de la América, u oiga el injurioso - desprecio con que hablan de su tierra, de su clima, - de sus plantas, de sus animales y de sus habitantes, inmediatamente se persuadirá que el furor y la rabia han armado sus plumas y sus lenguas o que el Nuevo -- Mundo es verdaderamente una tierra maldita y destinada por el cielo para ser el suplicio de malhechores."1

Lamenta la ignorancia de Buffon:

"Me causa ciertamente compasión que un filósofo tan ingenioso, tan erudito y tan elocuente, el cual se ha puesto a escribir de todos los cuadrúpedos del mundo, distingue sus especies, familias y razas, -- describe su carácter, su índole y sus costumbres, - numera sus dientes y aun mide sus colas, se muestre por otra parte ignorante de los animales más comunes del reino de México."2

Su conclusión es:

"No dudamos que los lectores imparciales conocerán, por lo que hasta aquí hemos expuesto sinceramente, los errores y contradicciones de nuestros filósofos, originadas del ridículo empeño de infamar al Nuevo Mundo, la falsedad de sus observaciones, la insubsistencia de sus raciocinios y la temeridad de su censura."3

La disertación quinta es sobre la constitución física y moral de los mexicanos. Clavigero nos dice que él mismo trató íntimamente a los americanos (como lo sabemos); vivió algunos años en un seminario destinado a su instrucción; vió la erección y los progre

- (1) Ibid., pág. 89, tomo IV.
- (2) Ibid., pág. 149-150 tomo IV.
- (3) Ibid., pág. 202, tomo IV.

sos del real colegio de Guadalupe, fundado en México por un jesuita mexicano para la educación de niñas indias; tuvo después algunos indios entre sus discípulos; trató a muchos párrocos -- americanos, a muchos nobles y muchísimos artesanos; observó --- atentamente su carácter, genio, inclinaciones y modo de pensar, y además de ésto, examinó con mucha diligencia su historia antigua, su religión, su gobierno, sus leyes y sus costumbres. Después de una experiencia tan grande y de un estudio tan prolijo, por el cual Clavigero se creó en estado de poder decidir con menos peligro de errar, "protesta a Paw y a todo el Europa, que - las almas de los mexicanos en nada son inferiores a las de los europeos." Ellos son capaces de todas las ciencias, aun las -- más abstractas...

Es en la disertación sexta que Clavigero hace más extrema su defensa de la cultura de los indios.

"Paw, siempre enojado y enfurecido contra el Nuevo Mundo, llama bárbaros y salvajes a todos los americanos, y los reputa inferiores en sagacidad e industria a los más groseros y rudos pueblos del antiguo continente. Si él se hubiera contentado con decir que las naciones americanas eran en gran parte incultas, bárbaras y bestiales en sus costumbres, como - habían sido antiguamente muchas naciones de las más cultas de Europa, y como son actualmente algunos pueblos de la Asia, del Africa y aun de la misma Europa; que las naciones más civilizadas de América eran muy inferiores en cultura a la mayor parte de las naciones europeas; que sus artes no estaban tan bien ordenadas, y que sus sacrificios eran inhumanos y algunas de sus costumbres extravagantes, no tendríamos razón para contradecirle. Pero tratar a los mexicanos y peruleros como a los caribes y a los iroqueses, no hacer cosa de su industria, desacreditar sus artes, desapreciaren todos sus leyes, y poner aquellas industriosas naciones a los pies de los más groseros pueblos del antiguo continente, ¿no es esto obstinar se en el empeño de envilecer al Nuevo Mundo y a sus habitantes, en lugar de buscar la verdad como debía

según el título de su obra?"¹

Expone como un antropólogo y etnólogo moderno, la definición de los bárbaros y salvajes. Estos llamamos, dice, en el día a aquellos hombres que conducidos más por capricho y deseos naturales que por la razón, ni viven congregados en sociedad, ni tienen leyes para su gobierno, ni jueces que ajusten sus diferencias, ni superiores que velen sobre su conducta, ni ejercitan las artes indispensables para remediar las necesidades y miserias de la vida; aquellos, finalmente, que no tienen idea de la Divinidad, o por lo menos, no han establecido el culto con que deben honrarla.

De otro lado, los mexicanos y todas las otras naciones de Anáhuac como también los peruleros, reconocían un Ser Supremo omnipotente, aunque su creencia estuviese, como la de otros pueblos idólatras, viciada con mil errores y supersticiones. Tenían su sistema fijo de religión, sacerdotes, templos, sacrificios y ritos ordenados al culto uniforme de la divinidad. Tenían un rey, gobernadores y magistrados; tenían tantas ciudades y poblaciones tan grandes y tan bien ordenadas, como haremos ver; tenían leyes y costumbres, cuya observancia celaban los magistrados y gobernadores; tenían comercio y cuidaban mucho de la equidad y justicia en los contratos; tenían distribuidas las tierras y asegurada a cada particular la propiedad y posesión de su terreno; practicaban la agricultura y otras artes; no solo aquellas necesarias a la vida, sino aun las que sirven solamente a las delicias y al lujo.²

(1) Ibid., pág. 276, tomo IV. (2) Ibid., pág. 275-276, tomo IV.

Pregunta Clavigero: "¿Qué más se quiere para que aque-
llas naciones no sean reputadas bárbaras y salvajes?"

Incluye Clavigero en esta disertación sexta unas sec-
ciones sobre la moneda, el uso del hierro; las artes industria-
les; su forma de escritura, la lengua mexicana, y las leyes de
los mexicanos. Hablaremos más sobre estos datos culturales en
la segunda parte de esta obra.

La disertación séptima contiene informes sobre los -
confines y la población de los reinos de Anáhuac, y la diserta-
ción octava es sobre la religión de los mexicanos.

Explica Clavigero:

"Los errores de muchos escritores españoles sobre los
confines del imperio mexicano, y los despropósitos de
Paw y otros autores extranjeros sobre la población de
aquellos países, me han obligado a hacer esta diserta-
ción, para poner en claro lo cierto, lo que procuraré
hacer con toda la brevedad posible."¹

Su intención en escribir la octava disertación es la siguiente:

"Yo... dirijo esta disertación a los que por ignoran-
cia de cuanto ha pasado y pasa actualmente en el mun-
do, o por falta de reflexión, han gritado tanto al --
leer en la historia del reino de México la crueldad -
y superstición de aquellos pueblos, como si fuesen co-
sas nunca oídas entre los mortales. Manifestaré, ---
pues, su error, y demostraré que la religión de los -
mexicanos fue menos supersticiosa, menos indecente, -
menos pueril y menos irracional que las de las más --
cultas naciones de la antigua Europa, y que de su ---
crueldad ha habido ejemplos, y tal vez más atroces, -
en casi todos los pueblos del mundo."²

Su Historia termina con esta octava disertación.

Vamos a considerar ahora el aspecto de la cultura en
las páginas de la Historia Antigua de México.

El historiador de la Cultura.

(1) Ibid., pág. 361, tomo IV. (2) Ibid., pág.391-392, tomo IV.

Un nuevo aspecto de la historiografía es el de la -- historia de la cultura. El historiador, antiguamente, se ocupaba principalmente de narrar sucesos políticos y militares, de las batallas y de sus héroes, y más tarde prestó su atención a hechos culturales, tales como clases sociales, instituciones políticas y las manifestaciones literarias y artísticas.

El período moderno de historia empieza en el siglo -- XVIII. Los filósofos comenzaban a considerar la historia no solamente como los hechos de hombres y naciones, sino también sus costumbres. Podemos ver unas cinco fases de cultura en la historia, o sean: lo político, lo religioso, la educación lo industrial, y lo social. El gobierno se veía como el centro de lo político; la iglesia el centro de lo religioso; la escuela el centro de la educación, y la ocupación para la vida industrial, la familia para las costumbres sociales. Ya mostraban los historiadores un interés no solamente en los sucesos políticos, sino también en las artes, las ciencias, la industria, y las normas y costumbres. Por tanto empezó también la "historia de la civilización" y de la "cultura". Es este cambio de perspectiva de la historia que Clavigero comprende tan bien, y del cual puede tal vez considerarse como fundador o iniciador.

Esta manera de escribir la historia considerando los hechos culturales y las clases sociales, se considera creada -- por el famoso Voltaire, que vivió en el mismo siglo que nuestro Padre Clavigero. Sea esto cierto o no, que Voltaire es el creador de la nueva filosofía de la historia, el caso es que -- el distinguido Padre Clavigero ha demostrado todos los aspec--

tos de la nueva manera de pensar en su monumental obra, la Historia Antigua de México, tal como veremos. Este trabajo no es para determinar quien fue el "padre de la nueva historia", sino para considerar los elementos de contribución de Clavigero al nuevo pensamiento histórico, y para ver la cultura de los mexicanos en las páginas de su historia ilustrísima.

La verdadera historia del hombre es la historia de su cultura, como se ve muy bien por Clavigero. Es la única historia que puede escribir el buen Abate, la "verdadera" historia. La cultura comprende las manifestaciones de la vida material y espiritual, y su desarrollo en lo económico, en lo político y en lo social.

Etimológicamente, la palabra cultura proviene del verbo latino colere (cultivar), y tiene un sentido del cultivo de un objeto. Es una manifestación de la actividad del hombre para mejorarse; es el esfuerzo y actividad perfeccionadora del hombre. Algunas veces se suelen confundir los términos "civilización" y "cultura". La cultura es algo inherente al hombre, como ser racional. La palabra civilización procede de civitas (ciudad) y civilis (el ciudadano). La civilización es propia de la ciudad y es solo una parte de la cultura. La cultura, como permanente y continuada, contiene el desarrollo de las actividades humanas.

Algunas veces decimos que una persona de "cultura" es una que se ha educado, es cortés, o tiene una habilidad grande en las artes o en la música. Entonces cultura significa "superioridad", pero en este sentido la palabra tiene poco

en común con la significación aplicada a un pueblo cuando hablamos de su manera de vida refiriéndonos a su "cultura". Es en este último sentido que usamos la palabra en este escrito.

Los elementos que constituyen la cultura son: la provisión económica, una creencia en un Ser Supremo, una organización política, una tradición moral, y el perfeccionamiento de la sabiduría y las artes. La primera forma de cultura es la agricultura.

Un pueblo cultura, como dice Clavigero, es uno que vive congregado en sociedad, que tiene leyes para su gobierno, jueces que ajusten sus diferencias, superiores que velan sobre su conducta, que ejercita las artes indispensables para remediar las necesidades y miserias de la vida, y que tiene, finalmente una idea de la Divinidad y un culto establecido para honrarla.

Cultura, entonces, vemos que es el conjunto complejo que incluye la sabiduría, creencia, las artes, la conducta moral, o ética, las leyes, las costumbres, y todas las capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad. Nuestro historiador no solo nos enseña que los mexicanos tenían una cultura superior, sino que compara con la de los romanos y de los griegos antiguos.

En la Historia Antigua, dice Clavigero, que los toltecas o sean los primeros habitantes históricos del valle, poseían los aspectos de la cultura. Sus libros VI y VII en su totalidad son de aspectos culturales, heredados y adquiridos de los mexicanos. Casi todas las disertaciones pueden considerarse co

mo elementos de la historia de la cultura, especialmente la disertación VI, que tiene por título "Cultura de los mexicanos."

La cultura de los mexicanos según
la crítica de Clavigero.

Introduce nuestro historiador su narración de la cultura muy enfáticamente cuando dice:

"Pero antes de emprender la narración de sus sucesos -- será preciso dar a conocer la religión, la policía, las artes, y las costumbres de los mexicanos."1

En la introducción al libro VI, dice:

"La religión, la policía y la economía son las tres cosas que principalmente caracterizan una nación y sin saberlas no se puede formar idea cabal de su genio, de sus inclinaciones y de sus luces."2

Comienza Clavigero con la cultura espiritual, el aspecto de la religión y hace una comparación con las otras religiones antiguas cuando escribe:

"Si se hace el paralelo como lo hacemos en otro lugar - (Disertación VIII) de la religión de los mexicanos con la de los romanos o griegos, se reconoce que éstos fueron más supersticiosos y más pueriles en su culto y aquellos más crueles. Aquellas célebres naciones de la antigua Europa multiplicaron excesivamente sus dioses - por el bajo concepto que tenían de su poder, estrechaban a cortos límites su jurisdicción, atribuíanles los más atroces delitos y manchaban su culto con las más execrables obscenidades, que justamente les reprocharon - los Doctores del Cristianismo. Los mexicanos concebían menos imperfectas sus divinidades, así en lo físico como en lo moral, y en su culto, aunque tan supersticioso, no intervenía acción alguna contraria al pudor."3

Al contrario de los romanos y los griegos, el concepto que los mexicanos tenían de sus dioses era que éstos habían sido más perfectos que ellos, tanto en lo físico como en lo moral.

- (1) Ibid., pág. 60, tomo II.
- (2) Ibid., pág. 61, tomo II.
- (3) Ibid., pág. 62, tomo II.

Los mexicanos profesaban el más alto grado de religión: el culto del Ser Supremo.

Tenían los mexicanos idea aunque imperfecta de un Ser Supremo, absoluto e independiente, a quien confesaban deberle adoración, respeto y temor. No le representaban en figura alguna porque lo creían invisible, ni le llamaban con otro nombre con el común de Dios, que en su lengua es teotl, más semejante aun en su significación que en su articulación al theos de los griegos..."¹

Con respecto del alma, nos dice que los mexicanos y demás naciones cultas de Anáhuac la creían inmortal. "Esta prerrogativa de la inmortalidad no la juzgaron tan propia de la alma racional que no la concediesen también a la de los brutos."

La filosofía de los mexicanos sobre la vida futura y eterna, y de la recompensa o pena eternas era la siguiente:

"Tres diferentes lugares y destinos señalaban a las almas. Creían que las de los soldados que muriesen en la guerra o prisioneros en poder de sus enemigos, y las mujeres que morían de parto, iban a la casa -- del sol, que imaginaban Señor de la Gloria, en donde pasaban una vida deliciosa; que diariamente al salir el sol festejaban su nacimiento y le acompañaban con himnos, baile y música de instrumentos desde el oriente hasta el zenit; que allí salían a recibirle las mujeres y con los mismos regocijos lo conducían hasta el occidente."²

La idea pitagórica de metempsicosis ha penetrado también la religión de los mexicanos.

"Pasados cuatro años de aquella vida gloriosa, pasaban las almas a animar nubes y aves de hermosa pluma y de canto dulce, quedando ágiles y libres para remontarse sobre el cielo o bajar a la tierra a cantar y chupar flores."

"Los tlaxcaltecas pensaban que todas las almas de los nobles animaban después de la muerte aves bellas y canoras y cuadrúpedos generosos, y las de los plebeyos

(1) Ibid., pág. 63, tomo II.

(2) Ibid., pág. 63, tomo II.

comadreja, escarabajos y otras sabandijas y animales viles."1

Otro aspecto importante de la religión son los mitos de los dioses, la creación del mundo, etcótera. Los mexicanos tenían noticia de un diluvio universal, de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las gentes. También tenían unas fábulas, - como los romanos, sobre la población del mundo después del diluvio.

"Decían que acabados los hombres con el diluvio, no sólo se salvaron en una canoa un hombre llamado --- Coxcox, (a quien otros den el nombre de Teocipactli) y una mujer nombrada Xochiquetzal, los cuales habiendo tomado tierra al pie de un monte que se decía Colhuacan, tuvieron muchos hijos, pero todos nacieron mudos hasta que una paloma desde lo alto de un árbol les infundió las lenguas tan diferentes entre sí que ninguno entendía al otro."2

Además de la creencia en el Ser Supremo, los dioses particulares "que adoraban los mexicanos eran muchos, aunque no tantos - ni con mucho con los de los romanos. Parece que trece eran los principales o dioses mayores en cuyo honor consagraban el número trece."

Surge el sentido del historiador verdadero en estas palabras:

"Expondré sobre éstos y los demás dioses de los mexicanos lo que tengo averiguado, deshechando las conjuras y fantástico sistema del caballero Boturini y de otros autores."3

Tezcatlipoca, escribe Clavigero, era el mayor dios que se adoraba después del dios invisible o Supremo Ser. Era el dios de la providencia, el alma del mundo, el creador del cielo y de la --

(1) Ibid., pág 64-65, tomo II.

(2) Ibid., pág. 65, tomo II.

(3) Ibid., pág. 75, tomo II.

tierra, y el Señor de todas las cosas. Creían que premiaba con muchos bienes a los justos y castigaba con enfermedades y otros malos a los viciosos. De su culto visible, tenía "en las esquinas y encrucijadas de las calles siempre puesto un asiento de piedra para que descansase cuando quisiera y a ninguno era lícito sentarse en él."

Rechaza con razón Clavigero, una opinión de muchos de sus contemporáneos que el dios Quetzalcoatl era el mismo Santo Tomás.

Además de Tezcatlipoca, habían otros dioses; unos del cielo, la apoteosis del sol y la luna -- Tonatiuh, el sol, y -- Metzli, la luna; Quetzalcoatl, el dios del aire; los dioses de los montes, de las aguas, del fuego, de la tierra, de la noche y del infierno. El principal de estos últimos era Tlaloc, el dios del agua, y los dioses importantísimos de la guerra eran Huitzilipochtli, o Mexitli. Había además los dioses del vino, de la sal, de la caza, de la pesca, de la medicina y del comercio. Podemos ver que los dioses mexicanos eran principalmente dioses de la naturaleza y de las ocupaciones, o dioses de la cultura.

Como teólogo explica el sistema de la religión:

"El sistema de la religión natural depende principalmente de la idea que se siente de la divinidad. Si el Supremo Ser se concibe como un padre lleno de bondad, cuya Providencia vale sobre sus criaturas, en las prácticas religiosas se advertirá amor y respeto. Si por el contrario, se imagina como un tirano inexorable, el culto será sanguinario. Si se cree omnipotente, la veneración se dirigirá a uno solo; pero si se juzga limitado su poder, no podrán dejar de multiplicarse los objetos del culto. Si se reconoce la santidad y perfección de su ser, se solicitará su --

protección con un culto puro y santo; pero si se re-
puta sujeto a las imperfecciones y vicios de los --
hombres, la misma religión consagrará los delitos."1

Hace Clavigero otra comparación entre los dioses mexicanos y --
los dioses clásicos:

"Cotejemos, pues, la idea que tenían los mexicanos
de sus dioses con la que tenían de sus númenes los
griegos, romanos y otras naciones de quienes aque--
llos aprendieron la religión, e inmediatamente cono-
ceremos las ventajas que en esta materia hacen los
mexicanos a las naciones antiguas. Es verdad que los
mexicanos repartían entre varios númenes el poder, -
imaginando restringida a ciertos límites la jurisdic-
ción de cada uno... Los romanos, a más de la diosa
Ceres, empleaban en solo el trigo una gran multitud
de dioses, y en el cuidado de la educación de sus hi-
jos más de veinte....¿Quién creería que necesitasen
de tres dioses para solo la guardia de la puerta?
Forculo estaba encargado de los postes, Carna del --
juicio y Limentino de las hojas.... ¡Tan mezquino --
así era el juicio de los romanos el poder de sus dio-
ses!"2

Algo del pensamiento de los mexicanos de sus dioses y de su pers-
picacia, tenemos en estas palabras de Motecuczoma al conquistador
Cortés:

"Yo no dudo que la bondad del Dios que adoráis; pero
si él es bueno para España, los nuestros son igual--
mente buenos para México."

Otro aspecto importante sobre la diferencia entre los dioses de
los griegos y los romanos con los de los mexicanos se ve aquí:

"Pero en ninguna otra cosa manifestaron mejor los --
griegos y los romanos la opinión que tenían de sus -
númenes, que en los vicios que les atribuían. Toda -
su mitología era una larga serie de delitos; toda la
vida de sus dioses se reducía a rencores, venganzas,
incestos, adulterios y otras pasiones bajas, capaces
de infamar aun a los hombres más viles."3

El contraste es muy marcado:

- (1) Ibid., pág. 392, tomo II.
- (2) Ibid., pág. 393-4, tomo II.
- (3) Ibid., pág. 395, tomo II.

"Muy distinta era de todo esto la idea que tenían de sus nùmenes los mexicanos. No se encuentra en toda su mitología ningún vestigio de aquellas estupidas maldades con que las otras naciones infamaron a sus dioses. Los mexicanos honraban la virtud, no los vicios, en sus divinidades; en Huitzilopochtli el valor; en Centeotl... y otros la beneficencia, y en Quetzalcoatl la castidad, la justicia y la prudencia. Aunque fingieron nùmenes de ambos sexos, no los casaron ni los creyeron capaces de aquellos placeres obscenos que eran tan comunes en los dioses griegos y romanos. Suponían los mexicanos en ellos una suma aversión a toda suerte de delitos; por lo que su culto se dirigía a aplacar la ira de los nùmenes provocada con los pecados de los hombres y a solicitar su protección con el arrepentimiento y los obsequios religiosos."¹

Y exclama nuestro historiador, ¿Qué podemos decir de los dioses egipcios? que daban culto no solo al bucy, al perro, al lobo, al gato, al cocodrilo, al gavilán y a otros semejantes animales, sino también a los puercos, a las cebollas y a los ajos; "lo que dió motivo a aquel dicho de Juvenal: ¡Oh sanctas gentes, quibus hec nascuntur in hortis numina!"

Además de la alta concepción de la religión y del culto de sus dioses, la superstición de los mexicanos era "menor y menos pueril" que las naciones antiguas europeas.

"Las obras de Lívio, Plinio, Virgilio, Suetonio, Valerio, Máximo y de otros juiciosos autores (los cuales no pueden leerse sin compasión), hacen ver hasta qué exceso llegó la pueril superstición de los romanos en sus agüeros. No había animal entre los cuadrúpedos, entre los reptiles ni entre las aves, del cual no se tomase agüero de lo porvenir."²

Los astrólogos mexicanos observaban los signos o caracteres de los días para sus matrimonios, sus viajes, etc., al igual que los astrólogos europeos observaban la posición de los astros para vaticinar al futuro de los hombres. Todavía tenemos una as-

(1) Ibid., pág. 396, tomo II

(2) Ibid., pág. 397, tomo II.

trología moderna para pronosticar el futuro de los que nacen en un día o mes particular.

Habla el sacerdote en estas palabras:

"La experiencia de los groseros errores de la ridícula puerilidad y de las monstruosas abominaciones en que han incurrido las más cultas naciones del -- gentilísimo, da a conocer que no debemos esperar la verdadera y santa religión sino de aquel mismo Dios que adoramos. A él le toca revelar la verdad que -- debemos creer, y prescribir el culto con que debe-- mos reverenciarlo."1

Finalmente dice Clavigero:

"Mas al fin americanos, griegos, romanos y egipcios, todos eran supersticiosos y pueriles en la práctica de su religión; pero ni así en la obscenidad de sus -- ritos, pues en los de los mexicanos no se encuen-- tra el menor vestigio de aquellas abominaciones tan comunes entre los romanos y otras naciones cultas -- de la antigüedad."2

Sobre las víctimas humanas, Clavigero defiende a los mexicanos con estas palabras que no ha habido casi nación alguna del mundo que no haya sacrificado algunas veces víctimas humanas al -- dios que adoraba.

"Sabemos por los libros santos que los ammonitas -- quemaban algunos de sus hijos en honor de su dios Moloc, y que lo mismo hacían otros pueblos del país de Canaan, cuyo ejemplo imitaron algunas veces los israelitas."3

No hace una apología con respecto a la antropofagia religiosa -- de los mexicanos y dice que este aspecto de la religión mexicana "fué sin duda más bárbara que las de los romanos, egipcios y las otras naciones cultas."

Los templos y el sacerdocio.

(1) Ibid., pág. 399, tomo II.

(2) Loc. cit.

(3) Loc. cit.

Tenían los mexicanos, nos dice Clavigero, como todas las naciones cultas del mundo, templos y lugares destinados a los ejercicios de religión, donde se congregaba el pueblo a rendir culto a sus divinidades y a implorar su protección.

Describe Clavigero exactamente el templo mayor de México, el espacio que ocupa, sus escaleras, y todo del edificio. Describe igualmente los edificios anexos al templo mayor, los lugares destinados para la cría de aves que se sacrificaban, jardines en que cultivaban flores y plantas odoríficas para adorno de los altares. Todos los templos, nos dice, tenían posesiones y tierras propias y aun vasallos que las cultivaban y contribuían con maíz, chile y los demás artículos necesarios para el sustento de los sacerdotes, y la leña y copal para uso del templo. Cada templo tenía un número competente de sacerdotes, y la suma estimación y respeto con que aquellas naciones miraban al sacerdocio contribuía grandemente a la multiplicación de los ministros del altar.

Nos dice de los empleos de los sacerdotes, su traje y su vida, y también de las sacerdotisas; las diferentes órdenes de religiosos; los sacrificios humanos y gladiatorios; sacrificios de animales y oblaciones, y además el culto personal de los mexicanos en sus austeridades y ayunos y en sus penitencias.

En cada mes tenían fiestas importantes, especialmente en honor de los dioses Tezcatlipoca, Tlaloc y Huitzilopochtli, cada una de estas con sus correspondientes sacrificios especiales y sus ritos definitivos, para adorar y propiciar a los dioses respectivos.

Además de los ritos en los días festivos, tenían otros ritos para los sucesos de la vida diaria. El rito del nacimiento de los niños, algo así como el bautismo era muy importante, - después lo cual los padres consultaban a los agoreros sobre el - porvenir del niño. Practicaban además ritos especiales para los matrimonios y funerales.

Concluye su libro sobre la religión azteca con estas - palabras:

"Esto es lo que sabemos de la religión de los mexicanos. La vanidad de su culto, la superstición de sus ritos, la crueldad de sus sacrificios y el rigor de sus austeridades harían conocer más claramente a sus descendientes las incomparables ventajas que han logrado en las máximas dulces, puras y santas de la religión cristiana, y les servirán de estímulo para dar incesantes gracias al Padre de las misericordias por haberlos llamado a la admirable luz de su Evangelio, habiendo dejado perecer a sus mayores en las tinieblas del error."¹

La organización política y jurídica.

Uno de los aspectos de una nación culta es su organización política. Durante las peregrinaciones de los mexicanos, la nación era una oligarquía, el poder estaba en las manos de la aristocracia. Cuando por sus hechos militares los mexicanos, se aislaron a las islas del lago, sintieron la necesidad de elegir un monarca para gobernarlos como un padre y para proteger la nación contra sus enemigos. Hasta los mexicanos sabían que en la unión está la fuerza. (Unidos nos sostenemos; divididos caemos).

Un elemento democrático entraba en la elección del rey porque era una corona electiva. Cuatro señores nobles te--

(1) Ibid., pág. 193, tomo II.

nían la voz electoral, que expiraba en la primera elección. Los candidatos para el trono eran los hermanos del difunto rey, o a falta de ellos, los sobrinos de los reyes anteriores, y los electores escogían al que era más idóneo para llevar la corona, "con lo que precavían el inconveniente de verse alguna vez gobernados por un niño.

En la ceremonia de la coronación prestaba el rey un juramento extravagante para obligarse a no desmerecer en su conducto de los beneficios del cielo:

"Juró de 'conservar los fueros y leyes de sus antecesores, y de hacer justicia a todos, de ser valiente en la guerra, y de hacer andar al sol, llevar las nubes, correr los ríos y producir la tierra todos los mantenimientos."

En el principio el poder del monarca fué limitado y su autoridad verdaderamente paternal; su trato era humano, pero con las conquistas, sus riquezas se fueron aumentando y su soberbia le hizo traspasar los límites dados a su autoridad, hasta llegar al despotismo encontrado por los españoles en el reinado del Moctezuma II.

El rey tenía tres consejos supremos para el gobierno del reino, que examinaban las materias del estado, de hacienda y de guerra, compuestos de hombres de la primera nobleza, y ordinariamente no emprendía el rey empresa mayor sin oír antes el dictamen de sus consejeros. Comenta Clavigero sobre este asunto:

"No sabemos el número de los miembros de cada consejo, ni los historiadores nos suministran todas las luces que necesitamos para exponer con individualidad lo que toca a esta materia; solamente nos han conservado los nombres de algunos conseje

ros, especialmente del tiempo de Motecuzoma II."1

Entre los oficiales de la corte, había un intendente general de la Real Hacienda, un gran mayordomo, el cual recibía todos los tributos, y que llevaba la cuenta de ellos expresada en pinturas. Tenía una prodigiosa multitud de estas pinturas de cuenta.

Había también un tesorero o depositario de las joyas de oro y piedras preciosas, que juntamente era director de los artifices que las trabajan; otro tesorero para las obras de pluma, cuyos artifices tenían sus oficinas o talleres en el real palacio de las aves. Había, además, un montero mayor, que tenía a su cargo los parques y viveros del rey.

Los embajadores eran siempre personas nobles y elocuentes. Los mensajeros, o los corredores, sirvientes del gobierno, eran muy importantes y muy hábiles.

Tenían los mexicanos varios tribunales y jueces para la administración de la justicia. El supremo magistrado era nombrado por el rey, y tenía pena de muerte el que usurpaba su autoridad. No se podía apelar a otro tribunal de las sentencias que pronunciaba en lo civil o en lo criminal.

Otro tribunal era una especie de audiencia compuesta de tres jueces, que juzgaban las causas civiles y criminales. Examinaban las causas y daban la sentencia, en sus reuniones diarias, en la casa del ayuntamiento. La sentencia se publicaba por boca de un vocero, y el verdugo era uno de los tres jueces. Bajo este tribunal, cada barrio tenía un lugarteniente, elegido anualmente por el común del barrio. Estos lugartenien-

(1) Ibid., pág. 219, tomo II.

tes oían las causas de sus respectivos distritos, y diariamente iban al tribunal superior para recibir sus órdenes. En los mismos barrios eran otros oficiales, como comisarios o inspectores, que velaban sobre la conducta de las familias que tenían encargadas, y daban cuenta a los magistrados de todo lo que ocurría. Este era su sistema de policía.

Los lugartenientes tenían bajo su jurisdicción unos solicitadores o cursores que publicaban sus órdenes y citaban a los reos, y existían los alguaciles para ayudarlos en su oficio.

Las primeras leyes fueron formadas por el cuerpo de la nobleza, pero después los reyes fueron los legisladores de la nación. Por casi todas las trasgresiones de las leyes el castigo era la muerte.

Por los siguientes delitos el reo sufrió el castigo capital:

Traición al rey o al estado

Por causar un motín en el pueblo

Por alterar las medidas establecidas en el mercado

Por homicidar

Por quitar el marido la vida a su propia mujer

Por adulterio

Por robar; especialmente el que hurtaba en el mercado

Embriaguez en los jóvenes

(Si aplicamos estas penas de muerte a las trasgresiones de las leyes modernas no quedaríamos muchos en el mundo).

La otra forma de castigo era la privación de la liber-

tad. Existían tres formas o especies de esclavitud. La primera eran los prisioneros de guerra; la segunda los esclavos comprados; y la tercera los reos. Había dos especies de cárceles, -- una semejante a las nuestras, para los que no pagaban sus deudas; y la otra para los reos que no tenían pena de muerte. Había otras cárceles semejantes a jaulas de madera, destinadas para los prisioneros que se debían sacrificar en cultos religiosos y para los reyes de pena capital.

La organización social.

En la introducción del importante asunto de la cultura de una nación, dice Clavigero que la educación de la juventud es el fundamento principal de un estado, y el que da mejor a conocer el carácter de una nación. Este pensamiento entre los mexicanos fue tal:

"que ella por si basta a confundir el orgulloso desprecio de ciertos críticos que imaginan reducido a los límites de la Europa el imperio de la razón. En lo que diremos sobre este asunto seguiremos a las pinturas antiguas de aquellas naciones y a los autores más bien instruidos."

Vemos un poco de Tácito en estas palabras:

"Es verdad que viciaban sus instrucciones con la superstición; pero el celo que tenían en la educación de sus hijos debe confundir la negligencia de nuestros padres de familia, y muchos de los documentos que daban a su juventud pueden servir de lecciones a la nuestra."¹

Llegando a cinco años los nobles y los mismos reyes -- entregaban a los niños a los sacerdotes para que los educasen -- en los seminarios; la gente común criaba a sus niños en sus pro

(1) *Ibid.*, pág. 196, tomo II.

pías casas, donde les enseñaban el culto de los dioses y las -- fórmulas de orar y de implorar la protección de los dioses. No había negligencia tampoco en enseñarles a trabajar. Un niño de cinco años, cargado de un ligero hacecillo, acompaña a su padre al mercado; la niña de la misma edad comienza a aprender a hilar.

Además de las instrucciones religiosas y la educación doméstica, "todos enviaban sus hijos a las escuelas públicas que había cerca de los templos para que por espacio de tres años fueren instruídos en la religión y buenas costumbres."

La educación superior consiste en los seminarios anejos a los templos, unos para niños, otros para mancebos y otros para doncellas. Los de los niños y mancebos estaban a cargo de unos sacerdotes únicamente destinados a su educación; los de -- las vírgenes estaban al cuidado de unas matronas respetables por su edad y sus costumbres.

Había seminarios distintos para la nobleza y para la plebe. Los mancebos nobles se ocupaban en los ministerios in--teriores, y los otros se ocupaban en llevar la leña necesaria -- para los braseros, la piedra para los reparos a los edificios y otros empleos semejantes.

La materia de instrucción era sobre la religión, la -- historia, la pintura, la música, y las otras artes convenientes a su condición. Los hijos aprendían generalmente el oficio de sus padres y seguían su profesión para perpetuar las artes en -- las familias con la mayor ventaja del estado. A los que destinaban para la justicia hacían que asistieran a los tribunales pa--ra que aprendieran las leyes del reino y las prácticas y formas

judiciales. Los hijos de los reyes y señores principales gobernaban alguna ciudad o estado menor para aprender el arte difícil de gobernar hombres.

"Sobre este sólido fundamento de la educación," comenta Clavigero, "levantaron los mexicanos el sistema político de su reino."

Había tres clases de ciudadanos en el reino mexicano: los nobles, la gente común, y los esclavos. Allí era lo mismo que en toda nación culta de la Edad Media.

La nobleza de México llevaba sus particulares insignias y ellos solamente podían usar ornamentos de oro y piedras preciosas. La nobleza, también desde los principios del reinado de Moteuczoma II eran los únicos que podían ejercer los empleos en la casa y corte real, de la magistratura y de la milicia.

La mayor parte de la nobleza era hereditaria, los hijos sucedían a sus padres, y a falta de los hijos, los hermanos; a falta de éstos, los sobrinos, y así sucesivamente los demás grados de parentesco.

Las leyes prohibían un matrimonio entre personas consanguíneas o afines en primer grado, a excepción de los cuñados. Cuando el hijo llegaba a la edad para contraer matrimonio, sus padres escogían la mujer que competía a su rango. Después de consultar los agoreros o astrólogos se pedía la doncella a sus padres por medio de unas solicitadoras, quienes iban a la casa de los padres de la doncella con un presente y les pedían su mano. Si la respuesta era favorable, se completaban todos los arre

glos y la familia y amigos llevaban a la doncella a la casa del joven. La ceremonia matrimonial era así:

"Sentábanse los novios en una estera bien labrada que había en medio de la sala y junto al fuego que tenían encendido. Un sacerdote ataba una extremidad del huepilli o camisa de la mujer que con una punta del tilmatli o manta del marido haciendo un nudo, y en esta ceremonia hacían consistir principalmente su contrato matrimonial."¹

La organización económica.

Uno de los aspectos cardinales de la economía de una nación es la posesión de la tierra, o más bien la distribución de las tierras, porque es de ellas donde obtenemos nuestro alimento, el vestido, y el sitio para nuestros hogares.

Las tierras mexicanas estaban repartidas entre la corona, la nobleza, las comunidades y los templos. Sus instrumentos legales de posesión era las pinturas en que claramente e individualmente se describía lo que a cada uno tocaba.

"Las tierras de la corona estaban pintadas con color purpúreo; las tierras de la nobleza de encarnado y - las de las comunidades de amarillo claro."²

Las tierras de la corona las disfrutaban ciertos señores del palacio. Estos no pagaban tributo, sino unos ramilletes de flores y varias especies de plantas cuando visitaban al rey. Estos señores tenían el deber de reparar las casas reales y cultivar los jardines, hacer corte al rey, y acompañarle siempre cuando se dejaba ver en público.

Las tierras de los nobles eran posesiones antiguas de la nobleza, que heredaban los hijos, y también dones del rey en

(1) Ibid., pág. 182, tomo II. (2) Ibid., pág. 226, tomo II.

premio de las hazañas y servicios importantes hechos a la corona. No podían dar estas tierras ni venderlas a los plebeyos. Los nobles tenían también el mayorazgo, pero el padre podía dejarlo al hijo que le pareciese mejor, si el primogénito era inepto para heredarlo. El padre siempre señalaba fondos suficientes también para los otros hijos.

Las tierras de los pueblos eran las que poseía el común de cada ciudad o lugar, las cuales estaban divididas en tantas partes cuantos eran los barrios de la población. Cada barrio poseía su parte exclusiva e independiente de los demás. Estas tierras estaban destinadas también para proveer de víveres al ejército en tiempo de guerra. También sabían los mexicanos que los ejércitos no andan con el estómago vacío.

Al igual que en el antiguo imperio romano, también en México, las provincias tenían que pagar tributos, pero no con el sistema de explotación de los romanos. En la capital de cada provincia o nación vencida por los mexicanos, había una casa destinada para el depósito de las semillas, ropa y demás renglones que recogían los recaudadores reales de cada distrito, pero los tributos en el tiempo de la conquista eran excesivos:

"Los tributos que al principio eran tenuísimos, llegaron con el tiempo al exceso.... porque con las conquistas se aumentó la soberbia y el fausto de los reyes."¹

Añade Clavigero que un gran parte de los tributos se expendían en beneficio de los vasallos, para mantener un buen número de ministros y magistrados en su territorio y también para soco---

(1) Ibid., pág. 232, tomo II

rrer a los monesterosos, especialmente a las viudas, a los huérfanos y a los viejos inválidos, tres ramas de la sociedad que tenían la consideración particular de aquel gobierno.

Además de la división de las tierras, lo económico -- abrazaba su producción. Como la antigua Roma la base de la vida económica mexicana era la agricultura.

"La agricultura que es uno de los principales caracteres de la vida civil se ejerció desde tiempo inmemorial en las tierras de Anáhuac. Nos consta por la historia que los toltecas la ejercieron y enseñaron a los chichimecas. Los mexicanos en su lenta peregrinación desde Aztlán hasta el lago en que fundaron su ciudad, cultivaron las tierras en donde hicieron mansión y se mantuvieron de las cosechas que levantaban. Oprimidos después de los colhuas y tepanecas y reducidos a unos miserables islotes, cesaron por algunos años de labrar la tierra, porque no la tenían, hasta que la necesidad les enseñó a formar sementeras nadantes en la laguna."1

Seguramente era un método científico el de construir tales sementeras nadantes y digno de una nación cultísima, y sabia.

Los mexicanos carecían del arado y de los bueyes, y lo suplían con su trabajo propio y algunos instrumentos muy sencillos. La coatl, una pala fuerte, se usaba para aflojar y remover la tierra; usaban las hachas de cobre para las otras funciones de la agricultura. Empleaban otros varios instrumentos, pero "el descuido que en esta materia tuvieron los escritores antiguos, nos ha privado de las luces que necesitamos para su descripción."

En los trabajos del campo las mujeres ayudaban a sus maridos. El método de sembrar el maíz era muy sencillo. El sembrador abría un agujero en la tierra con un bastón de punta agu

(1) Ibid., pág. 265, tomo II.

da, y echa en el agujero uno o dos granos de maíz de un espuerta que llevaba pendiente del hombro izquierdo. Con el pie arrimaba un poco de tierra al agujero y cubría la semilla. Sigue - así en una línea recta hasta el cabo de la sementera. Después formaba otras líneas paralelas a la primera.

Además de las sementeras de maíz y otras semillas, tenían huertas y jardines, en que había árboles frutales, hierbas medicinales y muchas flores.

Las otras plantas que cultivaban los mexicanos eran - las de algodón, cacao, maguey, el chile o pimiento. El maguey - suministra por sí solo todo lo necesario a la vida de los po--- bres. De sus hojas sacaban papel, hilo, aguja, vestido, calzado y sogas. De su jugo hacían vino, miel, azúcar y vinagre, y del tronco y de la parte más gruesa de las hojas hacían una comida.

Un empleo secundario a la agricultura era la crianza de animales. Los mexicanos criaban pavos o guajolotes, unos perrillos comestibles, codornices, patos y otras aves. Los señores criaban peces, ciervos, conejos, y en sus jardines tenían - casi todas las especies de animales conocidas en su tierra. Se criaban con esmero la cochinilla que era un insecto muy estimado y usado para obtener sustancia de colorante.

Hacían los mexicanos la caza para proveerse de sustento y vestido, y también por mera diversión. Organizaban gene-- ralmente las cazas generales para coger los animales en el centro del bosque. Se usaban los arcos, flechas, dardos y lazos - para la misma. El rey y los señores usaban las cerbatanas que estaban algunas veces guarnecidas de oro o de plata.

La proximidad de un lago de agua dulce que tenía abundancia de peces hacía afluir infinidad de pescadores. Lo que -- pescaban les servía para comerciar. Los instrumentos para la -- pesca eran las redes y harpones. Uno de los métodos de cazar -- cocodrilos era el mismo que han usado los egipcios en el Nilo.

Además de ser una nación militar, podemos decir que -- los mexicanos eran una nación de comerciantes.

"Eran infinitos, los mercaderes mexicanos que giraban de mercado en mercado por todas las provincias del -- imperio, sacando efectos de cada lugar para permutar -- los en otro con ventajas. Adquirían en otros luga-- res algodón en capullo, pieles crudas, piedras pre-- ciosas y otros materiales, y llevándolos a México -- les daban en sus manufacturas todo el beneficio y la -- bor de que eran capaces para hacer con ellos nuevas y ventajosas permutas."1

Había un mercado diario en cada lugar del imperio. Cada ren--- glón de comercio tenía su puesto señalado por los intendentes -- del mercado. ¡Qué otra cosa son los centros de nuestras moder-- nas ciudades sino grandes mercados! Es verdad que no compramos o vendemos al aire libre, ni en puestos, pero tenemos edificios de cada ramo de artículo que vender, no solamente para preser-- var los artículos y guardarlos, sino también para proteger a -- los dependientes, los vendedores, quienes ganan su "pan diario" trabajando en tales tiendas.

Los primeros artículos del comercio mexicano eran el pescado y las esteras que tejían. A éstas las canjeaban por -- maíz para su alimento; por algodón para el vestido; y cal y ma-- dera para sus edificios. Después de hacerse más grande, la na-- ción mexicana había adquirido otros artículos para vender, de --

(1) Ibid., pág. 280, tomo II.

manera que en los tiempos de la conquista lo que se llevaba a vender y a permutar al mercado era cuanto había en el imperio que pudiera servir a las necesidades de la vida, a la comodidad y regalo, y a la vanidad y a la curiosidad de los hombres.

Los mexicanos tenían cinco especies de moneda. La primera era una especie de cacao distinto del que ordinariamente empleaban en sus bebidas; la segunda especie eran ciertas pequeñas mantas de algodón; la tercera especie el oro en grano o en polvo; la cuarta era ciertas piezas de cobre en forma de T, y la quinta ciertas piezas útiles de estaño.

Todos los españoles que asistieron a los mercados los celebraron con los más encarecidos elogios y no hallaron palabras con que ponderar el orden admirable y bella disposición que había entre tanta muchedumbre de mercaderes y de mercaderías.

Las Ocupaciones.

Nada afecta la vida económica de una nación como la división en el trabajo. Si los obreros de los ferrocarriles no quieren trabajar, si no tenemos automóvil, no viajamos. Si los dependientes de los abarrotes no quieren servir no tenemos que comer. Si los campesinos, o mejor, los agricultores no quieren plantar las semillas, nadie tiene que comer, ni el presidente mismo. Si todos los empleados de las fábricas de vestidos se niegan a hacer vestidos, hasta que aprendamos a coser estaremos sin ropa. Ahora la fuerza económica en la generación progresiva de la presente época es la del trabajo, con una T capital. Es esta fuerza, también que escoge y elige a sus gobernadores.

En la división de sus labores los mexicanos tenían - muchos obreros profesionales, especializados en cada clase de - trabajo, en la forma siguiente:

Los canteros para cortar y labrar la piedra

Los palidarios para trabajar las piedras preciosas

Los alfareros para hacer los muebles

Los carpinteros para labrar varias especies de madera

Los telares para tejer el algodón, la pluma, y el pelo de conejo, la palma silvestre y especies de maguey

Los cargadores para transportar los múltiples artículos

Los campesinos para labrar la tierra

Los soldados para defender el país y librar las guerras de conquista

Los nobles para servir al rey y gobernar la nación.

Los canteros no usaban pico, escoda ni cincel, sino ciertos -- instrumentos de pedernal, "cuya hechura no nos han conservado - los historiadores." Labraban la piedra común de los edificios, el mármol, el jaspe, el alabastro, y otras especies de piedras. Del itztli hacían espejos y navajas no solamente para los bar--beros, sino también para sus espadas y puñales.

Los carpinteros usaban los instrumentos de cobre.

Del algodón los tejedores hacían telas excelentes; - unas gruesas y otras delgadas y sutiles como la holanda. Tejían las telas con diferentes labores y colores representando en ---ellas varios animales y flores. Hacían mantas, colchas, tapi--

ces de pluma entretejida con el mismo algodón. Del hilo del maguey hacían las sogas y alpargatas. Curtían y adobaban muy bien las pieles de animales tanto las de cuadrúpedos como aves.

Como les faltaban a los mexicanos las bestias de carga, tenían los cargadores para todo lo que se necesitaba transportar. Estos cargadores se acostumbraban desde niños a ese ejercicio, en el que se empleaban toda la vida. Era posible transportar algunas cosas por agua, especialmente en el Seno Mexicano. Por esto necesitaban naves y marinos.

Organización Militar.

La profesión más estimada entre los mexicanos era la de las armas. El dios más reverenciado era el de la guerra. El príncipe candidato del trono tenía que dar algunas pruebas de su valor y de su genio militar antes de ser elegido al trono. El rey generalmente era antes el general más alto del ejército por su genio y habilidad en usar las armas.

La suprema dignidad militar era la del general del ejército, y entre los mexicanos había cuatro diferentes grados de generales. En dignidad los capitanes seguían a los generales. Había además otras órdenes militares como premio a los buenos soldados, tales como príncipes, águilas y tigres. Los más estimados eran los de la orden de los príncipes y éstos llevaban sus propias insignias. De esta orden era Moteuczoma II.

Tal un ejército moderno, los mexicanos tenían gran cuidado en distinguir los soldados por sus insignias.

Para defenderse del enemigo usaban los escudos, algunos de cañas entretejidas con algodón grueso; otros redondos de oro pa-

ra los nobles, y otros de conchas grandes de tortuga, guarnecidas de cobre, de plata o de oro, según el grado que tuviera el portador en la milicia. También llevaban jaquetas o corazas de algodón algunas veces del grueso de uno o dos dedos para resistir las flechas. Los señores generalmente llevaban una jaqueta gruesa de pluma sobre una compuesta de planchas de oro, la cual era impenetrable a las flechas y a los dardos.

Para proteger la cabeza y para enseñar e inspirar temor a los enemigos, llevaban una cabeza de león, de tigre o de serpiente hecha de madera u otras materias, de tal manera que parece que la cabeza del soldado era metida dentro de la cabeza del animal.

Las armas ofensivas eran las flechas, las lanzas o picas, las espadas o los dardos. Las flechas eran de una vara dura, armada de un hueso aguzado, espina de pez, pedernal, o de la pedra itztli. Las espadas eran tan afiladas que podían en solo un golpe cortar la cabeza de un caballo. Las picas de los mexicanos tenían un gran pedernal en vez de hierro. Los dardos tenían una cuerda para retirarlos después de haber arrojado y ésta era la arma que más temían los españoles, porque los mexicanos podían arrojarlo con tanta fuerza que pasaba un hombre de parte a parte.

Cuando los soldados iban al campo de batalla llevaban consigo a un tiempo, la espada, el arco y flechas, el dardo y la honda.

Usaban también en la guerra estandartes e instrumentos musicales. Había un pendón principal para todo el ejército, y cada compañía de dos o trescientos hombres llevaba su estandarte particular. El jefe principal generalmente llevaba el estandarte atado fuertemente a su espada.

Tenían los mexicanos consejos de guerra, que consultaban -- siempre antes de declararla, la forma de declaración siendo casi democrática. El poder no estaba solamente reservado a los jefes de la nación como en el día presente.

"Algunas veces... despachaban antes de emprender la guerra contra algún estado o lugar tres diferentes embajadas; la primera dirigida al señor del estado, ordenándole le cumpliera lo que se le encargaba dentro de cierto -- tiempo so pena de ser tratado como enemigo; la segunda a la nobleza para que persuadiese a su señor que no diese ocasión a la fuerza, y la tercera al pueblo para darle cuenta de los motivos que tenía su soberano para la guerra, y algunas veces eran.... tan eficaces las razones que les proponían y les ponderaban tan vivamente -- los bienes de la paz y los males de la guerra, que se venía a algún ajuste."¹

También se repudiaba como cosa indigna el atacar a los enemigos sin avisarles antes. Tenían un sistema de espías que entraban disfrazados en los territorios enemigos y observaban el número y calidad de las tropas de éstos.

El método común de combatir era el de emboscadas, y ocultándose en los hoyos (las trincheras de la Guerra Mundial número uno). Preferían mejor conservar vivos a los prisioneros para sacrificarlos a su dios de guerra.

Usaban también unas fortificaciones, como murallas y baluartes, con parapetos, estacadas, fosos y trincheras, y en México las fortificaciones eran los templos.

Las bellas artes.

La lengua mexicana, o nahuatl, se hablaba en las tierras de Anáhuac, y se entendía y hablaba por todas partes. Sus aspiraciones eran moderadas y suaves, nos dice Clavigero, y ni es menester

(1) Ibid., pág, 257, tomo II.

servirse jamás de la nariz (a la francesa) para su pronunciación. Es una lengua muy copiosa, muy cortesana, y singularmente expresiva. La lengua mexicana tenía una abundancia de voces para significar los objetos materiales, y para expresar los espirituales a tal extremo que los más altos misterios de nuestra religión se hallan bien explicados en ese idioma.

En defensa de algunos defectos de la lengua mexicana, dice Clavigero:

"Es verdad que los mexicanos no tenían voces para explicar los conceptos de la materia, sustancia, accidente y semejantes; pero es igualmente cierto que ninguna lengua, o de la Asia o de la Europa tenía tales voces antes que los griegos comenzasen a adelgazar, abstraer sus ideas y crear nuevos términos para explicarlas. El gran Cicerón, que sabía tan bien la lengua latina y floreció en aquellos tiempos en que estaba en su mayor perfección, sin embargo de estimarla más abundante que la griega, trabaja muchas veces en sus obras filosóficas para encontrar voces correspondientes a las ideas metafísicas de los griegos."¹

Los mexicanos antiguos, por que no se ocupaban del estudio de la metafísica, son excusables por no haber inventado voces para explicar aquellas ideas; pero no por esto es tan escasa su lengua de términos significativos de cosas metafísicas y morales, comentaba Clavigero.

Si el arte de escribir se toma por el de representar y dar a entender cualquiera cosa a los ausentes, y a la posteridad bien con figuras jeroglíficas o caracteres, es cierto que poseían tal arte los mexicanos y las otras naciones cultas de Anáhuac. Su escritura era pictográfica. Los mexicanos usaban la moda de pintar para representar los conceptos, y tenían símbolos significativos de la noche, del día, del año, del siglo, del cielo, de la tierra, del agua,

(1) Ibid., pág. 327, tomo IV.

de la voz, etcétera. Comparece Clavigero el estado de escritura con el de los chinos, cuando dice que los mexicanos han llegado hasta -- donde avanzaron los chinos, con la diferencia que los caracteres chi nos se han multiplicado con mucho exceso.

Existían muchos oradores en Anáhuac; arte muy estimado entre los romanos antiguos. Los que eran destinados para oradores se instruían desde niños como hablar bien, y se les hacían aprender de memoria las más famosas arengas. Empleaban su elocuencia en las embajadas, en las deliberaciones de los consejos, y en las arengas con gratulatorias a los nuevos reyes. Sus razonamientos eran graves, só lidos y elegantes.

En la poesía observaban el metro y la cadencia. El lengua je de su poesía era puro, ameno, brillante, figurado y adornado de - frecuentes símiles tomados de las cosas naturales. La materia de su poesía era variada. Componían himnos en alabanza de sus dioses para pedirles los bienes temporales que deseaban. Otros poemas eran his tóricos y contenían los sucesos de la nación y las proezas de sus ma yores, que cantaban en las danzas profanas. Otros poemas eran poe -- sías amatorias y de asuntos alegres. El poeta más célebre era el fa moso Nezahualcóyotl que cantaba de las cosas filosóficas.

Además de la poesía lírica tenían los mexicanos una poesía dramática. Las representaciones dramáticas eran de carácter religio so, y usaban mucho el baile, la mímica disfrazando a los niños de a nimales.

Sus danzas eran bellísimas y desde niños se ejercitaban en ellas. Unas danzas eran en círculo y otras en filas. Para la danza los nobles se vestían con las más ricas vestimentas, y se adornaban

de brazaletes, de zarcillos, de pendientes de oro, de pluma, y de pedería. La gente común se disfrazaba de variadas figuras de animales, con vestidos hechos de papel o de pluma o de pieles. Las danzas menores se realizaban en los palacios para recreo de los señores, o en los templos como devoción particular, o en sus casas en ocasión de alguna boda u otro regocijo doméstico. Las danzas mayores se bailaban en las plazas grandes, y en el atrio del templo mayor, y eran tan nutridas que a veces danzaban a un tiempo mil o dos mil hombres. La música ocupaba el centro del atrio o plaza, y danzaban los señores en dos, tres o más círculos, mientras que el pueblo formaba una rueda.

En comparación con los conceptos modernos, los mexicanos eran en aquel entonces un poco deficientes en la música. No tenían instrumento alguno de cuerdas, y toda su música se reducía a los distintos tipos de tambores, caracoles marinos y ciertas flautillas que más servían para silbar que para otra cosa.

Una diversión muy popular era la de los juegos. El más célebre de los juegos públicos era el de los voladores que se hacía en algunas grandes fiestas. El juego particular era la pelota. Esta era de hule, y jugaban en partidas de dos contra dos, o tres contra tres. Además de estos juegos, los mexicanos eran muy distros en juegos de pies y manos para recreo de sus reyes y señores.

La pintura.

La pintura de los mexicanos, como los símbolos y jeroglíficos de los egipcios, eran sus escritos que conservaban la memoria de los sucesos. Entre las pinturas eran unas imágenes y retratos de sus dioses, de sus reyes, de sus hombres ilustres, de sus animales y

de sus plantas. Otras eran puramente históricas describiendo sucesos de la nación. Otras mitológicas, que encerraban los arcanos de su religión; otras, códigos en que se veían compiladas sus leyes, sus ritos, sus costumbres, y los tributos que se pagaban a la corona. Otras pinturas eran cronológicas o astronómicas, expresando su calendario, la situación de los astros, los aspectos de la luna, y los pronósticos de las variaciones del tiempo. Otras pinturas eran topográficas y cartográficas que servían no solamente para representar la extensión y límites de las posesiones del campo, sino también la situación de los lugares, la dirección de las costas y el curso de los ríos, como en los mapas o en las geografías.

Eran innumerables los pintores, y no había cosa alguna que no pintasen. Lamenta Clavigero la destrucción de las pinturas mexicanas.

"Si se hubieran conservado no tendríamos que desear para la Historia de México; pero los primeros misioneros autores del incendio sospechando superstición en todas ellas, las persiguieron a sangre y fuego...."¹

Por lienzo en la pintura empleaban telas de palma silvestre, pieles de animales, o papel hecho de maguey. Conservaban el papel en piezas enrolladas como los pergaminos de la antigua Europa, o plegadas a manera de nuestros biombos.

Los colores que empleaban en sus pinturas eran muchos y bellísimos, y los sacaban de maderas, hojas de varias plantas, flores, frutas y de minerales. El blanco, el negro, y el azul se encontraban en un mineral. Algunas veces sacaban el azul de unas plantas; el morado viene de la cochinilla, y el escarlata lo hacían de otra planta. El amarillo lo sacaban también de otras plantas, entre ellas el ocre,

(1) Ibid., pág. 313, tomo II.

Los mexicanos sabían pintar los montes, los ríos, los edificios, las plantas, y los animales, pero las figuras humanas comúnmente eran representadas desproporcionadas y deformes, registrando así más bien los sucesos o acciones que la copia fiel o retrato del sujeto. Las pinturas mexicanas, escribe Clavigero distaban mucho de ser perfectas en cuanto a perspectiva y sombra. No solamente usaban las simples imágenes de los objetos, sino también de jeroglíficos y de caracteres. Representaban las cosas materiales con su propia figura, y para abreviar, con una parte de ella. Al representar una persona, pintaban un hombre o una cabeza humana, y sobre la representación una figura expresiva del significado de su nombre. Esto se ve en las figuras simbólicas de los reyes mexicanos. Cuando representaban un lugar pintaban también una figura que expresase lo que su nombre significaba. Para formar historias o anales, pintaban al margen del lienzo las figuras características de los años. La crítica y juicio definitivo de Clavigero de la pintura mexicana es así:

"No hay duda de que el modo que tenían los mexicanos de expresar las cosas era muy imperfecto, embarazoso y equívoco; pero es loable su conato por perpetuar la memoria de los sucesos y su industria en suplir, aunque imperfectamente, el uso de las letras, que por ventura hubieran inventado, según se iba adelantando su cultura, si no hubiera fenecido tan breve su imperio."¹

La escultura.

Los mexicanos eran más aptos para expresar en piedra, madera, oro, plata y con plumas las imágenes de sus héroes y las obras de la naturaleza que en papel o lienzo. La escultura fue una de las artes que cultivaron los antiguos toltecas, y los mexicanos tenían -

(1) Ibid., pág., 319, tomo II.

escultores cuando salieron de su patria Atzlan, pues habían fabricado la imagen de su dios Huitzilopochtli.

Labraban la piedra sin hierro ni acero, y su cincel era un pedernal. El material para sus esculturas era la piedra y la madera. Generalmente observaban exactamente todas las proporciones en su arte, pero sus ídolos eran monstruosos y deformes por conceptos de su religión. Esculpían muchas estatuas de sus dioses, pero la mayor -- parte de ellas eran destruídas por los misioneros. Es lástima, dice Clavigero, que algunas de esas inocentes estatuas no podían conser-- varse en un rincón u otro lugar para no servir de escándalo.

Ninguna otra nación del mundo entero puede decirse que ha llegado al nivel de los mexicanos en el arte de la orfebrería.

"No serían creíbles las maravillas de esta arte, si además de testificarlas cuantos las vieron, no se hubieran enviado en gran número a la Europa."

Pueden hacer los plateros mexicanos las más perfectas imágenes de - las cosas naturales. A algunos animales que hacían de oro o de plata les pusieron cabeza, lengua y alas movedizas, y además podían en gastar piedras preciosas en el oro y en la plata. Los primeros toltecas poseyeron este arte, y atribuían su perfección en él a su dios Quetzalcoatl.

Otra demostración de la originalidad de los mexicanos era el arte mosaíco. Los mexicanos criaban muchas aves para tener la - pluma en este arte plumario. El pajarito chupaflores se apreciaba mucho por la variedad de los colores de sus plumas. Ante todo, Clavigero nos dice la manera en que los mexicanos hicieron estas obras de arte. No era un trabajo tosco, sino uno de la más alta delicadeza.

"Juntábanse para cada obra varios oficiales y después formado el diseño y tomadas las proporciones, se encargaba cada uno de una parte de la imagen y trabajaba en ella con tan grande aplicación y paciencia, que solía gastar un día en acomodar una pluma, probando una y ya otra y observándolas a diferentes visos hasta hallarla que llenase la idea de perfección que se había propuesto. Concluido la parte que a cada uno tocaba, volvían a juntarse para formar el cuerpo de la imagen. Si alguna parte no ajustaba exactamente, se volvía a trabajar en ésta hasta darle la última perfección."¹

La arquitectura.

La arquitectura, escribe Clavigero, es una de las artes -- que inventó la necesidad de los primeros hombres, y se practicó en la tierra de Anáhuac a lo menos desde el tiempo de los toltecas. Los mexicanos hallaron el valle de México lleno de poblaciones. En el curso de los eventos, como eran aislados en el lago y reducidos a la mayor miseria, fabricaron humildes chozas de caña y lodo, hasta que con el comercio del pescado adquirieron materiales para mejores edificios.

Las casas de los pobres eran de cañas, adobe o piedra o lodo, y el techo de una especie de heno crecido y grueso, o de pencas de maguey dispuestas en forma de tejas. Algunas veces una de las estacas o postes de la casa era un árbol. Las casas generalmente tenían una pieza que servía para la familia y los animales, como muchas veces en la Europa antigua.

Las casas de los ricos y señores eran de cal y canto, y tenían varias salas y cámaras con grandes patios. El techo era de madera bien labrada. Las paredes eran bruñidas y blanqueadas en cal. Muchas de las casas tenían torreones y almenas, una huerta con estanques y calles formadas con simetría.

(1) Ibid., pág. 325, tomo II.

El conocimiento arquitectónico de los mexicanos incluía -- la manera de fabricar arcos y bóvedas, y usaban cornisas para adornar sus edificios. Otras decoraciones eran lazos de piedra sobre -- puertas y ventanas, y en algunos edificios se veía una serpiente de piedra mordiendo su cola sobre la puerta principal, después de haber rodeado con su cuerpo todas las ventanas y puertas. Usaban la aploma da para hacer las paredes de sus edificios rectas y perpendiculares, pero por la negligencia de los historiadores, note Clavigero, ignora mos los instrumentos de que se servían para sus fábricas, como otras muchas relativas a ésta y otras artes.

Además de la arquitectura doméstica, los mexicanos, como -- los romanos antiguos, edificaban sus medios de transporte -- los ro manos los caminos, y los mexicanos las calzadas sobre agua, y ambas naciones los acueductos.

"La calzada de Chapultepec y las demás fabricadas sobre el agua de que en otros lugares hacemos mención, son mo numentos incontestables de la industriosa policía de -- los mexicanos, pero aún más lo es el mismo suelo de la ciudad. Otros arquitectos no tienen que hacer más de a brir cimientos en la tierra para levantar sobre ellos -- los edificios; los mexicanos se fabricaron el suelo en que debían levantar su ciudad; porque no teniendo al -- principio espacio suficiente para la población, terra-- plenaron en parte el lago, unieron los primeros islotes en que se habían establecido, y aumentaron con maravi-- llosa industria y fatiga inmensa el terreno."1

Los mexicanos se servían para su fábrica de la cal y del mortero ni más ni menos que los europeos. La piedra de las columnas era de can tera, pero en los palacios reales eran muchas de mármol, y algunas -- también, por lo que parece, de alabastro oriental.

El juicio de Clavigero sobre la arquitectura es:

"La arquitectura no era comparable con la de los euro--

(1) Ibid., pág 333, tomo II.

peos; pero era ciertamente muy superior a la de la ma yor parte de los pueblos asiáticos y africanos."1

Hace también Clavigero una comparación del estado de la arquitectura con el de las otras naciones:

"¿Quién se atreverá a igualar a las casas, palacios, templos, baluartes, acueductos y calzadas de los antiguos mexicanos, no las miserables chozas de los tártaros, siberianos, árabes y de aquellas tristes naciones que viven entre el Cabo Verde y el Buena Esperanza; pero ni aun las fábricas de la Etiopía, de una gran parte de la India y de las islas de la Asia y de la Africa, entre las del Japón?"2

Otro ejemplo de su arquitectura eran las pirámides que se edificaron con proporciones exactas y artísticas.

La ciencia.

Entre las artes la medicina tenía lugar preferente. El conocimiento de la práctica de la medicina pasaba de padre a hijo. Los padres enseñaban a sus hijos a discernir los diferentes estados de las enfermedades, el modo de preparar los medicamentos y las circunstancias en que debían aplicarse. Los mexicanos dieron a conocer al Doctor Francisco Hernández unas 1200 plantas y sus usos en la medicina, y además 200 especies de aves y un número grande de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, y de minerales.

Usaban los médicos mexicanos, de infusiones, de cocimientos, de emplastos, de unguentos y de aceites, todo lo cual se vendía en el mercado como las demás cosas necesarias a la vida. Sabían sacar muchos apreciables licores y aceites de las plantas para cicatrizar y curar las heridas. Además de la sangría que usa-

(1) Ibid., pág. 307, tomo IV.

(2) Loc. cit.

ban comunmente los mexicanos, tenían el uso de los baños, especialmente el baño turco o temascal o hipocausto.

Tenían conocimientos de cirugía y usaban en sus operaciones la leche de varias hierbas y plantas. Tal vez de entre las muchas hierbas medicinales que tienen aun los países latino-americanos vendrá la que curará el mal moderno invencible hasta ahora, el cancer.

Las artes domésticas.

"Es de admirar que los mexicanos", nota Clavigero, "no estuviesen sujetos a muchas enfermedades, considerada la calidad de sus alimentos." Habían vivido muchos años en el lago y se alimentaban de cuanto se criaba en aquellas aguas. Aprendieron a comer las hormigas, las moscas y aun los huevitos de las moscas. Comían al mismo tiempo muchas raíces de las plantas palustres y las sierpes acuáticas. Durante la época de su mayor abundancia, los pobres aun comían las sabandijas guisadas, fritas o tostadas, que se vendían en los mercados.

Cuando empezó a ser una nación con derechos, su alimento principal era el maíz, y tenían muchas especies de esta semilla, diferentes en magnitud, en color y en calidad. Hacían una especie de pan con este maíz cuyo empleo era propio de las mujeres. Usaban también la chía y los frijoles o judías. La bebida común se hacía del cacao. Usaban varias especies de vino que hacían del maguey, de la palma, o de las cañas del maíz. (El borbón)

La carne que usaban los mexicanos era de varias especies de animales y en particular el perrillo que criaban como nosotros los puercos. Comían también el ciervo, el conejo, la liebre y el

armadillo. Los más comunes eran el pavo y las codornices. De las frutas comían el mamey, los zapotes, la piña, el aguacate y otras en vez de las peras, manzanas y duraznos de que no tenían conocimiento.

Faltaban a los mexicanos la leche, por no tener las vacas o las cabras. No tenían por tanto la mantequilla ni el queso. Comían generalmente huevos de los pavos y de las iguanas.

Sus trajes eran muy sencillos. El de los pobres era de hilo de maguey o de palma silvestre. El de la gente acomodada era de tela fina de algodón de varios colores y con figuras de animales y flores. Algunas veces se usaban el algodón entretejido de hermosas plumas, o de pelo de conejo, y adornado de algunas piececillas de oro y de vistosos flecos. Los hombres llevaban dos o tres paliós, y las mujeres tres o cuatro camisas. También llevaban éstas tres o cuatro faldellines poniéndolos por orden de largo para que de todos se dejase ver alguna parte. (La nueva línea de la moda moderna).

Los señores en el invierno añadían a su vestuario una almilla de algodón entretejido de pluma o de pelo de conejo.

El calzado de los mexicanos solamente era de una suela tejida de hilo grueso de maguey, que afianzaban con correas o cordones de manera que solamente la planta del pie quedaba cubierta. (Los zapatos exactamente de la mujer moderna). Algunas suelas eran de gamuza o de otras pieles curtidas. Los reyes y señores adornaban su calzado de oro y pedrería, y los cordones eran de hilos de oro.

Todos usaban el cabello largo. Las mujeres lo traían --

suelto sobre las espaldas, y los hombres atado en diferentes maneras. Generalmente no llevan alguna cosa para cubrir la cabeza, si no unos adornos en ocasión de danza o de guerra. Los adornos generalmente eran de vistosos plumajes. Adornaban sus vestidos con muchas joyas; usaban arracadas en las orejas, pendientes en su la bio inferior y algunas veces en la nariz. Se adornaban con gargantillas, collares, pulseras, brazaletes y una cierta especie de anillos en sus piernas. Los pendientes de la gente pobre eran de conchuelas, de cristal, o de alguna especie de piedra reluciente de poco valor. Los ricos los usaban de perlas, de esmeraldas, de amatistas, o de otras piedras preciosas engastadas en oro.

Sus muebles y utensilios domésticos eran muy sencillos. Las camas eran una o dos esteras de enea. La almohada de los pobres era una piedra o un madero, y la de las personas distinguidas era de algodón. Para cubrirse en la cama, usaban generalmente su palio, y los nobles usaban colchas de algodón o plumas.

No usaban mesas para comer, sino que comían en esteras que tendían en el suelo. No tenían tenedores o cucharas, pero sí manteles, platos, escudillas, ollas y cazuelas de barro. Sus asientos eran unos taburetes bajos de madera y enea o palma, o de cierta especie de caña.

En todas las casas había el metate que era el mortero, - siendo éste una piedra cuadrilonga compuesta de dos piezas que usaban las mujeres para moler el maíz o cacao. También tenía cada casa un comal, que es una tortera redonda de barro y de la figura de una patena. Se usaba ésta para cocer las tortillas de maíz. - Esta era su estufa.

Los vasos eran hechos de calabazas; unos eran grandes y redondos y otros menores de figura cilíndrica.

No usaban generalmente ninguna luz durante la noche. Consagraban al descanso casi todas las horas de la noche, y unos beneficios que trajeron los españoles al Nuevo Mundo fué el uso del aceite y la cera para alumbrarse. Antes solamente usaban los mexicanos unas teas, que daban luz suficiente al mismo tiempo que ahumaban el edificio.

El tabaco era un lujo que usaban los mexicanos antiguos. Es la planta tan comercializada ahora en muchos países.

"¿Quién creería que el uso del tabaco que inventó la necesidad de aquellas naciones flemáticas, había de ser con el tiempo vicio o moda general de casi todos los pueblos del mundo, y que una humilde planta de que tanto mal escribieron los europeos, debía hacer algún día una de las rentas más considerables de los reinos de Europa?"¹

Para lavar usaban las mexicanas un fruto y una raíz en vez del jabón que no sabían fabricar. El fruto hacía espuma en el agua y la teñía de blanco, y servía para limpiar y blanquear la ropa ni más ni menos que el jabón.

Eran los mexicanos de clara y viva inteligencia; muy dóciles y capaces de asimilar toda instrucción; de buen entendimiento e ingenio agudo y docilidad y capacidad para las ciencias morales y especulativas; eran racionales en su gobierno político como se ve en sus leyes justísimas. Concluye Clavigero su crítica de la cultura de los mexicanos antiguos con estas palabras:

"Lo que hasta aquí hemos producido de la policía y economía de los mexicanos, es lo que hemos hallado

(1) Ibid., pág. 367, tomo II.

digno de fe y de la memoria de los hombres. Tales - eran sus costumbres públicas y privadas, su gobierno, sus leyes y sus artes cuando arribaron a la tierra de Anáhuac los españoles..."1

Repasando la biografía del autor hacemos las acotaciones que siguen en estas páginas.

Algunas consideraciones sobre la
vida y obras de Clavigero.

Poco sabíamos de la familia del Padre Clavigero antes - de la publicación del tomo I de los Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia en el año de 1945. De dicha falta de - datos tenemos las palabras del distinguido historiador, el Padre - Mariano Cuevas, S.J., quien dice:

"Francisco Javier fue el tercero de ellos (los hijos) otro se llamó Manuel y fue sacerdote secular en el Obisepado de Puebla, y otro, el mencionado P. Ignacio, a que acabamos de referirnos. No conocemos más noticia de los ocho (hijos) restantes."2

En los Anales no solamente están publicadas las noticias sobre los otros hermanos del Padre Clavigero, sino también las de sus propios padres: Don Blas Clavigero y Doña María Isabel de Echegaray. Se casaron el 27 de abril de 1726, habiendo sido los padrinos de - la boda Don Tomás Rodríguez de Vargas, caballero del Orden de Santiago y Doña Josefa Moterde y Antillón, su mujer. El ministro fue ---el Bachiller Don Félix Bolando, de la ciudad de Vera Cruz.³

El señor Don Blas Clavigero, padre de nuestro historiador, era natural de la ciudad de León en España. Se había educa-

(1) Ibid., pág. 369, tomo II.

(2) Clavigero, Francisco Javier, Historia Antigua de México. tomo I, pág. 9 de la Introducción.

(3) Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia. tomo I, pág. 316.

do en París, en la corte de Luis XIV, tío de Felipe V de España. Vino Don Blas al Nuevo Mundo bajo la protección del Duque de Medinaceli. Para los hidalgos como él, el Nuevo Mundo era una tierra de oportunidades ilimitadas. Por su educación, su integridad y las recomendaciones que trajo, pronto obtuvo distintos empleos en el gobierno de la Nueva España.

No sabemos con certeza el año en que vino Don Blas con sus padres al Nuevo Mundo. Si fue hacia el año de 1722, estaba Felipe V (el primero de los príncipes borbónicos) en el trono de España, y Don Juan de Acuña, Marqués de Casa Fuerte era virrey de la Nueva España. Durante algunos años se radicó la familia de Clavigero en la ciudad de Vera Cruz, especialmente después del casamiento de Don Blas.

Pronto recibió éste el nombramiento de Alcalde Mayor de unos territorios de los Mixtecas, cuyo puesto ocupó Don Blas durante quince años. Ejerció además los ministerios del gobierno en Tezuitlán, en Jamiltepec, capital de la provincia Xicayán, y en Oaxaca. En Puebla ejerció la administración de los Reales Alcabales.

En su oficio de Alcalde Mayor Don Blas decidía todos los pleitos y sus poderes eran casi ilimitados en el territorio de su jurisdicción. Más adelante veremos lo que dice su distinguido hijo, el Padre Francisco Javier Mariano, del buen gobierno de su padre, de su sentido de justicia, de su caridad, y del afecto y del amor de las tribus hacia el mismo. Don Blas no era uno de los que convirtieron los privilegios en abusos. Además de ser un hombre -- cristiano fue el Agrícola de sus sujetos como veremos de la pluma de otro Tácito, su hijo.

La mujer de Don Blas, Doña María Isabel Echegaray, era vizcaína. No sabemos tampoco la fecha en que su familia vino al Nuevo Mundo. Sabemos de cierto que su familia estaba también en Vera Cruz, porque el padre de Doña María Isabel, el Don Juan de Echegaray fue el padrino de su primer hijo. Doña Isabel era de una familia distinguida y culta. Entre sus deudos encontramos que su sobrina, la Señora Doña Francisca Javiera Echegaray de Garibay fue una de las virreinas de México. También tenía Doña Isabel otros parientes distinguidos quienes desempeñaron altos empleos públicos.¹

Los hermanos de Clavigero.

De la unión de Don Blas y Doña María Isabel nacieron once hijos. El primero, Don Juan Lázaro Clavigero, nació el 17 de diciembre de 1726, en la ciudad de Vera Cruz. Fue bautizado el 20 de diciembre en la parroquia de dicha ciudad. Su padrino fue su abuelo materno, Don Juan de Echegaray. En el mes de agosto de 1728 fue confirmado en la misma ciudad de Vera Cruz.

La segunda fue una niña. Doña Isabel Dionisia nació el 8 de octubre de 1727 en la ciudad de Vera Cruz. Fue bautizada el 10 de octubre en la iglesia parroquial de dicha ciudad. Esta pequeña murió unos pocos días después de su nacimiento, el 13 de octubre de 1727, y se enterró en la capilla de Nuestra Señora del Rosario de Santo Domingo de Vera Cruz.²

Cuatro años después de la muerte de su hermana nació nuestro Padre Francisco Javier Mariano, a la media noche del 6 de

(1) Loc. cit.

(2) Loc. cit.

septiembre de 1731, y se bautizó en la parroquia de la ciudad de Vera Cruz, el 9 de septiembre oficiando el Bachiller Don Julián de Arviso. Su madrina fue su abuela, Doña María Franz Marín. Tres años más tarde, el 18 de julio de 1734 fue confirmado en Oaxaca -- por el Señor Don Francisco de Santiago Calderón, habiendo sido su padrino el Señor Don Diego Antonio de Larrainzar.

El distinguido Señor Jesús Romero Flores dice en sus Documentos para la Biografía del Historiador Clavigero:

"Todos los biógrafos aseguran que nació (el Padre Clavigero) el día 9 de septiembre de 1731, y así se lee en el retrato que conserva este Museo Nacional; pero el propio Don Francisco nos asegura que tal hecho aconteció el día 6 y que fue bautizado el 9, que se ha tomado como el de su nacimiento."¹

El cuarto hijo no nació en Vera Cruz como los otros tres. Vemos -- que la familia se encuentra en Oaxaca en el año de 1734, donde fue confirmado nuestro Francisco Javier. Antes de ir a Oaxaca, la familia estaba en el pueblo de Teziutlán donde nació el 24 de mayo de 1733, Don Manuel Joseph Ramón, el cuarto hijo. Se bautizó este pequeño el 25 de mayo por el Cura de Tlatlauquitepeque, y su madrina fue su abuela, Doña María Fernández Marín. Fue confirmado Manuel Joseph Ramón en el mismo año en que se confirmó su hermano distinguido, en Oaxaca.

El quinto hijo, Don Joseph Ignacio de la Encarnación nació en el pueblo de Jamiltepec, el 22 de marzo de 1735, habiendo sido bautizado el 25 de marzo por el Cura del mismo pueblo, siendo su padrino su tío Don Domingo de Echegaray, hermano de su madre. Fue confirmado en el mes de mayo de 1741, en la ciudad de Puebla.

(1) Ibid., pág. 308.

Por estos datos vemos que la familia se trasladó a Jamiltepec, Oaxaca, donde también nacieron dos hijos más. El sexto, -- Don Joaquín Antonio Marcelino, nació el 18 de junio de 1737, en dicho pueblo. Fue bautizado el 19 de junio por el Bachiller Don --- Francisco Burón, vicario de Jamiltepec, y se confirmó en Puebla -- juntamente con su hermano, Don Joseph Ignacio, en el mes de mayo - de 1741. Este sexto hijo murió a la edad de 18 años en el 17 de - enero de 1756, y se enterró en la iglesia del Colegio de San Ilde- fonso, en la ciudad de Puebla.

El séptimo hijo, Don Antonio Thadeo Marcelino, nació en dicho pueblo de Jamiltepec, el 18 de junio de 1739, y fue bautiza- do el 20 de junio. Se confirmó también en el mes de mayo de 1741 en Puebla, y su padrino fue el Padre Joseph Antonio Eraunzeta de - la Compañía de Jesús.

La familia se trasladó a Puebla en 1741, o antes, como - vemos de la confirmación allí de estos tres hijos.

De los últimos cuatro hijos solamente tenemos la siguien- te noticia:

"Faltan todavía cuatro hermanos que por faltar ahora el papel, no se asentan; pero lo haré en un pliego - entero quepan Valete Amici."1

El señor Jesús Romero Flores sobre esta omisión escribe:

"Es lástima que, por haber dejado trunca la lista de nacimientos, no sepamos los lugares en donde nacie-- ron los cuatro últimos."

Y sigue:

"La falta de los datos en que en el párrafo anterior lamenta- mos nos impiden conocer los lugares en donde transcurrió la -

(1) Ibid., pág. 317

infancia de Clavigero; tales datos serían interesantes para conocer cuáles fueron las influencias del medio geográfico y social que recibió y que tan poderosamente contribuyeron a la formación de su espíritu, especialmente al aprendizaje de las lenguas indígenas del país, y a las que fue tan aficionado y que conoció, indudablemente y de una manera práctica, -- desde su infancia."¹

De otro lado, sabemos algo de uno de estos cuatro últimos hijos. En el catálogo de los sujetos de la Compañía de Jesús que formaban la Provincia de México el 25 de junio de 1767, encontramos el nombre de Ignacio Clavigero, quien en esa fecha era un escolástico en el Colegio de México. Este hermano Ignacio nació en Puebla el 13 de octubre de 1744.² Tenemos esta misma información en la Bibliografía Mexicana del Siglo XVIII, tercera parte, publicada por Nicolás León, en el Catalogus Personarum et Officiorum Provinciae Mexicanae Societatis Jesu, in Indiys, del año de 1764.

Este hermano Ignacio solamente tenía tres años y medio cuando su hermano Francisco Javier entró en la Compañía de Jesús. Ignacio ingresó también en dicha Compañía a la edad de 17 años, siguiendo así el ejemplo de su amado hermano, y, como veremos hubo de publicar la Historia de la Baja California escrita por su distinguido hermano, quien murió antes de publicarla.

Los padres de Clavigero.

De la misma pluma de nuestro escritor, Padre Clavigero, veamos lo que dice referente a sus padres.

"El matrimonio," dice, "fue distinguido por su piedad, por su religión, por la inocencia de sus costumbres, por la inalterable paz con que conservaron unidos sus ánimos, por el espacio de casi veinte y

(1) Ibid., pág. 309.

(2) Cuevas, Mariano, S.J., Tesoros Documentales de México, Siglo XVIII, pp. 231-293.

cinco años, por su discreción por su zelo en la educación de sus hijos, y el gobierno de su familia."1

Del carácter y personalidad de su padre; tenemos este bosquejo de la misma pluma del distinguido hijo:

"Don Blas Clavigero, mi padre y señor, fue uno de aquellos raros hombres que saben mantener incontaminada su conciencia en el manejo de los empleos más arriesgados. Un Jesuita, que dirigió por muchos años su espíritu, aseguró, que en quince años que se empleó en dos Alcaldías mayores y en la administración de las Reales Alcabalas de la Puebla, jamás remordió la conciencia, ni aun de medio real injustamente adquirido. En cualquiera duda que le ocurría sobre puntos de intereses, consultaba con personas doctas, prudentes y desapasionadas, y seguía ciegamente sus resoluciones. Solicitaba el aumento de sus bienes para la felicidad de su casa, para el culto del Señor, y para el alivio de los pobres. Formaría un opulentísimo caudal el conjunto de limosnas que erogó ya para la decencia de los templos, ya para la fábrica de algunos monasterios, ya en beneficio de algunas comunidades religiosas, ya en el remedio de muchas necesidades particulares. Además del dinero que diariamente repartía, y de las limosnas clandestinas que extraordinariamente hacía, y que se han averiguado después de su muerte, el sábado de cada semana se llenaba el capaz atrio de la aduana de innumerables mendigos, a quienes personalmente distribuía un número bien considerable de reales.....

"Verdaderamente se puede representar como una ajustada -

(1) Clavigero, Xavier Mariano, Memorias Edificantes del Br. D. Manuel Joseph Clavigero, Sacerdote del Obispado de la Puebla, -- pág. 1-2

idea de padres de familia. Instruía personalmente a sus hijos en los artículos de la religión cristiana; les inspiraba amor a la -- virtud y horror al pecado; y les sugería los más útiles consejos -- para la conducta de una vida ajustada. A dos de sus hijos enseñó a leer y a escribir, y hubiera practicado lo mismo con todos, si -- sus graves ocupaciones no se lo hubieran impedido. En los ejempla -- res que formaba de su bella letra para que imitaran sus hijos, pro -- curaba a un tiempo enseñarles a escribir con limpieza, y conforme a las reglas de la ortografía e inbuírlas en los sentimientos de -- piedad.

"Los ejemplos de su vida autorizaban más instrucciones. Jamás le observaron sus domésticos acción alguna, de que pudiera -- ofenderse aun la más delicada modestia. Le veían parco en sus pa -- labras, cauto en sus conversaciones, adicto a la piedad y zeloso -- del cumplimiento de su familia. Su conducta en la educación de -- sus hijos era admirable; evitaba los dos extremos reprehensibles -- del rigor demasiado, y de la nimia condescendencia. Bien sabía -- que la excesiva severidad lleva a los hijos a la última desespera -- ción y la total indulgencia los insolenta. Guardó tan buen medio, que con la suavidad se conciliaba el amor, y con la circunspección el respeto. Corregía sus descuidos como padre y no como tirano. Les proveía con abundancia, no solo de lo precisamente necesario -- para la vida, mas aún de cuantos libros les podían ser útiles a -- sus estudios y de cuantas honestas diversiones podían entretener -- su inquieta fantasía; pero no les suministraba dinero, porque no -- ignoraba que ordinariamente sirve a la juventud para fomento de los vicios.

"Advirtió que acudían algunas veces a una mesa y divertirse en la lección de unos libros curiosos. Aprovechase de la ocasión y deseando que no leyeran sin utilidad y provecho de sus almas, sustituyó en lugar de aquellos libros, otros llenos de espíritu y piedad, el Retiro Espiritual de Padre Croiset, y la Diferencia entre lo Temporal y Eterno; las Pláticas Doctrinales del Padre Parra, y el celebrado libro de la Imitación de Cristo.

"Poco aprovecharían todas estas ingeniosas invenciones -- de su paternal zelo para retirar a sus hijos de la ociosidad, sino se los hubiera persuadido con el ejemplo. Vivió **intensamente** ocupado. Los ratos que entre día le sobraban de sus laboriosos empleos, dedicaba al estudio, y las noches consagraba al importantísimo negocio de su salvación. Logró sobre estas virtudes varias apreciables prendas, que le conciliaron la mayor estimación: una inviolable fidelidad para con sus amigos, una verdadera y cristiana urbanidad muy ajena de vanos cumplimientos, una amable sinceridad de corazón, libre de toda ficción y dolo, una discreción sólida y oportuna, y un trato lleno de mansedumbre y humildad.

"Poseía un entendimiento grande, claro, despejado y bien cultivado. Logró sus primeras instrucciones en la Universidad de Paris, y después las perfeccionó con el estudio de muchos años. Entendía varias lenguas, y era muy versado en la historia. Tenía un gran talento para la poesía castellana y desde su juventud compuso algunas piezas, en que no se echa menos ninguno de los primores del arte. Tuvo extraordinaria comprensión de la aritmética.

"Tal ilustre complejo de virtudes y prendas le elevaron - al más alto grado de reputación. Sus cartas merecieron grande apre

cio a los Ministros del Consejo de Indias. Varios señores Virreyes le dieron públicos testimonios de su benevolencia, y le encargaron negocios importantes al servicio de su Majestad..... En su gobierno de la Provincia de Xicayan en la Costa del Sur, fué tan amado que al salir de aquellos países para venir a la Puebla, le siguió con lágrimas y otras demostraciones de dolor, gran parte del pueblo de Jamiltepec, capital de aquella Provincia.

"Murió de poco más de cincuenta años en la Villa de Carrión, Valle de Atrisco, el día 24 de febrero, miércoles de Ceniza del año de 1751, con la cristiana disposición que corresponde a tan buena vida."¹

El buen padre Don Blas fué enterrado en la iglesia de San Juan de Dios en la misma Villa de Carrión.²

De su madre, el Padre Clavigero escribe unos párrafos, pero no con tanto elogio ni tan ampliamente como escribe de su querido padre.

"Fué digna esposa de Don Blas Clavigero mi madre y señora, Doña María Isabel Echeagaray; quien sobre las prendas naturales de hermosura y entendimiento de que la dotó el cielo, perfeccionó su espíritu con una sólida piedad. Vivía constantemente aplicada al trabajo doméstico, y todos los ministerios propios de su sexo. Velaba sobre el buen orden de su familia, y no permitía el más ligero desorden en su casa. Aunque era extraordinario el amor a sus hijos, no les disimulaba sus travesuras; porque vencía su ternura con el deseo del mayor bien.....

(1) Ibid., pág. 2-9,

(2) Anales, op. cit. p. 316.

"Era de complexión muy colérica, y de genio ardiente, y muy propenso a la ira; pero se esforzaba cuanta era de su parte a vencer esta pasión. Prueba de esto es la estrecha unión de voluntades y la inalterable paz, que se dejó admirar entre ambos esposos. Mortificó la curiosidad (pasión característica de su sexo) - con el retiro del mundo, y la aplicación a las domésticas funciones de su familia...."¹

El Padre Clavigero continúa su narración con una lista de las devociones y las prácticas de mortificaciones de su madre, la buena señora; prácticas dignas de una santa.

"Le era tan familiar el uso del cilicio, que le solía llevar ceñido a su cuerpo, aun cuando salía a divertirse con otras señoras en el juego de bochas. Para incomodarse los pies al andar, metía garbanzos dentro de sus zapatos."²

Después de la muerte de su marido, Don Blas, la buena viuda decía a este hijo "el santo designio que había concebido de sustraerse - enteramente de la comunicación del siglo, para consagrarse a una vida solitaria, y empleada en ejercicios de devoción, luego que se lo permitieran los graves cuidados, de que resulta de la muerte de mi padre, le embarazaban la atención, y de que no podía dispensarse sin hacerse delincuente en los ojos de Dios y del mundo."³

Murió esta buena madre y viuda once meses después de la muerte de su marido, el 14 de enero de 1752, en la ciudad de Puebla. Se enterró en la iglesia del Colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús.⁴

(1) Clavigero, X.M. Las Memorias, etc., pág. 10.

(2) Ibid., pág. 10.

(3) Ibid., pág. 11.

(4) Anales, loc. cit.

Sobre sus últimos días tenemos esto de la pluma del dicho hijo:

"Con su muerte nos privó el Señor de tan ilustres ejemplos de piedad; pero al mismo tiempo nos hizo ver por experiencia cuan preciosa es la muerte de los justos. Acometióle un recio tabardillo y después de recibidos, con la mayor devoción los Santos Sacramentos de la Penitencia, Comunión y Extrema-Unción, exhaló su espíritu entre suavísimos coloquios y fervorísimos actos de amor de Dios y de contrición de sus culpas el día viernes, catorce de enero, a las tres de la tarde, el año de 1752. Se mandó enterrar en la iglesia de nuestro Colegio de Espíritu Santo, por el singular amor que siempre había profesado a la Compañía."¹

Tales fueron los santos padres de nuestro historiador.

Don Manuel Joseph Clavigero.

De la misma pluma no sabemos nada de sus hermanos de Clavigero, a excepción de su hermano menor, Don Manuel Joseph Ramón, quien fue sin duda su hermano favorito. Este es el sujeto de sus Memorias (su primera obra literaria) que escribió después de la muerte de dicho hermano y las publicó en México en 1761. En estas Memorias no se hace mención ninguna de los otros hermanos.

El prólogo de dicha obra empieza con un elogio de su hermano amado:

"Te presento, lector Cristiano, un joven perfectamente desengañado de la vanidad del siglo, un eclesiástico enteramente dedicado a Dios, un ejemplar sensible de la modestia, de la devoción, de la humildad, de la paciencia, y de la mortificación. Te presento una virtud singular bajo la conducta de una vida común y un espíritu libre de las preocupaciones del mundo, pero oculto entre las ocupaciones más ordinarias..."²

Manuel era un joven ejemplar. "Este fue el cuarto de los once hijos, que les concedió el cielo (a los padres); heredó sus virtudes

(1) Clavigero, X.M., Las Memorias, pág. 11.

(2) Ibid., pág. 11.

ilustres, y aumentó considerablemente el caudal de tan apreciable patrimonio con la serie de heroicas acciones que ya diré. Desde niño se aprovechó tan bien de las instrucciones y ejemplos de sus padres, que ni yo, que por tanto tiempo y tan familiarmente le traté, ni otros que fueron sus compañeros y amigos, le pudieron jamás observar acción alguna, que debiera calificarse transgresión de los divinos preceptos, ni palabra que pudiera ofender los más castos oídos. Desde aquella edad mostró una grande inclinación al retiro, y al silencio y estudió en disimular sus virtudes. Sus diversiones eran aquellas que entreteniéndolo los sentidos dejan su libertad al espíritu; especialmente se solía emplear con felicidad en algunos artificios mecánicos. Obedecía puntualmente a las órdenes de sus padres. Lejos estaba de causarles pesadumbre, quien en todo procuraba complacerles.

"Trasladado después de la casa de sus padres a nuestro Seminario de San Gerónimo de la Puebla, se portó con igual edificación en el cumplimiento de su obligación, en la obediencia y su misión a los que le gobernaban y en la frecuencia de los Sacramentos." ¹

No sabemos cuantos años estuvo Don Manuel en este Seminario. Después de terminar sus estudios allí pasó al Seminario Real de San Ignacio para estudiar Filosofía y Teología.

Como estudiante Don Manuel "sentía gusto especialísimo en el estudio de las matemáticas, y para divertir el ocio del campo se había aplicado a ellas con tan feliz suceso que logró una -

(1) Ibid., pág. 12-13.

extraordinaria comprensión de la aritmética, supo el álgebra y la música y tuvo una competente instrucción en la geometría, geografía y astronomía."1

No pudo concluir sus estudios. "Estando para concluir su cuarto año de teología le fue salir del seminario por la muerte de su padre, quien conociendo la anticipada madurez de juicio de la corta edad de su hijo, le nombró por uno de sus albaceas testamentarios."2

La muerte del padre, Don Blas, ocurrió en febrero de 1751 cuando Don Manuel todavía no tenía 18 años. Como vemos por el testimonio del hermano, ya ha estudiado cuatro años de teología además de sus estudios en el seminario de San Gerónimo. Comenzó sus estudios formales cuando tenía menos de trece años de edad.

Cuando Don Manuel se vió desembarazado de su albaceazgo trataba de salir del mundo otra vez, y entrar en la vida religiosa, "para crucificarse con Cristo."

"Pretendió en dos distintas religiones muy observantes, y de ambas padeció repulsas, y el Superior de la una le dió bastante materia a su mérito, como diremos. Viendo que se frustraban todas diligencias que hacía para este fin, conoció que la voluntad del Señor era, que se quedara en el mundo para el alivio de sus hermanos. Obediente a tan soberana disposición quedó en el siglo, no para servir al mundo, sino para agradar a Dios y cuidar de sus huérfanos hermanos. Pero quedó vacilante con penosa indiferencia entre el estado eclesiástico y el secular. La pureza y santidad -

(1) Ibid., pág. 13.

(2) Ibid., pág. 16.

del sacerdocio le era un grande aliciente para abrazarlo; pero re-
trahíale la consideración de su vileza. Deseaba consagrarse a los
sagrados ministerios del altar, pero temía profanarlos con su in-
dignidad. Así penó con sus dudas hasta que su confesor le obligó
a incorporarse en el clero por medio de los sagrados órdenes."¹

Algunos piensan y escriben que Don Manuel se hizo final-
mente un Jesuíta. El Pbro. José Mariana Dávila y Arrillaga, en su
Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva Espa-
ña del P. Francisco Javier Alegre, dice en el tomo II que el Padre
Clavigero "fue el segundo de los tres hermanos que abrazaron el --
Instituto de la Compañía de Jesús, el mayor que murió en México an-
tes de la expulsión, y el Padre Ignacio que sobrevivió muchos años
a la destrucción de la orden y recibió de mano de Pío VII en 1814
un ejemplar de la Bula de su Establecimiento."²

El hermano mayor a que se refiere este autor fue el mis-
mo Padre Clavigero, y el que murió en México era Don Manuel, pero
no era Jesuíta, sino un sacerdote secular.

El estimado señor José Toribio Medina también escribe:

"Tuvo (Padre Clavigero) también dos otros hermanos Jesuí-
tas, uno que falleció en México antes de la expulsión y
el Padre Ignacio, que logró su suerte de recibir de ma-
nos de Pío VII, en 1814, un ejemplar de la Bula del res-
tablecimiento de la Compañía."³

Como hemos dicho, Don Manuel no podía regresar a los Je-
suítas después de la muerte de su padre, pero se hizo sacerdote se-
cular en el Obispado de Puebla. Tenemos la fecha aproximada de su

(1) Ibid., pág. 18-19.

(2) Dávila y Arrillaga, José Mariana, Continuación, etc.

(3) Toribio, Medina, José Noticias Bio-Bibliográficas de los Jesuí-
tas expulsos de América en 1767, pág. 67.

ordenación en esta frase de las Memorias. "Nunca omitió celebrar el santo sacrificio de la Misa en los dos años y ocho meses que -- vivió sacerdote."¹ De esto podemos establecer que la fecha de su ordenación fue el mes de mayo de 1758.

Don Manuel no ingresó en ninguna orden religiosa, ni tam-- poco vivió en un monasterio lo que se deduce de esta parte de las Memorias:

"Pasó (Don Manuel) a solicitar posada en un Convento de Religiosos, fiado en el favor de un deudo que allí te-- nía; pero a pocos días le obligó el superior a salir, -- de la nueva posada; porque temió desagradar a su Provin-- cial en admitir huéspedes seculares. Se vió Don Manuel precisado a albergarse en la casa de un pobre artífice, manteniendo en todos estos lances la paz de su alma."²

Largo es el elogio de Don Manuel, de su afición a las co-- sas divinas como sacerdote; de su oración y religión; de su pureza y de sus mortificaciones; de su pobreza de espíritu y de su obe-- diencia; de su celo y su amor al prójimo y todas las cualidades de tal hombre religioso y santo. No podemos detenernos más porque -- queremos considerar como practicó estas mismas virtudes el mismo -- Padre Francisco Javier Mariano, autor de los muchos elogios de su hermano. En el retrato de Don Manuel tenemos mucho del carácter -- del propio autor.

Murió Don Manuel el 27 de diciembre de 1760, en la ciu-- dad de Puebla en opinión de Santo, y al día siguiente se enterró -- en la iglesia del Máximo Doctor San Gerónimo. Tenía la edad de 27 años, 7 meses, 3 días y 8 y 1/4 horas, en las calculaciones exac-- tas de su hermano.

(1) Clavigero, X.M., Las Memorias, pág. 23.

(2) Ibid., pág. 28.

La infancia y juventud de Clavigero

El estimado señor José Miguel Macías nos dice en su biografía de Clavigero que las fuentes históricas de su vida son: --- "Beristain y Souza, Marcos Arróniz, Agustín R. González, y la biografía con la firma x----x." Dice, "todas estas biografías son azas y reducidas, porque desgraciadamente se ignora la mayor parte de los sucesos referentes a la vida de Clavijero....."¹ Y añade: "Con tan limitado acopio de datos y noticias no es posible ser muy extenso en pormenores, se han de basar éstos en las tradiciones de lo pasado, y no los forja la fantasía del detractor o del panegirista."²

No menciona este señor en nada la biografía principal de Clavigero, o sea De Vitis Aliquot Mexicanorum por el Padre Juan -- Aloysio Maneiro, y de la cual obtenemos los datos más auténticos. -- El Padre Maneiro era también un veracruzano y compañero de Clavigero en México y en Italia. Era trece años más joven que Clavigero y sabía íntimamente de todo lo que escribía.

Además de estas biografías tenemos los documentos encontrados recientemente en los Archivos y publicados en los Anales -- del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Ya hemos citado que el nacimiento de Francisco Javier Mariano ocurrió en Vera Cruz el 6 de septiembre de 1731, y no en el 9, que era el día de su bautismo. Recibió dicho niño este sacramento en la Parroquia de la ciudad de Vera Cruz, y ofició el Bachiller Don Julián de Arviso. Su Madrina fue Doña María Franz Marín,

(1) Macías José Miguel, Biografía del egregio historiador naturalista y poligloto, Francisco J. Clavijero, pág. 5.

(2) Loc. cit.

su abuela.

El nombre de Clavigero fue dado al ex-callejón de Flores en Vera Cruz, "no porque en casa alguna de esta vía pública naciera o morara, el egregio veracruzano, como vulgar y equivocadamente se propala, sino porque el activo e incansable alcalde municipal - Domingo Bureau, quiso honrar con semejante recuerdo la buena memoria de su ilustre compatriota."¹

Cuando el pequeño Xavier Mariano no tenía tres años, su familia se trasladó a Oaxaca, donde su padre ejerció empleos públicos. Allí se confirmó el 18 de julio de 1734, por el Señor Don -- Francisco de Santiago Calderón, y su padrino fue Don Diego Antonio de Larrainzar. Un año más tarde encontramos la familia en el pueblo de Jamiltepec, donde su padre era el Alcalde Mayor y se quedaron aquí hasta el año de 1741, teniendo ya Xavier Mariano diez --- años. En este año mudó la familia su residencia para la ciudad de Puebla donde se quedó por algunos años.

De sus primeros años en el seno de su familia, con sus -- muchos hermanitos, sabemos que vivía orgulloso de su padre, Don -- Blas. Tal vez por sus travesuras juveniles sintió a veces la mano maternal. Observó siempre con qué caridad y justicia su padre trató a los indios y a los pobres. Durante sus horas libres este mismo padre le enseñó a leer y a escribir, y "en los ejemplares que -- formaba de su bella letra, para que imitaran sus hijos, procuraba a un tiempo enseñarles a escribir con limpieza y conforme a las reglas de la ortografía e imbuirles en los sentimientos de piedad."²

(1) Ibid., pág. 6.

(2) Clavigero, X.M., Las Memorias, pág. 4-5.

Vió además el joven el afecto que sentían los indios para con su querido Alcalde, y cómo "al salir de aquellos países para venir a la Puebla, le siguió con lágrimas y otras demostraciones de dolor, gran parte del pueblo de Jamiltepec...."¹

Las correcciones paternas eran suaves, porque su padre "evitaba los dos extremos reprehensibles del rigor demasiado y de la nimia condescendencia. Les proveía a sus hijos no sólo de lo precisamente necesario para la vida, más aun de cuantos libros les podían ser útiles a sus estudios, y de cuantas honestas diversiones podían entretener su inquieta fantasía." Pero, no tenía dinero Xavier Mariano porque el padre "no ignoraba que ordinariamente sirve a la juventud para fomento de los vicios."

Sus libros de lectura eran generalmente "El Retiro Espiritual, del Padre Croiset, La Diferencia entre lo Temporal y Eterno; Las Pláticas Doctrinales del Padre Parra, y el celebrado libro de la Imitación de Cristo."

Tal padre ejemplar vivió incesantemente ocupado para retirar a sus hijos de la ociosidad con su propio ejemplo. El genio del pequeño Xavier Mariano era el de observar y aprender. Esto -- llenaba todas sus horas, porque, con tal ejemplo de su padre no debía ser ocioso. Su querido padre le instruyó en el francés y en las otras lenguas modernas de Europa. Aprendió el mexicano, otomí y mixteca de los indios, y pudo escribir en veinte distintas lenguas o dialectos.² La primera ocupación del joven después de --- aprender a leer y escribir en español era la de instruirse en las

(1) Ibid., pág. 8.

(2) Peral, Miguel Angel, Diccionario Biográfico Mexicano, pág. 178

otras lenguas. Tal vez una pregunta infantil era: "Padrecito, -- ¿Qué dicen los indios, -- ¿Por qué no hablan como nosotros?"

Los súbditos de su padre amaban mucho al inteligente pequeño, y "le ofrecían las más hermosas flores, le obsequiaban los más raros animales, y le conducían con frecuencia a los sitios más amenos de la comarca, para hacerle gozar de sus vistas y paisajes encantadores; despertando en él así desde la infancia el gusto por las bellezas de la patria, el deseo de conocer su historia antigua y un amor puro y sincero a sus conciudadanos."¹

Dice el señor Antonio García Cubas en su Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico de la República Mexicana, estas palabras muchas veces quotadas, "Para que nada faltase a su educación, su madre le instruyó en la música...."² En las Memorias escribe el Padre Clavigero que su padre "les proveyó (a sus hijos) de un hábil maestro de música que diariamente les diera lección."³ Nótese bien que dice Clavigero "Maestro". Además, ¿cuántas horas libres tendría una madre de once hijos para enseñarles la Música? Máxime si eran ellos como los niños modernos les sería más fácil jugar con los compañeros que practicar sus lecciones con sus padres.

Su padre le inició al joven en el estudio de la historia, la geografía y la cosmografía, y con esta buena preparación el niño privilegiado empezó formalmente su educación a una temprana

(1) González Obregón, Luis, en su Introducción de la edición 1917 de la Historia Antigua de México, y de Maneiro, De Vitis Aliquot Mexicanorum.

(2) Cubas, Antonio García, Diccionario, etc., pág. 218.

(3) Clavigero, X.M., Las Memorias, pág. 6.

na edad en los colegios de los Jesuitas de Puebla.

Sus primeros años como estudiante fueron en el Colegio de San Jerónimo, donde estudió latín, retórica, gramática, humanidades y bellas artes. Este colegio se fundó en 1578, y los estudios de gramática se abrieron a fines de 1579 bajo la dirección del Padre Antonio del Rincón, excelente maestro y perito en las lenguas mexicana y latina. Era este padre un descendiente de los reyes de Texcoco. En el año de 1580 se agregó al lado del colegio un seminario llamado San Jerónimo donde se formaba el carácter religioso en los niños.¹

No sabemos cuántos años estuvo Xavier Mariano en el Colegio de San Jerónimo. En un documento mencionado por el señor Carlos E. Castañeda en su Guía de los Manuscritos Latino-americanos en la Biblioteca de la Universidad de Texas, cuyo documento fue encontrado en Roma y que es un manuscrito fotostático, tenemos el retrato de nuestro estudiante. "Viose y se admiró en él, en estos primeros estudios, él que siendo de una inmaculada inocencia, parece que no tenía otro pensamiento, ni otra mira que la de ser docto; y que su vasta comprensión y gran talento no reconocía límites en la extensión de sus facultades, procurando con ingeniosa curiosidad, informarse de todo, y saber todo, teniendo toda por consolación en los libros."²

Tenia el joven además una memoria prodigiosa. Podía recitar largos trozos de Francisco Quevedo Villegas, Sor Juana Inés

(1) DeCorme, Gerard, S.J., La Obra de los Jesuitas Mexicanos Durante la Epoca Colonial (1572-1767), pág. 22, tomo I.

(2) Castañeda, Carlos E. y Dabbs, Jack Aubrey, Guide to the Latin-American Manuscripts in the University of Texas, Library, pág. 46. Documento No. 552, pág. 1.

de la Cruz, Miguel de Cervantes Saavedra, Benito Jerónimo Feijóo y muchas otras, incluyendo los autores clásicos, como Quinto Horacio Flacco, Decio Junio Juvenal, Marco Tulio Cicerón, y Cayo Cornelio Tácito.

Después de completar con muchos lauros y honores sus estudios en San Jerónimo, empezó el estudio de filosofía y teología en el colegio de San Ignacio de la misma Puebla. Este colegio -- era de fundación reciente. El 12 de enero de 1704 el rey Don Felipe V expidió la Real Cédula que admite y toma bajo su real protección y patronato el colegio de San Ignacio de Puebla.¹ Estaba en este nuevo edificio que estudió nuestro Xavier Mariano la filosofía y teología, "donde fue admirado por la gran comprensión, habiendo defendido con universal aplauso al principio del segundo año un acto de doce cuestiones, con lo que se granjeó la benevolencia y estima de todos, y lo miraban por extraordinario ingenio, y lo amaban por su candidez de ánimo, afabilidad natural y buenas maneras, cosas todas que lo hicieron amable y querido, no solo en estos sus primeros años, sino por toda la carrera de su vida, pudiendo decir de él que no hubo alguno en tan diversas partes, como vivió, que entrañablemente no lo amase."²

Durante sus estudios asiduos en este colegio, "cuantas veces iba a la casa de su padre, que gozando de un cargo real había fijado su residencia en Puebla, ávidamente devoraba la correspondencia que de España llegaba."³

(1) DeCorme, Gerard, S.J., op. cit., pág. 107, tomo I.

(2) Castañeda, C.E. Guide, etc. Documento 552, pág. 2.

(3) Navarro, Barnabé, Introducción de la Filosofía Moderna en México, pág. 114, y Maneiro, op. cit. vol.III, pág. 33.

Durante estos días de sus estudios filosóficos encontramos nuestro estudiante con "un grupo de jóvenes que manifiestan -- ciertas inquietudes y mucho entusiasmo por los estudios." Las edades de los más destacados oscilan en ese momento alrededor de los 16 años..... Muchos de ellos ya han ingresado o están para ingresar en la Compañía y se van formando en ella. Proceden de diferentes regiones del Virreinato; algunos son de familias nobles, otros de humildes. Tenían la suerte de encontrarse con algunos maestros que los favorecen y alientan para cosas grandes, y que en principio, por lo menos, no los constriñen y aprisionan. Determinadas circunstancias, de reacción y de "abertura" los van disponiendo para un movimiento de cierta independencia y rebeldía, por principio de cuentas, e innovación después.¹ Clavigero es "el más inteligente y objetivo" de este grupo distinguido, y está para ingresar en la Compañía.

Además del incentivo para estudiar y aprender aún más -- con los buenos Padres Profesores y hacerse uno de ellos, recordaría tal vez el buen joven unas palabras del libro piadoso, "La Diferencia entre lo Temporal y Eterno" y se decidió a dejar lo temporal para adquirir un lugar seguro en lo Eterno. Leyó muchas veces también las palabras famosas de la Imitación, "Todo es vanidad."

Lleno de tales pensamientos, le vemos llamando a las --- puertas del Noviciado de los Jesuitas, como habían hecho sus muchos compañeros, para dedicarse totalmente a sus estudios y consagrar su vida al servicio de Dios.

(1) Ibid., pág. 45.

El novicio y el estudiante escolástico.

Después de considerarlo bien, entró en la Compañía de Jesús el 13 de febrero de 1748, cuando tenía diez y seis años y cinco meses de edad. Pasó los años del noviciado en Tepotzotlán, ~~su~~ cuyo tiempo era generalmente un espacio de dos años para estudiar la vida religiosa y para ser probado en ella.

Durante estos años aprendió Xavier Mariano la ciencia --mística, leyendo las obras grandes de Santa Teresa de Avila y de --San Juan de la Cruz. Aprendió más sobre su madre espiritual: la --Compañía de Jesús que tuvo por fundador a Ignacio de Loyola, un español distinguido, nacido en 1491, en la provincia vascongada, Guipúzcoa. Este fundador santo fue un soldado valiente y que, como --otro San Agustín debió su conversión a la lectura de un libro pia--doso. Este fundador tuvo muchas luchas con la Inquisición antes --de seguir sus estudios en las Universidades de Francia, España e --Italia, y con la ayuda de compañeros como Francisco Xavier de Nava--rro, y el duque de Gandia, el Francisco de Borja, fundó su orden --religiosa, cuyo lema es "Ad Majorem Dei gloriam." Aprendió además nuestro novicio que su vocación como Jesuíta era un poco diferente de la vocación de los Franciscanos y de los Dominicanos y de los --Benedictinos, pues él, como Jesuíta, pertenecía a una congregación que tenía por principal objeto la educación de la juventud. Pero al igual que las otras congregaciones va a hacer y observar los --tres votos de pobreza, castidad y obediencia; éste último como el --elemento especial de su vida nueva. Meditaba sobre todas estas cosas en los patios exquisitos de Tepotzotlán y pasaba muchas horas en adoración orando en la iglesia grande con los altares de oro.

Recordó además nuestro novicio que los Jesuítas, sus buenos padres espirituales, vinieron al Nuevo Mundo el 13 de junio de 1572, enviados por el Padre General, Francisco de Borja, y bajo la protección de su Majestad, Felipe II. Que los Jesuítas fueron a Tepotzotlán la primera vez en el año de 1579 para predicar y convertir a los indios aborígenes cuyo cacique, Martín Maldonado, les dió una parte de sus tierras y unas casas vecinas a la iglesia para un colegio. Los primeros alumnos fueron treinta hijos de caciques, a quienes los padres enseñaban religión, el canto, y las primeras letras. Estos alumnos fueron después elegidos gobernadores de sus pueblos y otros fueron a México para estudiar gramática y retórica y se graduaron de bachilleres. De los alumnos, dos hijos de caciques principales se ordenaron de sacerdotes para ejercitar los sagrados ministerios entre los Otomites, sus paisanos.¹

El noviciado fue trasladado desde Puebla hasta Tepotzo--tlán, en el año de 1602. El traslado total se completó en el año de 1606 con la ayuda del señor Don Pedro Ruiz de Ahumada, rico mercader y pariente de los Ahumada de Avila de cuya familia era Santa Teresa de Jesús.

¿Estaba contento nuestro Xavier Mariano? No lo sabemos, pero dos meses después de su ingreso recibió una carta del Padre Provincial, Andrés Xavier García, lo que era un honor especial para un novicio. La carta decía:

"Mucho se ha dejado, mi amado Hermano apoderar de la melancolía y de las astucias del Demonio, a que lo veo tan sujeto y rendido.....Todas las cosas a los principios se hacen dificultosas, y si a mi amantísimo se le hace se

(1) DeCorme, op. cit., pág. 248, tomo I.

Insoportable la vida de la Religión, es porque está a los principios, y por que la toma con tedio, y no procura vencerse. Venzase y aun hagase violencia, - porque el Reino de los Cielos padece violencia, y - los que la hacen son los que entran en él, como nos lo dice Cristo."1

Esta carta estuvo siempre en la posesión de Xavier Maria no pues estaba entre las cartas encontradas en su Aposento en Guadalupe en 1767.

Después del recibimiento de esta carta tan querida, se aplicó a "hacerse un Jesuíta verdadero, y se aplicó en todas las veras de su ánimo a emprender el camino de la perfección religiosa, que lo hizo resplandecer como tal, por todos los días de su vida; y como su inclinación natural lo llevaba al estudio, se dió -- tanto a la ciencia mística, que se cultivaba en aquella escuela de toda perfección, e hizo en ellos tantos progresos que pudo después como maestro enseñarla a otros; y se arraigó siendo en su profundo conocimiento y en estas, conforme en todo con la voluntad divina, que en los muchos contrastes con que se vió agitado, por el -- curso de su vida, nunca perdió su paz de corazón."2

Finalizado su noviciado con gran aprovechamiento espiritual, y enardecido todo en el amor de Dios, con grandes deseos de servirlo en todo y por todo, y de ser un verdadero religioso Jesuíta, hizo con gran júbilo de su inocente espíritu los votos religiosos.³

En 1751 comenzaba sus estudios para perfeccionarse en la retórica. Estaba todavía en Tepotzotlán. Estudió además poesía -

(1) Anales, pág. 318.

(2) Castañeda, C.E. Guide, etc., Documento 552, pág. 2-3.

(3) Ibid., pág. 3.

y letras humanas, "en las que del todo aplicado, hizo tantos progresos, que consiguió ser un perfecto latino, orador y poeta, como lo dió a ver en las muchas ocasiones que después en el curso de su vida se le prepararon, haciéndose admirar de todos."¹

Este es el año llamado Juniorado o de Letras Humanas. Durante este año se leían los autores clásicos, latinos y españoles, los oradores antiguos y modernos, y sus ejercicios de composición y declamación diarios se modelaban según éstos.²

Aun con todos estos estudios laboriosos, nuestro Xavier Mariano no estaba conforme; estudió además, por su propia cuenta, el griego, el hebreo, el náhuatl, el francés y el portugués. Adquirió también un poco de alemán, de inglés y de muchas otras lenguas, por lo cual recibió el renombre de "polígloto".

Sobre él, siendo muy joven y en sus primeros años como Jesuíta al comienzo de sus estudios, tenemos estas palabras de su distinguido biógrafo Padre Maneiro:

"Tan vastos conocimientos en un joven de veinte años de edad, serían ciertamente merecedores de grande alabanza aun cuando hubiera tenido por maestros a Aristóteles o a Marco Tulio y hubiera crecido en el siglo de oro de la literatura. Mas él había nacido en un tiempo en que aun no desaparecía del todo la corrupción del gusto literario, y había sido educado en una región del mundo en que exageradamente se temía que, con las nuevas luces doctrinales, se introdujeran los errores contrarios a la religión cristiana que en otros países pululaban y se difundían por todas partes."³

Después de este año de Juniorado, fue enviado al Colegio de San Ildefonso en Puebla para repetir por un año los estudios de

(1) Loc. cit.

(2) Loc. cit.

(3) Maneiro, op. cit. vol.III,p.39,cit. de G.M.Plancarte,pág. 182.

filosofía. Este Colegio era la primera y principal fundación en la diócesis de Puebla. Se erigió este colegio a principios del año de 1625, en el cual "los cursos de Filosofía y Teología, que allí se estudiasen pudiesen servir para graduarse en las mismas facultades, con certificado del Rector o Prefecto de aquel colegio."¹

Era tan vasto el conocimiento de nuestro estudiante que pudo vencer fácilmente las noventa tesis filosóficas en el examen acostumbrado. Además de los estudios requeridos, su ambición por el estudio lo llevaba a estudiar y leer aquí todos los libros de los filósofos modernos que podía encontrar. Leía las obras de Duhamal, Descartes, Gassendi, Newton y Leibnitz.² Estudiante consumado siempre se ocupaba en aprender todo lo que podía.

Dice Maneiro de estos estudios:

"Inmediatamente sobresalió, sin ningún trabajo, y pudo en poco tiempo prepararse a defender noventa tesis filosóficas en el examen acostumbrado. Y -- ello decíamos, sin ningún trabajo; pues quedábale libre gran parte del día para satisfacer su insaciable deseo de estudiar y enriquecer su mente -- con utilísimas doctrinas."³

Después de este año en Puebla revisando la filosofía y leyendo todos los libros modernos, pasa ahora nuestro estudiante a México en 1752 para estudiar la teología y derecho canónico en el Colegio de San Pedro y San Pablo. Aquí va a comenzar su vida pública.

Desde el año de 1748 en el cual comenzaba a estudiar ha

(1) DeCorme, op. cit. tomo I, pág. 83-84.

(2) Maneiro, op. cit. y loc. cit. cit. de G.M.Plancarte, pág. 184.

(3) Ibid., pág. 185.

ta el 1752, fueron los años que pasó en los recintos del noviciado y como estudiante en los colegios. Durante estos años generalmente no tienen los Escolásticos contacto con el mundo; son los años de probación y aun las visitas con sus familias son restringidas. Es el mismo con todas las ordenes religiosas, y en este punto los Jesuítas y todos los otros tienen reglas semejantes para la preparación y formación de sus miembros futuros. Todos tienen un noviciado y un curso de estudio; aunque pueden ser distintos el número de años de noviciado y de estudiante en las diversas órdenes. En aquel entonces vemos que Xavier Mariano estuvo tres años en los recintos de su querido Tepotzotlán; un año estuvo en Puebla y ahora va a comenzar su vida pública como Jesuíta, pero no todavía es sacerdote. Ciertamente que es muy joven, pero muy instruído, muy -- listo y muy sabio.

El Colegio de San Pablo y San Pedro, fundado en 1573, es el más viejo de la Provincia, que hacia 1653 se llamaba el Colegio Máximo. Aquí se reunió "un grupo selectísimo de jóvenes que --- por sus ingenios -- singulares y llamados a grandes empresas, por -- su encendido anhelo de saber y su magnánima fortaleza en la realización de sus proyectos --- produjo en aquel país una entera renovación de las ciencias, o a lo menos la fomentó y difundió en gran manera."¹

En íntima convivencia con ellos, Clavigero aguzaba más y más su ingenio, recibía de ellos luces y a su vez les comunicaba -- las que él atesoraba con sus propios esfuerzos.²

(1) Ibid., pág. 185.

(2) Loc. cit.

Tenemos esta noticia en el manuscrito fotostático en el

Documento:

"Viólo aquí como en el centro de todo su consuelo y amor la multitud de jóvenes religiosos estudiantes, su aplicación que en juntos de sus compañeros veía a las letras, y la regular observancia que en aquel Colegio floreció eran de los todos que imbuían de - placer su espíritu. Deseaba lo grande en todo; y - sin reconocer en nada el deseo de ser mayor de los otros, procurando en un todo, que su trabajo tuviera por mira la gloria de Dios, bien de las almas, y en honor de su amada religión. Lo que parece fue - el punto centrico de su pensar de todas sus fatigas. -Reconociendo los superiores su religiosidad e intentos, lo mandaron al mismo tiempo, que cursaba la -- Teología, de que ilustre maestro de aposentos de los estudiantes Filósofos, y en el vecino Colegio de San Ildefonso, en donde se portó con tal modo y afabilidad, en que fue amado de aquel numeroso concurso de jóvenes seglares a los que inspirándoles la piedad, lo excitaba al estudio, ayudándolos en un todo para que aprendieran las letras."1

En este año se desarrolló en él su afición por la historia. En dicho Colegio estaba el sabio Jesuíta Rafael Campoy que - dirigió los estudios del joven. Este padre nació el 15 de agosto, 1723, en la provincia de Sinaloa. Estudió latín y filosofía en - San Ildefonso, y en el año de 1741 entró en la Compañía. Pasó a estudiar teología en México, y "todo el tiempo que tenía disponible, a veces sin oír la campana, lo pasaba en la riquísima biblioteca - del Colegio Máximo, donde desenterró tesoros olvidados y llegó a - conocer hasta el último folleto. Allí descubrió mapas y hemisfe-- rios preciosísimos (dejados por Sigüenza y Gongora y otros), con - pinturas y manuscritos ya del todo olvidados, con cuya noticia excitaba el apetito de sus compañeros, como Abad, Clavigero, Alegre

(1) Castañeda, C.E.Guide, etc., Documento 552, pág. 3.

y otros."1

Aquí, bajo tal dirección, Xavier Mariano leyó los documentos originales de la historia de México, y como ya conocía las lenguas indígenas pudo estudiar fácilmente estos documentos.

Además de la ayuda del maestro Campoy, había en el mismo Colegio un grupo selectísimo de jóvenes mexicanos que en su carrera futura como Jesuitas iban a producir una renovación de los estudios de cuyo grupo el jefe era no otro que nuestro estudiante. Durante este mismo año estaban también en dicho colegio varios jóvenes Jesuitas alemanes, que eran muy cultos en los conocimientos humanos. Nuestro joven no perdió ninguna oportunidad de aprender de ellos, especialmente en materias de filosofía, especialmente de las ideas que predominaban en Europa en aquella época.

Un buen día durante este año de 1752, el que era más estudiante, el que se puso a aprender de todos los otros, así de los padres sabios como de los estudiantes menos eruditos, nuestro Xavier Mariano, recibió la noticia de que había sido nombrado el Prefecto de los alumnos en el Seminario de San Ildefonso de México. Solamente tenía veinte y un años de edad.

Como joven, pensó que aquí era la oportunidad magnífica de introducir la verdad de "lo nuevo y lo moderno" que había estudiado el año antes en Puebla y que había discutido mucho con los jóvenes alemanes hacía unos pocos meses en el Colegio. No era ignorante de su responsabilidad en este puesto importante, y aquel pensamiento también era la esquila para introducir lo que le pareció "la verdad" sobre lo viejo, de que él mismo tal vez tenía mu--

(1) DeCorme, op. cit., pág. 217, tomo I.

chas preguntas que nadie podía responder. Además, como religioso recién del noviciado, quería hacer mucho para la honra y gloria de Dios, y qué más puede hacer que enseñar las verdades del mismo --- Dios, a quien nada es escondido, y que es la misma Sabiduría Divina. De otro lado, veía, como joven prudente, que era peligroso -- cambiar las costumbres viejas, de las cuales sus superiores, como su querido amigo, el Padre Campoy eran continuadores.

Entre tales pensamientos y dudas, su conciencia le dijo que debía cumplir con su oficio "no según su propio parecer, sino de acuerdo con el del Rector."

Al principio del año de 1753, recibió una carta del Padre Provincial, Juan Antonio Baltazar, el que le había escrito desde Pátzcuaro en el 31 de enero, "diciéndole que estaba muy satisfecho del ajustado informe que le hace, y da orden para que sea atendido."¹

Después de unos pocos meses de dudas y perplejidades, escribió francamente al Padre Provincial, y le expuso todas sus dudas.

"Tras exponer el método que él juzgaba deberse adoptar en la instrucción de la juventud, abiertamente manifestaba el profundo dolor que le causaba tener que seguir un camino diferente de aquel que estimaba recto, y en vez de marchar por la senda deseada verse forzado a seguir otro que en manera conducía a la meta propuesta."²

El Padre Provincial admiró grandemente el talento de --- nuestro Prefecto "Cuyo plan parecía digno de un hombre ya célebre y encanecido en largos años de gobierno (era el primer puesto de responsabilidad de nuestro Hermano), por lo que no pudo menos -

(1) Archivo Histórico Hacienda, Carta II.

(2) Maneiro, op. cit., vol.III, pág. 42, cit. G.M.P. pág. 187.

de alabar, en presencia del propio Clavigero, la elegancia de su - estilo, el orden de todo su escrito, la rectitud de sus apreciaciones y también la modestísima templanza con que había preferido callar antes de ser causa de inoportunas agitaciones."1

La decisión del Padre Provincial fue la siguiente:

"Tienes razón en cuanto expones; pero no es tiempo de hacer novedades; yo te relevo del empleo, para que no violentes tus sentimientos, ni atormentes tu conciencia."2

La respuesta era un poco dura, pero en aquellos tiempos no podía hacer menos el Padre Provincial; sin embargo le dijo igualmente estas palabras muy confortantes:

"No dudes que estos proyectos tuyos alcanzarán a su tiempo un éxito feliz."3

Como dice el Padre DeCorme, "A la sazón Clavigero tenía apenas cinco años de Compañía, y esto parece poco para plantarse de reformador de estudios." Acogió sin amargura el abandonar su alto cargo, demasiado para nuestro humilde estudiante. Pero sí, sintió "el dejar en México a aquel grupo de jóvenes inteligentes y esforzados a quienes gustosamente comunicaba sus proyectos y de donde esperaba que nacería en breve aquella nueva edad de las ciencias por la que ya largo tiempo suspiraba."4

Su segundo puesto fue el de profesor de Retórica en el Colegio Máximo de México, el cual ocupó por no haberse aun ordenado de sacerdote, por faltarle la edad. En este cargo, "dió a ver

(1) Ibid., pág. 187-188.

(2) González Obregón, Luis, Cronistas e Historiadores, pág. 89

(3) Maneiro, op.cit. pág. 46, cit. G.M.P. pág. 188.

(4) Maneiro, op.cit. pág. 47, cit. José Miranda, Clavigero en la Ilustración Mexicana, pág. 190.

por primera vez lo excelente que era para Maestro, quien con honra se había portado de discípulo, habiendo unido todas las funciones correspondientes a aquella Cátedra, con el mayor merecimiento posible, y con la aprobación y aplauso de los grandes concursos de doctas personas, que en tales circunstancias asisten, y habiendo hecho grande aprovechamiento en las letras todos sus discípulos."¹

Fue en este año de 1753 que escribió Clavigero el certamen poético para la Noche de Navidad, representando al Niño Jesús bajo la alegoría de Pan.

Continuó como profesor de retórica en el Colegio Máximo de México, pero parece que esta ocupación no se avenía bien con -- sus aspiraciones, puesto que había ya comenzado a combatir los males de gerundianismo. Del doce de mayo de 1754, hay una referencia en un borrador de esta fecha de una carta que "el mismo Padre Clavigero parece dirigió a su General, exponiéndole que, después de haber consultado mucho con su Confesor y hecho infinitas oraciones a Dios.... quería pasar a California", y "suplicaba le concediera para ello su licencia."²

En la respuesta con fecha de 29 de mayo el Padre Provincial alabó sus buenos deseos, "que se tendrán presentes en la primera ocasión que se ofrezca, y que por ahora se perfeccionase en -- la lengua Mexicana...."³

Hay otra carta con fecha de 31 de mayo, 1754, en que el nuevo Provincial, Juan Ignacio Calderón, le decía: "no obstante su bien ponderada carta, se da la Catedra de Retórica a alguno de los

(1) Castañeda, C.E. Guide, etc., Documento 552, pág. 3.

(2) Archivo Histórico Hacienda, Carta 8.

(3) Ibid., Carta 9.

Colegiales del Seminario por las razones que expone."¹

El 28 de agosto de 1754, recibe orden del Provincial -- desde México, para que parara en la Casa Profesa, "para donde le -- había destinado."

De un documento muy importante podemos establecer el año aunque no el mes de su ordenación. Entre los "papeles y apuntes -- sueltos" encontrados en su aposento en Guadalajara, tenemos este -- documento:

"Una presentación dada por el Padre Provincial Ignacio Calderón en México a ocho de octubre de 1754, firmado con el sello de la compañía que dice así:

"Presento a V. Ilma. al Padre Francisco Xavier Clavigero, sacerdote de la misma Compañía, para que V. Ilma, se sirva de mandante dar licencia para poder predicar y confesar en su Diócesis, por que habiéndole examinado -- personas doctas de nuestra Compañía por mi orden, consta ser suficiente para ejercer los dichos ministerios en fee de lo cual doy la presente, etc. A su continuación están las licencias de los Señores Arzobispos -- de México y Obispos de Puebla, Valladolid y Guadalajara, den dos fojas."²

Es la licencia para predicar y confesar. Por supuesto, no se da tal licencia antes de la ordenación, y como este documento lleva la fecha de 8 de octubre de 1754, podemos inferir que en este año se hizo sacerdote. ¿Era la fecha en octubre antes del ocho, o lo era en septiembre? No sabemos, pero está claro que el año fue el 1754.

Después de su ordenación fue "mandado defender el Acto Mayor de toda la Sagrada Teología al Colegio de San Ildefonso de Puebla, dando muestras delante de un docto y numeroso concepto, --

(1) Ibid., Carta 9.

(2) Ibid., Carta I. de los "Otros Papeles y Apuntes Suelos."

de su gran capacidad y comprensión."¹

Ahora, el que llevada de su gran aplicación al estudio, y que jamás dejaba los libros de las manos, tenía tal deseo de la salvación de las almas que le hacía ser incansable en el Confesionario, no excusándose jamás por sus quehaceres, de la asistencia a moribundos, y de servir en cuanto era del provecho espiritual de los prójimos, y bien de las almas.² Este trabajo, que emprendió luego que fue sacerdote, le siguió constante siempre, habiendo sido en cuantas partes estuvo, un incansable operario en la viña del Señor.³

Tenemos la noticia en el Documento 552, que "pasó luego a servir su tercera probación al Colegio del Espíritu Santo de la misma ciudad."⁴ Con la palabra "luego" interpretamos que estaba inmediatamente después de su ordenación, y duró esta tercera prueba casi un año. Este año se consagró perfeccionándose en la virtud y en los ministerios para con los prójimos, en el confesionario, con los moribundos, en las cárceles y en los hospitales. El autor de el dicho Documento también escribe que después de la Tercera Probación fue enviado "para ser el Presidente de las Academias Teológicas al Colegio de San Ildefonso de México, en donde se admiró su saber y su religiosidad, mas como que todo su deseo era servir a los desvalidos y pobres, pidió insistentemente, renunciando a los honores de las ciencias, ser mandado a aprender la lengua mexicana y dedicarse al servicio de los indios."⁵

(1) Castañeda, C.E., Guide, etc., Documento 552, pág. 3-4.

(2) Loc. cit.

(3) Loc. cit.

(4) Loc. cit.

(5) Loc. cit.

Los años de 1756 hasta 1767

Sus superiores condescendieron a sus súplicas y pasó --- nuestro Padre tal vez en el principio del año de 1756 al Colegio de San Gregorio.

"Aquí todo dado al estudio de la lengua la aprendió en breve con tal perfección que pudo ser maestro de ella, y se dió con tal éxito en el ministerio del confesionario y púlpito con aquellos naturales de la ciudad y -- los contornos que se atrajo a sí el amor de todos ellos, asistiéndolos, acariciándolos y tratándolos con su ternísimo amor, viviendo con gran placer en tan útil como trabajoso ministerio, y grangeando al mismo tiempo con la docta curiosidad, mucho conocimiento en las antigüedades de aquella nación, que se sirvieron con el tiempo para ilustrar su antigua historia."¹

Al fin de este año, en el 24 de diciembre de 1756, tenemos una carta del entonces Padre Provincial, Agustín Carta, Jesuíta italiano, "nombrándole para el curso de artes en Guadalajara." No tenemos más noticias de este nombramiento.

El Padre Maneiro dice que Clavigero "pasó cinco años en el Colegio de San Gregorio, enteramente consagrado a la labor espiritual y al estudio de los códices indígenas."²

De lo que sigue sabemos que durante estos cinco años en San Gregorio el Padre Clavigero estuvo muy enfermo:

"Ofreciéndoseme (su hermano don Manuel) el año de 1758 regresar a esta Corte, y hallándome muy quebrantado de salud, le insté a que me acompañara en el viaje, para que no faltara el consuelo de tener a mi lado un Sacerdote, si acaso disponía Dios de mi vida en el camino."³

En estos cinco años también escribió. En el año de 1761 escribió las Memorias Edificantes por la muerte del mencionado hermano, la

(1) Loc. cit.

(2) Maneiro, op.cit. pág. 46, cit. G.M.P. pág. 188.

(3) Clavigero, X.M., Las Memorias, pág. 38.

que ocurrió el 27 de diciembre, 1760. También estuvo escribiendo una traducción de la Vida de San Juan Nepomuceno, que hizo a causa de un voto a dicho santo, por su ayuda en unas dificultades. El 9 de diciembre de 1761, obtuvo la autorización del Padre Provincial para imprimir la vida de este santo.

Durante el año de 1762 compuso su Elogio de San Francisco Xavier y se imprimió. No sabemos en qué mes lo hizo.

En diciembre de 1762, recibe una carta con fecha 13, del Provincial, "enseñándole para el curso de Filosofía al Colegio de Guadalajara, y que en él proceda con el método común en la Provincia, arreglándose a la Doctrina Aristotélica, y modo de enseñarla; aunque le consideraba fecundo y rico de otras especies del modernismo."¹

El Padre Clavigero inmediatamente le escribió al Provincial diciéndole que ya hacía cinco años que él había estudiado filosofía. El 22 de diciembre recibe Clavigero una respuesta, "en que se lastima y le consuela sobre lo que parece le escribió en orden a lo disgustada que se hallara; por que le habían promovido para el curso de filosofía a Guadalajara después de cinco años que eran parados desde que ejerció este empleo."² Esta respuesta venía del Padre Dávila.

Para este nuevo empleo, que empezó en el año de 1763, necesitó el buen padre muchos libros. El primer documento de este año es una carta del Padre Lino Gómez, con la fecha de 16 de enero de 1763, "avisándole de la remesa de unos libros, y dándole cuenta

(1) A.H.H. Carta 15.

(2) Op. Cit. Carta 16.

de otros encargos que pasa a su cuidado."¹

En febrero le encontramos en Puebla, desde donde escribe al Provincial, representándole que le es intolerable las pesadumbres que le dan sus parientes, y le pide la licencia para ir a Valladolid, o irse a alguna Hacienda.

Durante el año de 1764 tenemos referencia en el catálogo de los Jesuitas de este año, publicado por Nicolás León, de que el Padre Franciscus Xavierus Clavigero era un Profesor de Physica Vallisoletanum Collegium.

El 2 de julio de 1764 hay una carta de Don Vicente de Torija y Brizar, su amigo, sobre los libros que le pidió, y en esta carta "le da la enhorabuena por la licencia que obtuvo de su superior, para dar a sus oyentes algunas lecciones de física moderna, lamentándose de que por carecerse aquí de instrumentos y ocasiones de estudiar."

Al fin de 1764 llega una carta del Padre General, que -- tiene la "noticia de que en carta del Padre General Lorenzo Ricci, vino su profesión de cuatro votos, y esperara que dicha tan grande fuese estímulo para que se emplee con más esmero en obsequio de su Madre la Compañía. Que haga la profesión en manos del Padre Rector.... en el día de la Purificación de Nuestra Señora (el 2 de febrero) del año de 1765...."²

El primero en darle la enhorabuena por esta profesión y honor distinguido era su amigo Padre Lino Gómez, quien le escribe el primero de diciembre de 1764.

(1) Ibid., Carta 19.

(2) Ibid., pág. 38.

El 25 de marzo de 1765, el Don Vicente Torija le escribe la siguiente:

"El aplauso con que fueron recibidas las lecciones de física particular, y a los oyentes fuera de orden que su Rev. tenía a quienes envidia la fortuna de ser los primeros que en este reyno escuchan el verdadero idioma filosófico aquí, tan poco conocido, y por eso tan despreciado.... y le aplaude la determinación de dar a sus oyentes los principios de Cronología y se persuade hará lo mismo con los de la geografía."¹

Durante el año de 1766, continúa el Padre Clavigero en sus trabajos en el Colegio de Valladolid, y escribe a sus amigos, los Padres Alegre y Lino Gómez sobre los libros. Hay carta con la fecha de dos de enero del Padre Juan José de Villavicencia, "avisándole que los libros no los halló todos en Cádiz, y los que había eran de exorbitante precio; que tenía escrito a Madrid para que los buscasen, y dudara por eso poderlos traer."² Vemos que estaba obteniendo libros desde España.

A pesar de que su visita en 1765, el Padre Provincial Ceballos, al Colegio de Valladolid quedó muy complacido de las lecciones dadas por el Padre Clavigero, en el 12 de abril de 1766 le daba orden para que "luego y sin detención se ponga en el Colegio de Guadalajara a la disposición del Padre Rector que le dirá su destino, por haber para ello notable urgencia, y que esta expresión no la comunique a ninguno, que contempla le será muy doloroso, y tendrá mucho que sacrificar a nuestro Señor, pero que espera que este sacrificio le sea agradable...."³

- (1) Ibid., Carta 10, con particulares.
- (2) Ibid., Carta 47.
- (3) Ibid., Carta 49.

Hay otra carta del mismo Provincial con la fecha del 26 de abril,

"diciendo que le agradece la prontitud de obedecer y partirse a la ciudad donde desea hallar llegado y se conserve con toda felicidad que así lo espera como - no lo embaracen los efectos de la Providencia, la poca confianza y que en las manos de Dios está la vida, la salud, y el consuelo...."1

El 3 de junio el Padre Clavigero escribe al nuevo Provincial, Salvador Gándara, "refiriéndole las circunstancias y motivos que procedieron, para destinarle a esta ciudad lo que en ella puede padecer su salud, e inconveniencias que tiene contra su quietud, y le suplica la vuelta a Valladolid."2

Dicho Padre Provincial le responde con una carta con la fecha de 5 de julio de 1766,

"diciendo que la de 24 pasado puso en consulta y que todos los Padres Consultores fueron de parecer le alentase a la prosecución del Curso de Artes de este Colegio, pues en cuanto el temor de su salud en cualquiera otra parte podría suceder lo mismo, para lo cual y demás motivos que exponía le trae varios exemplares."3

Se quedó Clavigero en Guadalajara durante todo el año de 1766, hasta la triste fecha de 25 de junio de 1767. Continuaba enseñando el curso de Artes, y también era director de la Congregación de la Buena Muerte y confesor de los Novicios hasta la fecha ya mencionada.

Sus obras literarias escritas en México
antes de 1767

El señor José Toribio Medina, en su Imprenta en México, desde 1539 hasta 1821, tiene esta lista de obras escritas por el -

- (1) Ibid., Carta 51.
- (2) Ibid., Carta 55.
- (3) Ibid., Carta 56

Padre Clavigero:

"No. 4713, Memorias edificantes del Br. D. Manuel Joseph Clavigero, Sacerdote del Obispado de la Puebla, recogidas por su hermano el P. Xavier Mariano Clavigero, de la Compañía de Jesús, con las licenc. necesarias. En México, en la Oficina nueva de letra Antuerpiana, por D. Christoval y D. Phelipe de Zúñiga y Outiveros. Año de 1761."1

"No. 4773, Elogio de San Francisco Xavier, por P. - Francisco Javier Clavigero. México, 1762."2

"No. 4773a. Compendio de la Vida, Muerte y Milagros de San Juan Nepomuceno, escrito en lengua italiana -- por el P. Cesar Calino, de la Compañía de Jesús y traducido a la castellana, por el P. Xavier Mariano Clavigero, de la misma Compañía. Con las licencias necesarias. Impreso en México en la Imprenta del Real y más antiguo Colegio de San Ildefonso, Año de 1762."3

"No. 5073. Elogio de San Ignacio de Loyola, predicado a la Real Audiencia de Guadalajara por el P. Francisco Javier Clavigero, de la Compañía de Jesus. México, 1766."4

De sus obras inéditas tenemos otra lista y de las cuales mencionaremos primero su Physica Particularis escrita alrededor de 1765.

Las otras son las siguientes:

Un certamen poético al Niño Jesús, y

El Diálogo entre Filateles y Paleófilo, escrito cuando era prefecto de estudios en el Colegio de San Ildefonso.

Las Memorias Edificantes de Don Manuel es su primera -- obra literaria publicada, y es un elogio a su hermano querido. Entre las páginas de esta obra podemos ver mucho del carácter religioso y sacerdotal del Padre Clavigero.

El Compendio de la Vida, Muerte y Milagros de San Juan -

(1) Toribio Medina, José, La Imprenta en México, etc. pág. 429.

(2) Ibid., pág. 455.

(3) Ibid., pág. 455.

(4) Ibid., pág. 533.

Nepomuceno, escrita en italiano, es una traducción de la obra del Padre Cesar Calino. Tiene, sin embargo, un prólogo importante del traductor. Clavigero escribe:

"El motivo que me impelió a traducirla fué el mismo que para escribirla tuvo su autor. El la escribió para dar un público testimonio de su gratitud. Yo, que también he sentido los efectos de la beneficencia de San Juan - Nepomuceno, me obligué con voto a traducirla, por dar - alguna muestra de mi reconocimiento."1

Siempre el crítico, ha escogido esta obra particular de San Juan - Nepomuceno, antes de muchas otras.

"La obra que ahora traduzco logra dos ventajas grandes sobre las otras vidas de San Juan Nepomuceno. La primera es ser un buen compendio de la que escribió con la - mayor exactitud el Señor Passi, Canónigo de Trento, sacada de los Procesos, que se hicieron para la canoniza- ción del santo, y de los más diligentes escritores de - su vida. La segunda, el ser en todo, lo posible confor me a las noticias, que traben en el día 16 de mayo los sabios Jesuitas de Amberes."2

En esta obra traducida hay dos libros, cada uno de diez capítulos. El primer libro contiene noticias del nacimiento, infancia y estudios del santo; su ordenación de sacerdote, sus trabajos sacerdotales; su empleo como Canónigo de la Catedral de Praga y limosnero - del Rey Uvencelao; su rehusa de otras dignidades mayores; su perse- cución por el mismo rey y su fidelidad en guardar el secreto sacra- mental; su martirio y muerte. El segundo libro contiene casi toda la parte de ella, los milagros del santo; los obrados en su len- - gua; los obrados con las imágenes; los de los hallazgos de cosas - perdidas; los de los peligros; los en defensa de la honra, y las - gracias espirituales. Al fin del segundo libro hay unas páginas - de décimas con el título de "Paralelo de San Juan Nepomuceno y Moy-

(1) Clavigero, X.M., Prólogo del Compendio etc. de San Juan Nepomu- ceno.

(2) Ibid.

ses." No hay palabra sobre el autor de estas décimas.

No podemos encontrar un ejemplar de los dos elogios, uno de San Francisco Javier, publicado en 1762, y el otro de San Ignacio de Loyola, predicado a la Real Audiencia de Guadalajara en el año de 1766. Ni podemos hallar el "Certamen poético al Niño Jesús," uno de los certámenes que se escribían cada año y se encargaban a los maestros de retórica.

Las dos obras filosóficas son: La Physica Particularis - escrita a eso de 1765, y el Diálogo entre Filateles y Palefilo, escrito cuando era prefecto de estudios en el Colegio de San Ildefonso.

Clavigero tenía la misión de enseñar y difundir en la Nueva España la verdadera física, la verdadera filosofía de la naturaleza y la física moderna. Después de mucho trabajo, obtuvo la aprobación de sus superiores, y en una carta de su superior, el Padre Dávila, leyó estas palabras confortantes:

"No tengo ninguna duda de que el Superior va a tener mucho gusto en lo que Usted escribe a sus discípulos, y que Usted va a suceder también en el Curso de Física Moderna, en que Usted tiene tanto placer. Ojalá - que pudiera ser uno de sus discípulos."¹

Del éxito que tuvo nuestro buen Profesor en su curso de Física, tenemos el testimonio de unos de sus amigos, que le escribió en el 25 de marzo de 1766, dándole la enhorabuena en el aplauso con que fueron recibidas las lecciones de Física particular..." y que los oyentes fueron los primeros que escuchaban al verdadero idioma filosófico tan poco conocido y por eso tan despreciado....."

El Padre Maneiro nos da unos datos sobre el diálogo filo

(1) Los Anales, op. cit., pág. 322.

sófico:

"El asunto de este hermosísimo diálogo es, en el estudio de la física debemos emplear un método que nos lleve a la investigación real de la verdad, y de ninguna manera sostener algún postulado establecido arbitrariamente por los antiguos."1

En los Anales tenemos noticia de un escrito llamado "Proyecto sobre el Vice-Rectorado de la Universidad de Guadalajara," - en que trata del nombramiento de un vice-rector para esta universidad, que va a aumentarse los intereses de la misma. De su proyecto, "podrán graduarse aquí (en Guadalajara) no solamente los que estudiarían en esta ciudad, sino también los estudiantes de otro - cualquiera lugar, como Durango, Zacatecas y Sombrerete."2

Los otros proyectos que tuviese para escribir o para enseñar se truncaron en la mañana del 25 de junio de 1767. De la expulsión de los Jesuitas de México, tenemos este testimonio de un - escritor famoso:

"Seguía Clavigero una vida activa y laboriosa....y a la práctica de las virtudes cristianas, cuando por un acto de bárbaro despotismo se vió reducido a prisión, privado de los más comunes auxilios y desterrado de su patria, con los demás Jesuitas sus hermanos, sin juicio, sin audiencia, y sin haber cometido otro delito que el de pertenecer a una orden que había prestado inmensos servicios al mismo Gobierno, que tan mal trataba a los ilustres individuos que la componían..."3

Con solo unos artículos de ropa necesaria y el Breviario, y tal vez un Rosario, en compañía de sus colegas, salió nuestro Padre para el puerto de Vera Cruz. Aquí se quedaron tres meses mientras hacían - los oficiales las preparaciones para el largo y peligroso viaje al

(1) Maneiro, op.cit. pág 56, cit. por Barnabe Navarre, p. 176, en La Introducción de la Filosofía Moderna en México.

(2) Los Anales, op. cit., pág. 328-9.

(3) García Cubas, Diccionario Geográfico e Histórico y Biográfico, pág. 218.

Viejo Mundo. Al fin de octubre todo estaba listo, y en el 24 de dicho mes del 1767, salieron para la Habana, y llegaron allí el 13 de noviembre. En la Habana Fray Antonio María Bucareli proporcionó a dichos viajeros toda clase de recursos.

Al mes siguiente salieron para Cadiz y después de un viaje largo, llegaron a España el 30 de marzo de 1768. Continuaron hacia Corcega, donde no les fué posible quedarse, y su destinación final fue el Estado Pontificio en la ciudad de Ferrara, Italia.

Durante este largo viaje nuestro estudiante Clavigero - dedicó sus horas al estudio y práctica de la navegación, física y astronomía. Explicaba las ciencias físicas a los pasajeros y a la tripulación.

"En toda esta cuanto grande penosa trasmigración, se observó en él una constancia de ánimo, una extraordinaria alegría en los muchos trabajos, que padecía, procurando aliviárselos a todos con su dulce y amena conversación y una humildad tan connatural, que fue, por aplicarme así el paño de lágrimas de todos los que concurrieron con él."¹

Llegado a Italia, le tocó al Padre Clavigero vivir en Ferrara, donde la familia de Achiles Crispo y su hijo, Benito, le suplían las necesidades.

Su vida y obras en Italia. 1768-1787.

Sin descansar de las fatigas de su gran viaje, ni compadecerse de los grandes sufrimientos, buscaba nuestro gran luchador una tarea más para usar útilmente su tiempo de ocio. Primero expuso su plan para establecer una Academia de Ciencias entre sus compañeros refugiados en Italia, quienes han llegado sin libros y manuscritos,

(1) Castañeda, C.E., Guide, etc. Documento 552, pág. 6.

"de modo que no se omitieran ni las artes o ciencias mayores, ni las bellas letras, ni la copiosa variedad de las lenguas, ni la bellísima historia, ni las doctrinas matemáticas, ni los descubrimientos humanos en asuntos relativos a la física, ni el estudio de las leyes de la crítica."¹

Tal vez, el fruto de su trabajo en la Academia fueron las narraciones encontradas recientemente y publicadas por el distinguido Padre Mariano Cuevas, S. J., en su volumen: Tesoros Documentales de México, Siglo XVIII. Los títulos de estas obras son:

- (1) Una breve descripción de la Provincia de México; de la Compañía de Jesús, según el estado en que se hallaba el año de 1767;
- (2) Descripción de la Ciudad de México, capital de la Nueva España;
- (3) Descripción de la ciudad de la Puebla de los Angeles o Angelópolis;
- (4) Frutos en que comercia o puede comerciar la Nueva España;
- (5) Proyectos útiles para adelantar el comercio de la Nueva España.

Todos estos opúsculos, con la excepción de la Descripción de la Ciudad de México, fueron encontrados así:

"Lo debemos a la actividad y fineza del P. Miguel Battlori, S.J., quien lo descubrió en el Archigimnasio de Bolonia y tuvo la gentileza de copiarlo y enviarlo para nuestras publicaciones históricas; Dios se lo ha de pagar."²

La Descripción de México fue encontrada en un "montón de papeles antiguos, manuscritos con la inconfundible letra de Clavigero.... escrita en italiano."³

- (1) Maneiro, op. cit. p.58, Trad. cit. G.M.P. pág. 153.
- (2) Cuevas, Mariano, S.J., Los Tesoros Documentales, pág. 12.
- (3) Ibid., pág. 13.

No tenía Clavigero la intención de publicarlas, sino las escribió para informar "a los que nada sabían de México."

En el primer opúsculo mencionado, tenemos unos apuntes - interesantes del trabajo de Clavigero en México:

"Uno de los grandes trabajos de nuestros sacerdotes eran las confesiones de los enfermos a que eran llamados incesantemente de día y de noche... Era este trabajo tan grave que bastó a quitar a algunos la vida... porque no se cuidaba de la importunidad de la hora, ni de la inclemencia del tiempo, ni de la distancia de lugares. Salían a confesiones a media noche y lloviendo."¹

Y también escribe:

"El trabajo de los sacerdotes que auxiliaban a los reos condenados a último suplicio era mucho. Este es frecuente en México y hay ocasiones en que ahorcaron de un golpe a 12 reos. Desde que les intimaba la sentencia de muerte hasta que se ejecutaban que eran como 50 horas, - corría enteramente de los Jesuitas el disponerlos y ayudarlos, de tal suerte que dos de los padres se quedaban a dormir en la cárcel la noche antecedente a la ejecución del suplicio para que no les faltase a los reos ni por un breve rato ese consuelo. Años había que en la principal cárcel de México habían obtenido los jesuitas que los reos que habían de ser sentenciados a muerte, - con tiempo se condujesen a un lugar apartado de la comunicación de los demás presos en donde, después de hacer una dolorosa confesión general eran instruidos en la práctica de la oración y de las demás virtudes cristianas y ejercitaban grandes austeridades para satisfacer a la justicia divina y disponerse a la muerte. Más parecía aquel lugar noviciado de Religiosos que cárcel de delincuentes."²

En el segundo, la Descripción de la Ciudad de México, tenemos unos datos interesantes:

"Hay en la Ciudad de México 107 iglesias entre grandes y pequeñas, sin contar las de los suburbios; 21 conventos de Religiosos, y 4 en los suburbios y 25 de Religiosas. Hay un Colegio mayor, 6 colegios y seminarios para la juventud, 6 entre colegios y casas de retiro para mujeres,

(1) Ibid., pág. 303.

(2) Ibid., pág. 305-306.

17 parroquias, 13 hospitales y una casa de misericordia, 7 cárceles y 16 plazas."1

De la caridad en los tiempos coloniales, tenemos esta observación:

"Entre los hospitales, el de más consideración por su amplitud y por sus rentas es el hospital real destinado a los indios exclusivamente. En él se recibe cualquier número de enfermos, a veces han llegado a ser -- hasta 1,000. Sus rentas consisten en el medio real -- que pagan los indios a real por cabeza al rey y también lo que producen las entradas al teatro."2

Hay otra nota que nos dice algo de la falta de asistencia pública en los tiempos coloniales, en este testimonio:

"La parroquia de San Miguel se contaba de 50,000 almas y así otras parroquias. La causa de encontrarse tanta gente en el ámbito de solas 9 millas, es la suma estrechez de habitaciones mayormente entre la gente pobre. Los primeros pisos de las casas están divididos en un gran número de cuartos con puerta a la calle y en cada uno habita una familia que suele ser de 8, 10 o más -- personas.

En los suburbios y en muchas casas de vecindad de la ciudad los pobres, mayormente los indios, hacen sus chozas de paja y en cada una de ellas habita una familia. A esto se junta que muchos que no tienen habitación duermen en los atrios de las iglesias o bajo cualquier portal o en las puertas de los conventos o de -- las iglesias."3

Un "item" tal vez de interés especialmente para las damas es lo siguiente:

"El lujo en los vestidos es muy superior a lo que se ve en las Cortes y en otras ciudades principales de Europa. El precio excesivo de las manufacturas preciosas, atrae a las damas mexicanas a comprarlas aunque les cueste 20 o 40 escudos la vara.

En proporción no es tan grande el lujo en materia de carrozas."4

Sus descripciones son algo exactas en la narración sobre la "Ciudad de la Puebla de los Angeles."

- (1) Ibid., pág. 315.
- (2) Ibid., pág. 317.
- (3) Ibid., pág. 318.
- (4) Ibid., pág. 320.

"Tiene la iglesia 142 ventanas y 5 puertas, 3 de las cuales miran al Poniente y las otras 2 respectivamente al Norte y al Sur."¹

Escribe del comercio y de la industria de la dicha Puebla:

"Al presente comercia esta ciudad con la capital y -- con otras ciudades del reino en manufacturas del algodón, de lana, artefactos de fierro y acero y en porcelana que es la más estimada, en jabón, vidrio, y en algunas pequeñeces pero no obstante la industria de los habitantes y la riqueza de algunos habitantes, la ciudad puede llamarse pobre."²

Sobre la industria de los angelopolitanos se expresa:

"Los angelopolitanos son de rara y singular habilidad para todas las artes y no hay ninguna que no puedan aprender a maravilla: trabajan el fierro como se trabaja en Inglaterra, hacen artefactos de vidrio muy semejantes a los de Venecia y Bohemia.... La porcelana es tan fina que cuesta trabajo distinguirla de la de Sajonia. Hacen diversas figuritas de jabón como para regalo porque además de que son muy olorosas son muy ligeras de suerte que un vaso lleno de ellas pesa casi lo mismo que si estuviese vacío. También hacen figuras -- de cacao del que llaman cacao frío porque se bebe frío y así se vende en la plaza."³

Incluye Clavigero en esta obra una lista de las ciudades y villas de la diócesis de Puebla, con sus respectivas descripciones.

Hay dos opúsculos enteramente sobre asuntos de comercios o industriales, que sus paisanos pueden emplear ahora. El primero demuestra todas las cosas en que pueden comerciar los mexicanos, y tiene el título de: "Frutos en que comercia o puede comerciar la Nueva España." Dice que:

"Los frutos del comercio pueden reducirse a tres clases correspondientes a los tres reinos, mineral, vegetal y animal."⁴

- (1) Ibid., pág. 325.
- (2) Ibid., pág. 327.
- (3) Loc. cit.
- (4) Ibid., pág. 363.

Los frutos minerales que cita son: el oro, la plata, el cobre, - el plomo, el estaño, el hierro, el azufre, el alumbre, el vitriolo, el talco, el cristal, el almagre, el carbón de piedra, el ámbar, el ocre, el asfalto. De las piedras preciosas nos dice las noticias siguientes:

"Por lo que mira a piedras preciosas, sabemos que hay cerca de Ciudad Real una mina de diamantes, que no se trabaja, o porque no saben aprovecharse de ella, o porque no están según dicen en su debida sazón; pero en una mina es natural que hay de todo.

"Sabemos también que hay minas de esmeraldas y que -- cuando los españoles entraron en aquel reino eran comunísimas en los zarcillos y pendientes que usaba la nobleza como hago constar por varios documentos innegables que produzco en mi historia; pero los españoles dejaron perder no se cómo la memoria de tan precioso mineral: a lo menos yo que he estudiado tanto la historia de aquel reino, no tengo noticia de que se haya trabajado alguna mina de esmeraldas después de la conquista. Lo mismo digo de las amatistas, de los ojos de gato, de las cornelinas, de las turquesas y de otras piedras preciosas no conocidas en Europa, de que hay muchísimas en aquella tierra."¹

De los frutos del reino vegetal menciona Clavigero los siguientes: el cacao, el algodón, el añil, la vainilla, el bálsamo, el palo de Campeche y el ébano. De las maderas cita: el cedro, la caoba, el camote, el jabín, y muchas otras.

En su obra, "Proyectos útiles para adelantar el comercio de la Nueva España," encontramos la sugerencia sorprendente de un canal donde es ahora el Panamá.

"No pretendo que se rompa el istmo de Panamá, como -- consideradamente promovieron algunos, ni que se abra un canal como el de Languedoc; porque aunque conozco las ventajas que resultarían al comercio y a la marina, me hago también cargo de la suma dificultad, de los excesivos costos y de los grandes inconvenientes que tendría su ejecución. Sólo pretendo que se use de

(1) Ibid., pág. 366-367.

los canales que la misma naturaleza ha abierto, para el más fácil y pronto transporte de cualquiera mercancía -- de un mar al otro. Estos canales.... son dos. El primero reconocido ya hace casi dos siglos por el P. Juan -- Sánchez, jesuíta, uno de los fundadores de la provincia de México y cosmógrafo del rey, está en Nicaragua... El otro canal es el que forma el gran río de Coatzacoahuacan."1

Tales son los pensamientos progresivos de Clavigero, -- que podemos utilizar hoy día, un siglo más tarde de haberse escrito; cuando somos ya libres para comerciar con todo el mundo, para mejorar el estado de vida de todos y levantar el espíritu fuerte para la paz y para el respeto de los derechos humanos: el derecho de alcanzar de manera honrosa la subsistencia, el vestido y un hogar -- cosas estas que todo padre de familia desea y necesita para los suyos; -- el derecho a trabajar, pobre o rico, -- el derecho a servir a venerar a Dios en la iglesia establecida, aquel -- Dios que tiene en sus Manos Supremas el destino del mismo país -- que prohíba a sus habitantes que no le veneren, porque la vida de una nación es corta como la de las personas, -- el derecho de poseer en paz y sin miedo su casa y otras propiedades personales; -- el derecho de votar libremente; -- el derecho de tener un juicio legal y justo antes de ser condenado. En fin, todos los derechos a la cultura del Siglo XX, la que hasta ahora tiene muchos -- progresos en este hemisferio occidental.

El Padre Cuevas comenta lo siguiente sobre estos opúsculos de Clavigero:

"Llenaron estos opúsculos su destino, que fue el de informar a los que nada sabían de México, Para nosotros poco traen que no sepamos, pero en cambio nos presentan la visión patriótica que Clavigero tenía respecto a la

(1) Ibid., pág. 391-392.

dominación española en México, como cuanto se refiere a las restricciones del gobierno peninsular contra la industria y comercio mexicanos; al mal trato que de los Alcaldes Mayores recibían los indígenas; a los Reales Decretos prohibiendo ya la navegación al Perú, la elaboración del hierro, ya la plantación de viñedos, etc. -- etc., Era esto en Clavigero una idea fija y además razonada. Nada nos extrañe pues, que discípulos suyos en Valladolid (hoy Morelia) mayormente los eclesiásticos -- que allí forjaron nuestra independencia (Abad y Queipo, Michelena, Hidalgo, etc) giren sobre el mismo ideario -- de que tan impresionada estaba su maestro, nuestro ilustrado historiador".1

Aquel fue el trabajo que hizo en su Academia. La fama de la biblioteca pública de Bolonia le hizo pedir cambio de residencia, y satisfechos sus deseos, Clavigero pudo entregarse totalmente a la obra que contemplaba escribir. De allí corrió su fama por todo el reino. Además de la biblioteca pública, las bibliotecas privadas le abrían sus puertas, y encontró los tesoros literarios escondidos para amplificar su proyecto y llevarlo a una terminación más que satisfactoria. El nuevo proyecto es el de la Historia Antigua de México.

No omitió ningún sacrificio para obtener los datos necesarios para la Historia. Si no tenía el precio de un viaje a otra parte, iba a pie, o se privaba del alimento para obtener el pasaje. De esta manera, y con estos sacrificios, visitó todas las bibliotecas de Florencia, Génova, Milán, Nápoles, Venecia y otras ciudades; resolviendo así las dudas históricas, estudiando y consultando todo lo que encontraba escrito en relación con su obra -- para escribir una historia completa sobre los mexicanos y su cultura; y de la que ya hemos comentado en los capítulos anteriores

(1) Ibid., pág. 13-14

de manera que él podía decir con razón: "Apenas se ha publicado libro que yo no haya estudiado."

Escribió la historia en español, y cuando vió que no pudo imprimirla en su lengua, la tradujo al italiano. Estaba completa su obra en los principios del año de 1778, casi diez años desde que empezó a escribirla. Escribió al señor Don Mariano Fernández de Echevarría y Veytia, en el 25 de marzo de 1778 estas palabras:

"Tengo ya perfectamente concluída la obra y estaría ya impresa buena parte de ella; si mis facultades fueran correspondientes a mis deseos..."

No estaba impresa ya porque el costo era de 500 pesos fuertes, que no tenía nuestro pobrísimo Padrecito. Sin embargo, obtuvo dicha suma por el año de 1780; tal vez pidiéndola, o en alguna manera coleccionándola en el curso de los dos años siguientes, pues tenemos la primera edición impresa en italiano en Cesena en 1780, y el cuarto volumen (las Disertaciones) impreso en 1781.

Hubieron diversas traducciones de la edición italiana. La primera fue hecha en Londres en castellano en 1826, que es la primera edición en ese idioma. Las otras ediciones en castellano son: la de 1844, por Joaquín de Mora, en México; otra en --- 1853 por Juan R. Navarro, también en México, y otras cuatro ediciones más en dicho país. Hay ediciones inglesas, una edición alemana y traducciones al francés y al danés.

En el año de 1945, ciento sesenta y cinco años después la impresa de la primera edición, tenemos la publicación de la Historia del mismo manuscrito español del autor, publicada por el Padre Mariano Cuevas, S.J. La historia del manuscrito en es--

pañol es la siguiente:

"En 1787.... recogió este manuscrito su hermano, el P. Ignacio Clavigero y lo tuvo consigo hasta que murió. Este sucedió después de 1814.....

De Italia trajeron este original a México los primeros padres que de allá vinieron para restablecer en la Nueva España la Compañía de Jesús.

En el Archivo de la Provincia quedó por largos -- años, tan bien guardado que hasta se perdió de vista y se perdió también la noción de ser este manuscrito el original de Clavigero.... De esta duda salió a principios de este siglo, el P. Manuel Díaz Rayón, confrontando el manuscrito con otros que son ciertamente de Clavigero, sobre todo con la carta por este historiador firmada.....

Años más tarde, por manos desconocidas, este precioso original fue sacado de México y puesto a la venta en los Estados Unidos. Con un gran sentido de nobleza y patriotismo que le honran, el P. Carlos María de Heredia, conocido jesuita mexicano, consiguió la crecida suma que fue necesaria para recomprarlo y luego, por las buenas manos de su hermano, el P. Vicente, llegó a las mías (el Padre Cuevas, S.J.) en muy buen estado de conservación."¹

Este manuscrito estuvo en las manos del Padre Cuevas por algunos años antes de ser publicado.

Después de publicar su Historia en 1780, Clavigero empuzó dos otras más: una de ellas la Historia de la Baja California y la otra, un "Breve Ragguaglio della prodigiosa y rinomata immagine della Madonna de Guadalupe de Messico."

La última mencionada es corta y obtuvo los fondos necesarios para publicarla en 1782, también en Cesena. En esta obra relata la historia de la aparición de Nuestra Señora a Juan -- Diego en el cerro de Tepeyac.

"Seguía a la historia una excelente descripción de la sagrada imagen, en que hacía referencia a los singulares prodigios observados en ella por los pintores; después una explicación del culto de la virgen, y en fin

(1) Cuevas, Mariano, S.J. Prólogo de la Historia Antigua de México, pág. 7-8.

los frutos de su beneficencia, en que advertía la imposibilidad de relatar todos los beneficios de que era -- deudor México a la "Madonna della Guadalupe."¹

Esta es una crítica escrita por el Señor Pablo González Casanova, en su tomo "El Misoneísmo y la Modernidad Cristiana en el Siglo XVIII."

Escribió Clavigero la Historia de la Baja California -- "para hacer un servicio público" como dice en el prólogo. Esta historia consta de cuatro libros. El primer libro es sobre la historia natural de la Baja California, con unas notas sobre su cultura, o más bien, la falta de ella en los indígenas. El segundo sobre las expediciones españolas, y los trabajos de los Jesuitas para convertir a los habitantes; el tercer libro sobre el progreso de las misiones, y el cuarto sobre el mismo asunto.

Tiene esta historia descripciones de los Pericúes y los Cochimíes, las dos tribus principales de este territorio, y de su cultura, o de la falta de ella porque no eran más que cazadores y recogedores de nueces y semillas. No sabían ni agricultura ni arquitectura. Otra vez demuestra Clavigero su intención de escribir como un antropólogo y etnólogo moderno. Una de las cosas de importancia de notar es tal vez la siguiente:

"El mismo misionero (Padre José Rotea) reconoció algunas de las cuevas mencionadas, de las cuales describe una... En ella estaban representados hombres y mujeres con vestidos semejantes a los de los mexicanos, pero -- absolutamente descalzos. Los hombres tenían los brazos abiertos y algo levantados, y una de las mujeres -- estaba con el pelo suelto sobre la espalda y un penacho en la cabeza. Había también varias especies de -- animales, tanto de los nativos del país como de los ex

(1) González Casanova, Pablo. El Misoneísmo y la Modernidad Cristiana en el siglo XVIII, pág. 186-187.

tranjeros."1

Estas cuevas fueron descubiertas por los jesuitas en las montañas situadas entre los 27 y 28 grados de latitud. Hace la crítica siguiente sobre ellas:

"Estas pinturas, aunque groseras, representan distintamente los objetos, y los colores que para ellas sirvieron, se echa de ver claramente que fueron tomadas de -- las tierras minerales que hay en los alrededores del -- volcán de las Virgines. Lo que más admiró a los misioneros fue que aquellos colores hubiesen permanecido en la piedra por tantos siglos sin recibir daño alguno ni del aire ni del agua."2

¿Podemos encontrar en estas cuevas los datos necesarios del "eslabón ausente" del origen del hombre en el hemisferio occidental?

Los últimos días de Clavigero.

Cuando regresaba de Cesena después de haber negociado para la impresión de su obrita sobre Nuestra Señora de Guadalupe, -- comenzó a sentirse enfermo, y tuvo que quedarse dos días más en -- el camino. Por fin llegó a Bolonia donde tomó cama, pero no permitía a sus compañeros que llamasen un médico. Tal vez pensaba que el doctor iba a quitarle algunos minutos preciosos del trabajo de su Historia de California que estaba para completar, o tal vez no tenía confianza en la ciencia de los médicos de su época.

En efecto, Clavigero terminó, pero no pudo publicar su última Historia. Su hermano, don Ignacio Clavigero, también jesuita, la publicó en 1789 en Venecia, como una obra póstuma del autor. La primera edición era también en italiano. La edición española fue publicada en 1852, por don Nicolás García de San Vicen

(1) Clavigero, F.J., Historia de la Baja California, pág. 21

(2) Ibid., pág. 21.

te de México.

Hay una edición inglesa o americana de fecha reciente hecha por - Sara E. Lake y A.A.Gray de California en 1937. Había una segun-- da edición en castellano publicada en 1933 por el Museo Nacional para conmemorar el segundo centenario del nacimiento de su distin-- guido autor.

Durante sus cuatro años últimos, sufrió mucho nuestro - Padre enfermo, pero no dejaba sus acostumbradas tareas de leer y escribir. Además durante las horas que daba al descanso,

"las empleaba en barrer su aposento, en remendar los po bres vestidos, y en servirse por sí solo; avergonzándo-- se cuando lo quería ayudar y servir aun en su penosa, - larga y molesta enfermedad."¹

Padeció mucho pero con gran paz de ánimo recibía todas las tribu-- laciones, siendo su común dicho: "Desgracias de Clavigero."

A principios de septiembre de 1786, cuando acrecentaba - más su enfermedad, consintió en que llamasen al Doctor Jacobo Cal-- vio para que le administrase algún alivio. Nuestro Padre no toma-- ba nunca las medicinas antes de enterarse de su composición y su - terapéutica para lo cual antes de llamar al médico repasaba libros de medicina.

El devoto Padre, durante sus últimos días:

"recurría con gran fervor a la Santísima Virgen a quien tiernamente veneraba; a Nuestro Padre San Ignacio, de - quien se honraba por hijo; al Santo de su nombre, San - Francisco Xavier, que amó entrañablemente; y a su pro-- tector y abogado San Juan Nepomuceno, cuya devoción pro-- curaba promover en cuantas partes estaba."²

Murió este candidato a la gloria eterna el 2 de abril de 1787, a - las tres de la tarde, lunes de Santa Semana. Tenía 55 años 6 me--

(1) Castañeda C.E., Guide, etc., Documento 552, pág. 7.

(2) Ibid., pág 8.

ses y 24 días de edad.

Sus restos se expusieron en la iglesia de San Cosme y San Damián, en Bolonia, y fué sepultado con toda solemnidad en el templo de Santa Lucía de la misma ciudad.

Aunque murió físicamente nuestro historiador, su espíritu y su obra va a vivir en el mundo literario como otro Tucídides, otro Tácito y otro Cicerón. Su nombre va a sobrevivir como los mismos autores clásicos por ser producido, como ellos, una obra permanente "por hacerse útil a su patria."

El archivo de la ex-parroquia de San Cosme y San Damián en Bolonia contenía la siguiente partida del fallecimiento y entierro de nuestro Padrecito:

"Die 2 Aprilis 1787... R.D. Franciscus Xaverius filius legitimus Joannis Clavijero ex extincta Societate natus in civitate dicta Vera Crux in Mexico, ann 55, mens. 6., consuetis omnibus extremis Sacramentis munitus, hora 21 hujus diei, obiit in Communione S.M.E. relinquens moestissimum fratrem, R.D. Ignatium, qui solemniter eidem exhibenda curavit. Corpus ejus sequenti vesperae e primo Palatio Quagnani in via Castilionis cum funebri pompa ad Faroeciam hanc delatum postquam sequente mane, praeibit sacrificiis in ejus animae expiationem celebratis, solemnes exequiae habitae fuerunt, sepulchro in eadem Parochiali Ecclesia consiguandum statutum, se fuerat, petentibus vero Fratris nomine quibusdam extinctae societatis ad Ecclesiam Sanctae Luciae enter tenebras delatum fuit. Emilianus Cattani.... Parrochus."1

(1) Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Tomo IX, México, 1862, pág. 261-262.

Bibliografía

- Alamán, Lucas, Diccionario Universal de Historia y de Geografía. México, 1853.
- Altamira, Rafael, Manual de Historia de España, Buenos Aires, 1946.
- Anales del Instituto Nacional de Antropología Nacional e Historia, México, 1945.
- Archivo Histórico Hacienda, Cartas de correspondencia con los Superiores y otros Padres, y con los particulares y obras - sueltas,
- Arróniz, Marcos, Manual de Biografía Mexicana, París, 1857.
- Beristain y Souza, D. José Mariano, Biblioteca Hispano-Americana Septentrional, Amecameca, 1883.
- Biografías de Hombres Ilustres, México, 1930.
- Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Tomo IX, México, 1862.
- Bravo Ugarte, S. J., José, Historia de México, México, MCMXLI
- Campos, Ruben M., La Producción Literaria de los Aztecas. México, 1936.
- Casanovas, Ignacio, S.J., San Ignacio de Loyola, Buenos Aires, 1943.
- Caso, Alfonso, Introducción en Arte Pre-Hispánico, México, 1940.
- Caso, Alfonso, La Religión de los Aztecas, México, México, 1945.
- Castañeda, Carlos E. y Jack Audrey Dabbs, Guide to the Latin American Manuscripts in the University of Texas Library. Harvard University Press, Cambridge Mass., 1939.
- Castro Leal, Antonio, Introducción en Veinte Siglos de Arte Mexicano, México, 1940.
- Ceballos Novelo, Roque J., Culturas del Valle de México, México, 1942.
- Clavigero, Francisco Javier Mariano, Compendio de la vida, muerte y milagros de San Juan Nepomuceno, México, 1762.
- Historia Antigua de México, la primera edición española, por Padre Mariano Cuevas, S. J., México, 1945.

- Clavigero, Francisco Javier Mariano, Historia Antigua de México, Edición de 1917, Noticias biográficas, páginas v-xliii, por el señor Luis González Obregón.
- Historia de la Antigua o Baja California, México, 1852.
- Memorias Edificantes del Br.D. Manuel Joseph Clavigero, México, 1761.
- Cortés, Hernán, Cartas de Relación de la Conquista de México, Colección Austral, Espasa Calpe, Argentina, 1945.
- Crónica de la Universidad de México, por Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaen, México, 1931.
- Cuevas, Mariano, Historia de la Iglesia en México, 1926, Tomo IV.
- Cuevas, Mariano, S.J., Tesoros Documentales de México, Siglo -- XVIII. México, 1944.
- Chevalier, Michel, México before and after the Conquest, Philadelphia, Carey 7 Hart, 1846.
- Dávila y Arrillaga, José Mariano, Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España del P.Francisco Javier Alegre, Puebla, 1888-9.
- Davis, Alexander, El Siglo de Oro de la Nueva España, México, 1945.
- DeCorme, Gerard, S.J., La obra de los Jesuitas Mexicanos, México, 1941.
- Díaz del Castillo, Bernal, Conquista de la Nueva España, Madrid, 1942
- Dudón, Pablo, S.J., San Ignacio de Loyola, México, 1945.
- Enciclopedia Universal Ilustrada, Europea-Americana, Hijos de J. Espasa, Editores, Barcelona.
- Estudios de Historiografía de la Nueva España, México, 1945. Colegio de México.
- García Cubas, Antonio, Diccionario, Geográfico, Histórico y Biográfico de la República Mexicana, México, 1888.
- García Granados, Rafael, Clavigero, Estudio Bibliográfico, en Universidad de México, tomo III, no. 14, pág. 158-172.
- Garibay, Angel K., Poesía Indígena, México, 1940.
- González, Agustín R., Hombres Ilustres Mexicanos, México, 1874.

- González Casanova, Pablo, El Misoneísmo y la modernidad Cristiana en el siglo XVIII, México, 1948.
- González Obregón, Luis, Cronistas e Historiadores, México, 1936.
- González Peña, Carlos, Historia de la Literatura Mexicana. México, 1945.
- Gooch, G.P. Historia e Historiadores, México, 1942.
- Guzmán, Eulalia, Caracteres Esenciales del Arte Antiguo Mexicano, en Universidad de México, Tomo V, 1933, No. 27.
- Hombres Ilustres Mexicanos, Biografías de los personajes notables, Desde antes de la Conquista hasta Nuestros Días, México, 1873, Eduardo L. Gallo, editor.
- Horta, Aurelio, Mexicanos Ilustres, México, 1885.
- Instituto Nacional de Antropología e Historia, Arte Prehispánico de América.
- Izcabalceta, García, Historiadores de México, México, 1898.
- Izcabalceta, García, Joaquín, Opusculos y Biografías, México, 1942.
- Jiménez Rueda, Julio, Antología de la Prosa en México, México, -- 1938.
- Jiménez Rueda, Julio, Historia de la Literatura Mexicana, México, 1936.
Opúsculos y Biografías, México, 1942.
Prólogo en Capítulos de Historia y Disertaciones, México, 1943.
- Krickeberg, Walter, Etnología de América, México, 1946.
- Leduc, Alberto, Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicana, México, 1910
- LeRiverend Brusone, Julio, Ocho Historiadores de México en el -- Siglo XVIII, México, 1946.
- Lerdo de Tejada, Miguel M., Apuntes Históricos de la Heróica Ciudad de Vera Cruz, México, 1850.
- Lowie, Robert H., Antropología Cultural, México, 1947.
- Macías, José Miguel, Biografía del egregio historiador, naturalista y poligloto Francisco J. Clavigero, Vera Cruz, 1883.
- Maneiro, Juan Luis, De vitis Aliquot Mexicanorum, tomo III, Bononiae, 1792.

- Manero, Vicente E., Apuntes Históricos sobre Astronomía y Astrónomos, en Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana, Tomo I, México, 1873.
- Martínez del Río, Pablo, Los Orígenes Americanos, México, 1943.
México Prehispánico, México, MCMXLVI.
- Miranda, José, Clavigero en la Ilustración Mexicana, México, 1946.
- Motolinia, Fr. Toribio de Benavente, Historia de los Indios de la España, México, 1941.
- Museo Mexicano, Tomo I, México, 1943.
- Navarro, Bernabé, La introducción de la Filosofía Moderna, en México, México, 1948.
- Orozco y Berra, Diccionario Universal, México, 1853.
- Palacios, Enrique Juan, La Piedra del Sol, México, 1884.
- Palomeque Torres, Dr. Antonio, Historia General de la Cultura, Barcelona, 1947.
- Peral, Miguel Angel, Diccionario Biográfico Mexicano.
- Pimentel, D. Francisco, Obras Completas, México, 1903.
- Plancarte, Gabriel Méndez, Humanistas del Siglo XVIII, México, 1941.
- Primer Almanaque de "El Tiempo" para 1887, Director, Lic. Victoriano Agüeros, pág. 86-90.
- Ramos, Samuel, Historia de la Filosofía en México, México, 1943.
- Rodríguez, Luis Angel, La Ciencia Médica de los Aztecas, México, 1944.
- Rodríguez, Regulo Hernández, Organización Política, Social, Económica y Jurídica de los Aztecas, México, 1939.
- Romero-Navarro, M., Historia de la Literatura Española, Nueva York, 1928.
- Rubén-García, Bio-Bibliografía del Historiador, Francisco Javier Clavigero, México, 1931.
- Sahagún, Bernadino, Fr. Historia General de Nueva España, México, 1946.
- Schurhammer, Jorge, S.J. Vida de San Francisco Javier, Buenos Aires, 1945.

- Sosa, Francisco, Mexicanos Distinguidos.
- Teja Zabre, Alfonso, Historia de México, México, 1948.
- Toribio Medina, José, La Imprenta en México, 1539-1821, tomo V, Santiago de Chile, MCMVIII.
- Toribio Medina, José, Noticias Bio-Bibliográficas de los Jesuitas Santiago de Chile, MDCCCXIV.
- Toro, Alfonso y Oliverio, Clavigero, Origen de la Población de América, México, 1930.
- Toscano, Salvador, Arte Precolumbino de México y de la América Central, México, 1944.
- Vaillant, George C., La Civilización Azteca, México, 1944.
- Valle-Arizpe, Artemio, Historia de la Ciudad de México, México, 1939.
- Valverde Tellez, Don Emetrio, Bibliografía Filosófica Mexicana, León, 1913.



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS